

Robert E. Howard

Conan  
el usurpador



E LEJANDRIA

**Libro descargado en [www.elejandria.com](http://www.elejandria.com), tu sitio web de obras de dominio público  
¡Esperamos que lo disfrutéis!**

## **CONAN EL USURPADOR**

**Robert E. Howard**

-Ahora, escuchad atentamente. Hay tan sólo una pequeña banda ahí abajo. Los vi reptar por los arbustos hace un rato. En cualquier caso, si hubiera muchos, todos los hombres al pie del despeñadero estarían muertos ya. Creo que es sólo un pequeño grupo de jóvenes enviados delante del grupo principal para impedir que lleguemos a la playa. Estoy seguro de que un grupo más grande de guerreros avanza por algún sitio hacia nosotros. «Han acordonado el lado oeste del despeñadero, pero no creo que haya ninguno en el este. Voy a bajar por ese lado y me voy la meter en el bosque para sorprenderlos por detrás. Mientras, bajad sigilosamente por el camino para reuniros con vuestros hombres en las rocas. Decidles que destensen los arcos y tiren las espadas. Cuando me oigáis gritar, corred hacia los árboles que están en el lado oeste del claro.

-¿Y qué hay del tesoro?

-¡Que se vaya al infierno! Tendremos suerte si salimos de ésta con la cabeza sobre los hombros.

La negra testa desapareció. Esperaron oír algún sonido que indicara que Conan se había arrastrado hasta la pared casi vertical y bajaba, pero no oyeron nada. No había ningún otro sonido en el aire. Ya no se partían más flechas contra las rocas en las que estaban escondidos los marinos. Pero todos sabían que aquellos fieros ojos negros acechaban con paciencia asesina.

Cautelosamente, Strombanni, Zaroni y el contramaestre comenzaron a bajar por el tortuoso sendero. Estaban a medio ca-

mino cuando las flechas empezaron a silbar a su alrededor. El contramaestre gimió, y cayó pesadamente en la cuneta, con el corazón atravesado. Las flechas rebotaban contra los yelmos y corazas de los jefes mientras corrían frenéticamente camino abajo. Alcanzaron la ladera de la montaña y se tumbaron jadeantes entre los peñascos, maldiciendo.

-¿Será otro truco de Conan? -se preguntó Zaronno desconfiado.

-En esta ocasión podemos confiar en él -aseguró Strombanni-. Estos bárbaros viven según su propio código del honor, y Conan nunca abandonaría a hombres de su raza para que fueran masacrados por gentes de otra. Nos ayudará contra los pictos, aunque piense matarnos él mismo... ¡Escucha!

Un grito que helaba la sangre rasgó el silencio. Venía del bosque, del oeste, y simultáneamente un objeto salió lanzado de entre los árboles, golpeó el suelo y rodó dando botes hacia las rocas... una cabeza humana cortada, una cara horriblemente pintada con la gélida mueca de la muerte.

-¡La señal de Conan! -rugió Strombanni, y los desesperados corsarios se levantaron como una tromba de las rocas y corrieron hacia el bosque.

Las flechas volaban desde la espesura, pero su vuelo era errático; sólo tres hombres cayeron. Entonces, los fieros marinos se zambulleron en el follaje y cayeron sobre las pintadas figuras desnudas que surgían de la oscuridad. Hubo un instante mortal de encuentro cuerpo a cuerpo, jadeante y feroz. Alfanjes golpeando hachas de guerra, pies calzados con botas aplastando cuerpos desnudos, y luego pies descalzos haciendo ruido entre la hojarasca, en un vuelo febril de los sobrevivientes de la pequeña avanzadilla que había abandonado la lucha, dejando tras de sí a siete pintadas figuras inmóviles sobre las hojas manchadas de sangre que cubrían la tierra. Más allá, entre los matorrales, se oyó un crujido-, luego cesó y apareció Conan, sin su casco, con el manto hecho jirones y el alfanje chorreando sangre.

-¿Ahora qué? -jadeó Zaronó.

Sabía que el ataque había sido un éxito sólo porque el inesperado ataque de Conan por la retaguardia había desmoralizado a los pictos e impedido que respondieran. Pero estalló en maldiciones cuando el cimmerio atravesó con su arma a un bucanero que se retorció en el suelo con una cadera rota.

-No podemos llevarlo con nosotros -gruñó Conan-. Y no sería correcto dejarlo para que los pictos le cojan vivo. ¡Vamos!

Se agolparon detrás de él mientras andaba entre los árboles.

Solos, habrían vagado entre los matorrales durante horas antes de encontrar el camino de la playa... de haberlo encontrado alguna vez. El cimmerio los guió tan certeramente como si hubiera seguido un camino iluminado, y los aventureros gritaron con histérico desahogo al irrumpir repentinamente en el camino del oeste.

-¡Loco! -Conan palmeó el hombro de un pirata que empezaba a correr, y lo hizo volver con sus compañeros-. Te reventarás el corazón y caerás dentro de cien metros. Estamos a leguas de distancia de la playa. Caminad con paso tranquilo. Quizá tengamos que correr durante la última legua; guardad vuestras fuerzas para entonces. ¡Ahora, vamos!

Empezó a andar con un paso firme y constante. Los marinos lo siguieron, ajustando su paso al de él.

El sol acariciaba las olas del océano occidental. Tina estaba de pie ante la ventana desde la que Belesa había observado la tormenta.

-El sol poniente convierte el océano en sangre -dijo-. Las velas son manchas blancas en las aguas de color carmesí. Los bosques están cubiertos de sombras oscuras.

-¿Qué hacen los marinos en la playa? -preguntó Belesa lánguidamente.

Estaba reclinada en un diván, con las manos cruzadas bajo la cabeza y los ojos cerrados.

-En ambos campamentos se están preparando para la cena -dijo Tina-. Recogen maderas y hacen fuegos. Puedo oírlos gritándose unos a otros... *¿Qué es eso?*

La repentina tensión con que hablaba la muchacha hizo que Belesa se irguiera en el diván. Tina se aferraba al marco de la ventana, con el rostro pálido.

-¡Escucha! Oigo aullidos a lo lejos, ¡como si se tratara de una manada de lobos!

-¿Lobos? -preguntó Belesa al tiempo que se levantaba. El miedo le atenazaba el corazón-. Los lobos no cazan en manadas en esta época del año...

-¡Oh, mira! -dijo la niña, señalando a lo lejos-. ¡Son hombres que salen corriendo del bosque!

Belesa corrió a su lado, mirando con los ojos muy abiertos a las pequeñas figuras que surgían de la espesura, a lo lejos.

-Los marinos -dijo jadeando-. ¡Con las manos vacías! Veo a Zaron... a Strombanni... -¿Dónde está Conan? -preguntó la chiquilla. Belesa movió la cabeza.

-¡Escucha, oh, escucha! -gimoteó Tina, abrazándose a ella-. ¡Los pictos!

Todos en el fuerte podían oírlo ahora... un fuerte ulular de loco alborozo y de sed de sangre surgía de las profundidades del oscuro bosque. El sonido espoleaba a los agotados hombres que se dirigían hacia la empalizada.

-¡Rápido! -jadeó Strombanni, a quien el esfuerzo dibujaba en el rostro una máscara de agotamiento-. ¡Nos están pisando los

talones! Mi barco...

-Está demasiado lejos para alcanzarlo -resopló Zaron-. Vamos al fuerte. ¡Mira, los hombres acampados en la playa nos han visto!

Agitó sus brazos en una pantomima sin aliento, pero los hombres de la orilla entendieron el significado del aullido salvaje que se alzaba en triunfal crescendo. Los marinos abandonaron sus hogueras y perolas, y volaron a la puerta del fuerte. Pasaban ya a través de ella cuando los fugitivos del bosque rodearon el ángulo sur y entraron también; era una multitud frenética, medio muerta de cansancio. El portón fue cerrado con aterrada prisa, y los marinos empezaron a subir a lo alto de la muralla para unirse a los soldados que ya estaban allí.

Belesa, que había corrido desde el palacio, le preguntó a Zaron:

-¿Dónde está Conan?

El bucanero extendió un pulgar hacia el tenebroso bosque. Estaba jadeando; el sudor le caía por la cara.

-Sus exploradores nos pisaban los talones antes de que consiguiéramos llegar a la playa. Él se detuvo para matar a unos pocos, a fin de darnos tiempo para escapar.

Se alejó tambaleante para ocupar su sitio en la pasarela, a la que ya se había subido Strombanni. Valenso estaba allí, sombrío y envuelto en su capa, extrañamente silencioso y lejano. Parecía un hombre embrujado.

-¡Mira! -aulló un pirata, dominando con su voz el griterío ensordecedor de la horda todavía invisible.

Un hombre salió del bosque, corriendo velozmente por el espacio abierto.

-¡Conan! -masculló Zaronó con sonrisa de lobo-. Estamos a salvo en la empalizada y sabemos dónde está el tesoro. Ya no veo ninguna razón para que no lo atravesemos con nuestras flechas.

-¡No! -dijo Strombanni cogiéndolo del brazo-. Vamos a necesitar su espada. ¡Mira!

Detrás del veloz cimmerico, apareció una horda salvaje corriendo y aullando; eran cientos y cientos de pictos desnudos. Sus flechas llovían alrededor del cimmerico. Con unas cuantas zancadas, Conan alcanzó la pared este de la empalizada, dio un brinco hacia arriba, se aferró a la punta de los troncos y saltó por encima hacia el interior, con el cuchillo entre los dientes. ; Las flechas se clavaron certeramente en los troncos, justo donde había estado su cuerpo. La resplandeciente casaca de Conan había desaparecido, su camisa blanca estaba rota y manchada de sangre.

-¡Detenedlos! -rugió, cuando sus pies tocaron el suelo dentro de la empalizada-. ¡Si alcanzan el muro, estamos perdidos! Los piratas, los bucaneros y los soldados respondieron al instante, y un enjambre de flechas y dardos cayó sobre la horda que avanzaba amenazadoramente. Cuando Conan vio a Belesa que llevaba a Tina de la mano, sus primeras palabras fueron muy expresivas.

-¡Entrad en la casa! -ordenó-. ¡Las saetas pasarán por encima de la muralla!... ¿Qué os había dicho?

Vibrando como una cabeza de serpiente, una negra flecha se clavó en la tierra, a los pies de Belesa. Conan cogió un arco y saltó sobre la pasarela.

-¡Algunos de vosotros! ¡Preparad antorchas! -rugió por encima del clamor del combate-. ¡No podemos verlos en la oscuridad!

El sol se había puesto sobre un río de sangre. Afuera, en la bahía, los hombres que estaban a bordo de la barcaza habían cortado la cadena del ancla, y el *Mano Roja* se alejaba rápidamente por el horizonte escarlata.



## **7. Los hombres del bosque**

Había caído la noche, pero las antorchas llameaban, dejando una estela de luz a través de la playa y convirtiendo la loca escena en un espeluznante Apocalipsis. Hombres desnudos y pintarrajeados pululaban por la arena; llegaban en oleadas hasta la empalizada, mostrando los dientes, y unos ojos que brillaban bajo el resplandor de las antorchas arrojadas por encima del muro. Plumas de calaos se agitaban sobre las negras melenas, así como otras de cormoranes y de halcones del mar. Algunos guerreros, los más salvajes y bárbaros, llevaban dientes de tiburón entrelazados en sus enmarañados cabellos. Las tribus del litoral marino habían venido de toda la zona costera para liberar a su tierra de los invasores de piel blanca.

Se lanzaban contra la empalizada, arrojando una lluvia de flechas por delante y luchando contra las púas de las saetas y dardos que laceraban sus cuerpos. Algunas veces llegaban tan cerca del muro que podían golpearlo con sus hachas de guerra e introducir sus dardos por los miradores. Sin embargo, la ola de invasores se veía obligada a retroceder sin poder pasar por encima de la empalizada, dejando sus muertos en el borde. En este tipo de lucha, los bucaneros se hallaban en su elemento. Las flechas y dardos que arrojaban hacían estragos entre las turbas que pretendían atacar, sus cuchillos segaban el cuerpo de los salvajes que pugnaban por escalar la empalizada.

Sin embargo, una y otra vez los hombres de la selva volvían al matadero con la terca ferocidad que anidaba en sus fieros corazones.

-¡Son como perros locos! -dijo anhelante Zaron, asestando cuchilladas a las manos negras que se asían de las puntas de la empalizada o a las caras oscuras que lo miraban con ferocidad.



-Si podemos defender el fuerte hasta el amanecer, acabarán perdiendo ímpetu -gruñó Conan, cercenando al mismo tiempo un cráneo emplumado con precisión profesional-. No van a mantener un sitio prolongado. Mirad, están retrocediendo.

La masa de salvajes que cargaba se volvió hacia atrás. Los hombres que defendían el muro se secaron el sudor de la cara, contaron sus muertos y volvieron a blandir las espadas cuya empuñadura manchada de sangre se había vuelto resbaladiza. Como lobos sedientos de sangre a los que se ha privado de su presa, los pictos retrocedieron más allá de la luz de las antorchas. Sólo los cuerpos de los hombres masacrados yacían delante de la empalizada.

-¿Se han marchado? -preguntó Strombanni, sacudiendo hacia atrás sus mojados cabellos. El cuchillo que empuñaba estaba mellado y rojo, y su musculoso brazo salpicado de sangre.

-Siguen ahí fuera.

Conan hizo una señal con la cabeza, señalando la oscuridad exterior que rodeaba al círculo de antorchas, cuya luz se hacía más intensa. El bárbaro vio movimientos entre las sombras, unos ojos que brillaban y el rojo resplandor de armas de cobre.

-Parece que se han retirado por un momento -dijo-. Apostad centinelas en el muro, y que el resto de los hombres coma y beba. Es más de medianoche y hemos estado luchando durante horas sin respiro. ¡Ah! Valenso, ¿cómo te va en la batalla?

El conde, con su casco y su coraza abollados y salpicados de sangre, se dirigió sombríamente hacia donde estaban Conan y los capitanes. Como respuesta tartamudeó algo inaudible, en un suspiro. Entonces se oyó una voz que salía de la oscuridad, una voz potente y clara que resonó por todo el fuerte.

-¡Conde Valenso! ¡Conde Valenso de Korzetta! ¿Me oyes? -dijo alguien con acento estigio.

Conan oyó que el conde jadeaba como si hubiera recibido una herida mortal. Valenso se tambaleó, aferrándose a los extremos de los troncos de la empalizada, y a la luz de las antorchas se pudo ver su cara lívida.

La voz continuó:

-¡Soy Toth-Amon del Anillo! ¿Creías que podrías huir de mí una vez más? ¡Ya es demasiado tarde para ello! De nada te valdrán tus planes, pues esta noche te enviaré un mensajero. Es el demonio que custodiaba el tesoro de Tranicos, al que he liberado de su cueva y adscrito a mi servicio. Él te hará cumplir la condena que te has ganado, ¡perro! Una muerte lenta, dura y vergonzosa. ¡Ya veremos cómo te las arreglas esta vez para escapar!

La frase terminó con una estrepitosa carcajada musical. Valenso gritó de horror, luego saltó de la pasarela y corrió tambaleándose por la ladera hacia la mansión.

Cuando después de la lucha sobrevino la calma, Tina se acercó, agazapada, a la ventana, de la cual habían apartado a las dos muchachas por temor a las flechas. Observaba silenciosamente a los hombres reunidos alrededor del fuego. Belesa estaba leyendo una carta que le había sido entregada por una criada. Decía así:

«El conde Valenso de Korzetta saluda a su sobrina Belesa:  
«Sobrina, al fin ha llegado mi condena. Ahora que estoy resignado, si no reconciliado con ella, desearía que supieras que no soy insensible al hecho de haberte utilizado de forma incompatible con el honor de los korzettas. Así lo hice porque las circunstancias no me permitían otra opción. Aun cuando ya es tarde para pedirte disculpas, te ruego que no pienses muy mal de mí, y si consigues hacerlo y por ventura logras sobrevivir a esta noche de terror, reza a Mitra por el alma corrompida del hermano de tu padre. Mientras tanto, te aconsejo que permanezcas alejada del gran salón, a fin de que el mismo destino que me espera no te afecte a ti. Adiós».

Le temblaban las manos a Belesa mientras leía. A pesar de que nunca había amado a su tío, éste era sin duda el acto más humano que le había visto hacer.

Asomada a la ventana, Tina dijo:

-Debería haber más hombres protegiendo el muro. ¿Qué sucedería si volviera el hombre negro?

Belesa, que se dirigió a la ventana para mirar hacia afuera, se estremeció ante la idea.

-Tengo miedo -dijo Tina-. Espero que maten a Strombanni y a Zaroni.

-¿Y a Conan, no? -preguntó Belesa con curiosidad.

-Conan no nos haría ningún daño -dijo la niña confiadamente-. Él vive de acuerdo con su código del honor, pero hay hombres que han perdido todo su honor.

-Eres muy lista para tu edad, Tina -dijo Belesa, con la vaga inquietud que la precocidad de la criatura siempre despertaba en ella.

-¡Mira! -dijo Tina, que se puso tensa-. ¡El centinela del muro sur se ha ido! Hace un momento lo vi en su puesto; y ahora ha desaparecido.

Desde su ventana, las puntas de la empalizada asomaban por encima de los inclinados techos de una hilera de chozas paralela a la pared. Una especie de corredor abierto, sin techo, de unos tres o cuatro metros de ancho, resultaba de la unión de la empalizada y la parte de atrás de las cabañas. Éstas estaban ocupadas por los siervos.

-¿Dónde puede haber ido el centinela? -susurró Tina, inquieta.

Belesa estaba observando un extremo de la hilera de chozas, que no quedaba muy lejos de una puerta lateral de la mansión. Habría

podido jurar que había visto salir solapadamente a una figura borrosa por detrás de las chozas y desaparecer por la puerta. ¿Sería quizás el centinela desaparecido? ¿Por qué había abandonado el muro, y qué razón tenía para colarse con tanto disimulo en la mansión? Pero no le pareció que lo que había visto fuera un centinela, y un terror desconocido le heló la sangre en las venas.

-¿Dónde está el conde, Tina? -preguntó.

-En el gran salón, mi señora. Está sentado frente a la mesa, solo, envuelto en su capa y bebiendo vino con una cara mortalmente gris.

-Ve a decirle lo que hemos visto. Estaré vigilando desde esta ventana por si los pictos aprovechan para entrar por el muro desguarnecido.

Tina obedeció. De pronto, Belesa recordó la recomendación que le había hecho el conde en su carta de no acercarse al salón principal, y se aprestó a ir tras Tina, cuyos pasos quedos se oían por el corredor en dirección a las escaleras.

Súbitamente se oyó un grito terrible, cargado de un pánico tan tremendo que a Belesa se le encogió el corazón. En un segundo voló por el corredor y bajó por las escaleras... pero se detuvo en seco, paralizada.

No gritó como lo había hecho Tina. Se sentía incapaz de emitir sonidos o de moverse. Vio a Tina, y sintió que las manilas de la niña la apretaban frenéticamente. Pero era lo único que tenía visos de realidad y de normalidad en medio de una escena de pesadilla, locura y muerte, dominada por la monstruosa figura antropomórfica, que extendía sus terribles brazos, proyectada contra el resplandor de un fuego infernal.

Afuera, Strombanni respondió negativamente a la pregunta de Conan.

-No, no he oído nada.

-¡Pero yo sí! -dijo Conan, tenso y con los ojos ardientes-. ¡Salió del muro sur, detrás de esas chozas!

Desenvainó el alfanje y se dirigió hacia la empalizada. Desde el recinto no podía ver ni el muro del sur ni el centinela apostado allí, pues quedaban ocultos por las chozas. Impresionado por la reacción del cimmerico, Strombanni lo siguió.

En el espacio abierto que había entre las cabañas y el muro, Conan se detuvo cautelosamente. El lugar estaba apenas iluminado por antorchas encendidas en cada rincón de la empalizada. En medio del corredor yacía una figura tendida en el suelo.

-¡Bracus! -rugió Strombanni, corriendo hacia él y agachándose a su lado-. ¡Por Mitra! ¡Le han cortado el cuello de oreja a oreja!

Conan echó una rápida mirada en derredor y vio que, salvo él mismo, Strombanni y el muerto, no había absolutamente nadie. No se veía ni la sombra de un hombre dentro del haz de luz de las antorchas del fuerte.

-¿Quién será el autor de esto? -se preguntaba. -¡Zarono! -dijo Strombanni poniéndose en pie de un salto, con el pelo erizado como el de un gato salvaje y el rostro convulsionado, y bramó:- ¡Ha ordenado a sus ladrones que maten a mis hombres por la espalda! ¡Planea eliminarme a traición! ¡Maldito sea, estoy siendo atacado por dentro y por fuera!

-¡Espera! -dijo Conan, cogiéndolo por el brazo-. No creo que Zarono...

Pero el enloquecido pirata se soltó, y se abalanzó sobre la última hilera de chozas, lanzando juramentos. Conan fue tras él, maldiciendo. Strombanni se dirigió directamente hacia la hoguera cerca de la cual podía verse la enjuta figura de Zarono. El jefe bucanero bebía una jarra de cerveza.

¡Cuál no sería su asombro cuando vio que le arrancaban la jarra de la mano, salpicando su coraza de espuma, y cómo lo zarandeaba el capitán pirata, con el rostro desfigurado por el odio!

-¡Perro asesino! -bramó Strombanni-. ¿Eres capaz de matar a mis hombres a mis espaldas, cuando pelean tanto por tu asquerosa piel como por la mía?

Conan se acercó presurosamente a ellos, mientras los hombres que estaban comiendo y bebiendo lo abandonaban todo para mirar estupefactos la escena.

-¿Qué quieres decir? -balbució Zaronó.

-¡Has ordenado a tus hombres que asesinen a los míos cuando estén en sus puestos de guardia! -chilló el enloquecido barachano.

-¡Mientes!

El odio latente saltó como una llamarada. Con un aullido informe, Strombanni desenvainó su cuchillo y trató de clavarlo en la cabeza del bucanero. Zaronó lo frenó con su brazo cubierto por la armadura, las chispas saltaron y el pirata retrocedió, desenvainando su espada.

Al cabo de un segundo, los capitanes luchaban como trastornados, entrechocando el acero de las armas que brillaban y centelleaban a la luz del fuego. Sus hombres reaccionaron instantáneamente y sin reflexionar. Se oyó un inmenso alarido cuando los piratas y los bucaneros se abalanzaron unos sobre otros. Los que estaban apostados a lo largo del muro abandonaron sus puestos y saltaron por encima de la empalizada, blandiendo sus cuchillos. Todo el recinto se convirtió en pocos minutos en un campo de batalla, en el que los hombres luchaban cuerpo a cuerpo y mataban con enloquecido furor. Algunos de los soldados y siervos fueron arrastrados a la pelea, y los soldados que estaban de guardia frente al portal se volvieron, atónitos, olvidando al enemigo agazapado en el exterior de la empalizada.

Todo sucedió con tal velocidad -dado que las pasiones largamente contenidas explotan con fiereza- que los hombres se enzarzaron en una batalla por todo el recinto antes de que Conan pudiera llegar hasta donde estaban sus enfurecidos jefes. Ignorando el peligro juego de sus espadas, Conan los separó con tal violencia que se tambalearon al retroceder. Zaronó trastabilló y cayó cuan largo era.

-¡Imbéciles! ¡Vais a poner en peligro las vidas de todos!

Strombanni estaba furioso, y Zaronó pedía auxilio a gritos. Un bucanero se abalanzó sobre Conan por la espalda e intentó darle una cuchillada en la cabeza. El cimmerio se dio media vuelta y le cogió el brazo, frenando el golpe en el aire.

-¡Mira, necio! -rugió, señalando con su espada.

Algo en el tono de su voz llamó la atención de la tropa enloquecida por la batalla, y los hombres quedaron congelados en sus puestos, con los ojos fijos en Conan. Éste apuntaba hacia un soldado que estaba en la pasarela. El hombre trataba de asir algo en el aire y se ahogaba. Cayó de cabeza al suelo, y todos pudieron ver la flecha negra que sobresalía entre sus hombros.

Brotó un grito de alarma, al que siguieron alaridos que helaban la sangre y el impacto ensordecedor de hachas sobre el portal. Las flechas encendidas volaban sobre el muro, e iban a incrustarse en los troncos de madera de la empalizada, mientras las columnas de humo se elevaban hacia el cielo. Y entonces, por la parte trasera de las chozas adosadas al muro sur, aparecieron unos hombres que se lanzaron a la carrera hacia el recinto.

-¡Los pictos están aquí! -rugió Conan.

Su grito desencadenó el pandemonium. Los bucaneros dejaron de lado sus viejos antagonismos. Algunos se disponían a luchar contra los salvajes, mientras que otros saltaban por encima del muro para huir. Oleadas de salvajes aparecían por detrás de las chozas e



inundaban el recinto, y sus hachas chocaban contra los cuchillos de los marinos.

Zarono aún luchaba por ponerse de pie, cuando un salvaje pintado lo atacó por la espalda y le partió los sesos con su hacha de combate.

Conan, seguido de un pelotón de marinos, luchaba contra los pictos dentro de la empalizada; Strombanni, con la mayor parte de sus hombres, trepaba por ésta largando estocadas contra los negros cuerpos que pugnaban por subir por el muro. Los pictos, que habían rodeado el recinto, sigilosamente y sin ser avistados mientras sus defensores peleaban entre sí, atacaban ahora por todos lados. Los soldados de Valenso, agrupados ante la puerta, pugnaban por defenderlo contra la multitud de demonios enloquecidos que golpeaban contra ésta desde fuera con un enorme tronco de árbol.

Más y más salvajes aparecían por detrás de las chozas, escalando el muro sur, que había quedado indefenso. Los pictos desbordaron a Strombanni y sus hombres, y en pocos segundos el recinto rebosaba de guerreros desnudos. Mataban a sus enemigos como lobos; la batalla se convirtió en una danza salvaje de cuerpos pintados, que como un oleaje embravecido caían sobre pequeños grupos de desesperados hombres blancos. El suelo quedó cubierto de pictos, marinos y soldados, pisoteados por pies que ya no obedecían.

Hombres cubiertos de sangre entraban aullando a las cabañas, y al instante se oían los alaridos de las mujeres y niños que morían bajo sus hachas. Al oír esos gritos, los soldados abandonaron el portal, y entonces los pictos entraron en tromba, inundando la empalizada. Las chozas comenzaron a arder.

-¡Vamos a la mansión! -bramó Conan, y una docena de hombres surgieron tras él mientras el bárbaro se abría paso inexorablemente con su espada a través de los salvajes que ululaban.

Strombanni se puso a su lado, agitando su alfanje.

-No podremos defender el castillo -gruñó el pirata.

-¿Por qué no? -dijo Conan, que estaba demasiado ocupado en su sangriento trabajo para desviar la mirada.

-Porque... ¡Uh! -se interrumpió, pues un cuchillo manejado por una mano oscura se le había clavado en la espalda-. ¡Que el demonio te lleve, bastardo! -rugió Strombanni, y, volviéndose sobre el salvaje, le partió el cráneo en dos; pero el pirata se tambaleó y cayó de rodillas, mientras de su boca manaba un hilillo de sangre.

-¡La mansión está ardiendo! -dijo con voz ronca, y cayó como un montón de carne sobre la tierra.

Conan paseó rápidamente la mirada en derredor. Los hombres que lo habían seguido yacían en medio de charcos de su propia sangre. El picto que agonizaba a los pies del cimmerico era el último del grupo que había intentado impedirle el paso. La batalla proseguía por todos lados, pero por el momento él había quedado absolutamente solo.

No estaba lejos del muro sur. Con unas pocas zancadas podía saltar por encima y perderse en la noche. Pero recordó a las indefensas muchachas que quedaban en la mansión... de la que ahora surgía el fuego en densas oleadas. Corrió hacia la casa.

Un jefe emplumado salió por la puerta con el hacha de combate en alto, y a espaldas de Conan convergían hordas de salvajes. No se detuvo ni un segundo. Con un rápido movimiento de cuchillo desvió el hacha del guerrero, y acto seguido le partió el cráneo. Un instante más tarde, Conan había entrado y cerrado con barrotes la puerta, contra la que golpeaban sin cesar las hachas de los pictos.

El gran salón estaba lleno de humo, pero lo atravesó corriendo casi sin ver. En algún lugar, una mujer lloriqueaba con gemidos histéricos y aterrados. Conan emergió de la nube de humo y se detuvo en seco, mirando fijamente hacia el fondo del salón. Éste estaba oscurecido por el humo, y el gran candelabro de plata yacía en el

suelo con las velas apagadas; la única iluminación provenía de un resplandor fantasmagórico producido en la gran chimenea y en la pared en la que ésta estaba situada, donde las llamas lamían el suelo encendido y las vigas humeantes del techo. Y proyectado contra aquel infernal resplandor, Conan vio un gusano humano que se balanceaba lentamente al cabo de una cuerda. Con el movimiento oscilante del cuerpo, la cara del muerto, distorsionada hasta el punto de ser irreconocible, se volvió hacia él. Pero Conan ya sabía que el que colgaba de sus propias vigas era el conde Valenso.

Sin embargo, en el salón había algo más: una figura monstruosa y negra, perfilada contra el brillo del fuego satánico. Era una figura vagamente humana, si bien la sombra que se reflejaba sobre la pared ardiente no tenía nada de ser humano.

-¡Crom! -musitó Conan, horrorizado al darse cuenta de que se hallaba frente a un ser contra el que su espada no le serviría de nada. Vio a Belesa y a Tina, que se abrazaban acurrucadas al pie de la escalera.

El monstruo negro se incorporó y extendió dos enormes brazos. Al perfilarse contra el fuego, su volumen se hizo gigantesco. Entre el humo que flotaba en el ambiente, asomaba borrosamente una cara perversa, semihumana, demoníaca, terrible. Conan pudo ver los cuernos que sobresalían de su cabeza, la boca entreabierta y las orejas puntiagudas. Iba tambaleándose hacia él a través de la humareda, y de pronto, en medio de su desesperación, la memoria trajo a Conan un antiguo recuerdo.

Cerca del cimmerio se hallaba el candelabro caído que había sido el orgullo del castillo de Korzetta; veinte kilos de plata maciza, con figuras de dioses y de héroes. Conan lo cogió y lo levantó sobre su cabeza.

-¡Plata y fuego! -bramó con una voz que parecía un huracán, y arrojó el candelabro contra el monstruo con toda la fuerza de sus férreos músculos.

Las sesenta libras de plata, arrojadas con una fuerza tremenda, golpearon violentamente el enorme pecho negro. Ni siquiera un ser infernal podía resistir la fuerza de semejante misil. El demonio perdió el equilibrio, trastabilló y cayó en la chimenea en medio de un fuego que parecía un volcán en erupción. El salón se estremeció con un grito terrible, el alarido de un ser que no es de este mundo, a quien repentinamente la muerte terrenal coge en sus garras. La repisa de la chimenea crujió y se deshizo en grandes piedras, que al caer casi ocultaron los miembros negros que se retorcían, lamidos por llamaradas de primitiva furia. Las vigas encendidas se soltaron del techo y se estrellaron sobre el suelo de piedra, y alrededor de todos aquellos elementos amontonados se produjo con ruido atronador un inmenso estallido de fuego.

Las llamas se acercaban ya a la escalera cuando Conan consiguió llegar a ésta. Levantó con un brazo a la niña, casi desmayada, y con el otro obligó a Belesa a ponerse de pie. En medio del fuego que rugía podían oírse los golpes de las hachas que hacían astillas la puerta de entrada.

Miró a su alrededor, vio una puerta frente al descansillo de la escalera y corrió hacia allí, llevando a Tina y arrastrando a Belesa, que parecía completamente aturdida. Cuando llegaron a la habitación que estaba al otro lado, se oyó un estrépito que significaba que el techo del salón había caído. A través de una cortina de humo, Conan divisó a un lado una puerta abierta que daba al exterior. Un segundo después de haber conseguido que sus protegidas pasaran por ella, vio que los goznes se rompían, el cerrojo saltaba y la puerta caía hecha astillas como si una fuerza terrible la hubiera destruido.

-¡El demonio pasó por esta puerta! -sollozó histéricamente Belesa-.  
¡Yo lo vi... pero no sabía...!

Fueron a dar al recinto iluminado por el fuego, a unas pocas yardas de las chozas alineadas sobre la pared sur. Un picto, cuyos ojos brillaban enrojecidos a la luz del fuego, se hallaba agazapado cerca de la puerta, con el hacha en alto. Conan desenvainó el alfanje y lo

clavó en el pecho del salvaje. Luego, levantó en vilo a ambas muchachas y corrió hacia el muro sur.

El recinto estaba lleno de nubes de humo que ocultaban casi por completo la sangrienta lucha que tenía lugar allí, pero a pesar de ello los fugitivos fueron detectados. Los pictos, cuyos cuerpos desnudos parecían negros contra el pálido resplandor, se abalanzaron sobre Conan y las muchachas, blandiendo sus relucientes hachas. Se hallaban unas yardas detrás de Conan cuando éste se escondió en el espacio que había entre las chozas y la pared. Al otro extremo del corredor vio otros salvajes que corrían aullando para interceptarle el paso.

Se paró en seco, arrojó materialmente sobre la pasarela primero el cuerpo de Belesa y después el de Tina, y luego saltó tras ellas. Cogió a Belesa y la lanzó por encima de la empalizada, dejándola caer sobre la arena, y después hizo lo mismo con Tina. Un hacha arrojada con fuerza se incrustó en un tronco que había cerca de su hombro, en el momento en que había conseguido saltar el muro y recoger a las aturdidas y desvalidas muchachas. Cuando los pictos llegaron al muro, el espacio que había delante de la empalizada estaba vacío, salvo por los cadáveres que allí yacían.

## ***8. Las espadas de Aquilonia***

La aurora teñía de rosa viejo las aguas oscuras. A lo lejos, un manchón blanco fue creciendo en medio de la bruma... era una que parecía colgar del pálido cielo. Sobre un promontorio cubierto de espesos matorrales, Conan de Cimmeria agitaba una capa andrajosa por encima de una hoguera. Al balancearse la tela, subían pequeñas nubes de humo que se reflejaban débilmente contra la luz de la aurora y luego desaparecían.

Belesa estaba acurrucada cerca de él, rodeando a Tina con un brazo. La muchacha preguntó:

-¿Crees que lo verán y comprenderán?

-Sí que lo verán -dijo tranquilizadamente Conan-. Han estado vigilando esta costa toda la noche, esperando ver algún sobreviviente. Están aterrados; son sólo media docena de hombres, y ninguno de ellos sería capaz de navegar desde aquí hasta las islas Barachas. Entenderán mis señales, pues pertenecen al código de la piratería. Estarán muy contentos de navegar bajo mis órdenes, puesto que soy el único capitán que queda.

-Pero... ¿y si los pictos ven el humo? -dijo Belesa, estremeciéndose y mirando la playa brumosa donde, a muchas leguas al norte, se elevaba una columna de humo en el aire inmóvil.

-No creo que lo vean. Después de dejaros en el bosque, volví sigilosamente y los vi sacando barriles de vino y de cerveza de las bodegas. Muchos de ellos se tambaleaban. Deben de estar demasiado borrachos ya para moverse. Si tuviera cien hombres, sería capaz de eliminar a la horda íntegra... ¡Crom y Mitra! -gritó súbitamente-. ¡Ése no es el *Mano Roja*, sino una galera de guerra! ¿Qué nación civilizada enviaría a una unidad de su flota aquí? A menos que alguien lo hubiera convenido con tu tío, en cuyo caso necesitarán los servicios de un brujo para hacer aparecer su fantasma.

Aguzó su mirada sobre el mar, intentando ver detalles del navío a través de la bruma. Pudo divisar la proa del barco que se acercaba, a la que adornaba con una figura dorada, una pequeña vela hinchada por la débil brisa que soplaba hacia la costa, y la hilera de remos a cada lado, alzándose y hendiendo el agua rítmicamente.

-Bueno -dijo Conan-, por lo menos vienen a rescatarnos. Ir andando hasta Zingara hubiera resultado una caminata demasiado larga. Hasta que sepamos quiénes son y estemos seguros de que vienen

como amigos, no digáis quién soy yo. Ya inventaré un cuento apropiado para cuando hayan llegado aquí.

Conan apagó el fuego, le dio la capa a Belesa y se estiró como un felino. Belesa lo miró con admiración. Su aire imperturbable no era fingido; la noche de fuego, sangre y muerte, y la fuga a través del bosque en tinieblas no habían alterado sus nervios. Estaba tan tranquilo como si hubiera pasado la noche divirtiéndose. Unos vendajes que habían hecho con el orillo del vestido de Belesa cubrían las pequeñas heridas que había recibido por luchar sin armadura.

Belesa no le temía; con él se sentía segura como no se había sentido con nadie desde que desembarcara en aquella costa salvaje. No era como los filibusteros, hombres civilizados que habían repudiado todos los códigos del honor y vivían sin respetar ninguna ley. Conan, en cambio, se atenía al código de su pueblo, que, si bien era bárbaro y sanguinario, al menos se preciaba de tener un código del honor propio.

-¿Crees que ha muerto? -preguntó.

Conan no necesitaba que le aclarase a quién se refería.

-Creo que sí -replicó-. La plata y el fuego son elementos mortales para los demonios, y ambos cayeron en gran cantidad sobre aquél.

-¿Qué pasó con su amo?

-¿Toth-Amon? Me imagino que habrá vuelto a alguna tumba estigia. Esos hechiceros son gente muy rara.

Ninguno de los dos volvió a mencionar el tema. La mente de Belesa se negaba a recordar el momento en que la figura negra había entrado acechante en el gran salón y para consumar una horrible venganza largamente demorada.



El barco se fue agrandando para la vista, pero pasó bastante tiempo hasta que atracó en la costa. Belesa preguntó:

-Cuando llegaste por primera vez al castillo, dijiste que habías sido general en Aquilonia, pero que habías tenido que huir. ¿Qué sucedió?

Conan sonrió maliciosamente.

-Puedes atribuirlo a mi propia locura, por haber confiado en esa cara de membrillo de Numedides. Me nombraron general debido a algunos pequeños éxitos obtenidos contra los pictos. y después, cuando conseguí matar cinco veces más salvajes que hombres tenía en mi tropa, se me ordenó ir a Tarantia para celebrar oficialmente el triunfo. Todo ello fue muy satisfactorio para mi vanidad; galopé al lado del rey al tiempo que bellas muchachas nos arrojaban pétalos de rosas; pero cuando llegó la hora del banquete, el muy bastardo puso una droga en mi vino. Desperté encadenado en la Torre de Hierro, esperando que llegara el momento de mi ejecución.

-Pero ¿porqué?

Conan se encogió de hombros.

-¿Cómo puedo saber de qué manera trabaja eso que el idiota llama su cerebro? Tal vez algunos de los generales aquilonios, celosos del rápido ascenso de un extranjero bárbaro dentro de sus sagradas filas, alimentaron las sospechas del rey. O quizá se ofendió por mis francas observaciones acerca de su política que gastarse el tesoro real para adornar Tarantia con estatuas de oro de su propia persona, en lugar de utilizarlo para defender sus fronteras.

»El filósofo Alcemides me dijo confidencialmente, justo antes de que yo tragara la bebida drogada, que esperaba escribir un libro sobre la ingratitud como principio de gobierno, y que tomaría al rey como modelo. ¡Oh! ¡Yo estaba demasiado ebrio como para entender que trataba de advertirme del peligro!

«Sin embargo, algunos amigos me ayudaron a escapar de la Torre de Hierro, me dieron un caballo y una espada, y pude huir. Galopé de vuelta a Bosonia con la esperanza de organizar una revuelta, contando con mis propias tropas. Pero cuando llegué allí, me encontré con que mis rudos bosonios habían sido enviados a otra provincia, y en lugar de ellos había una brigada de patanes de ojos vacunos provenientes de Turan, muchos de los cuales ni siquiera habían oído hablar de mí. Insistieron en arrestarme, de modo que me vi obligado a partir varios cráneos a fin de abrirme paso. Nadé a través del río Trueno mientras las flechas silbaban muy cerca de mis oídos... y aquí estoy. Miró con el ceño fruncido el barco que se acercaba.

-¡Por Crom! Juraría que la insignia que llevan es el leopardo de Poitain, si no supiera que tal cosa es totalmente imposible. Venid.

Cuando llegó con las muchachas a la playa, ya se podía oír la voz del timonel dando órdenes. Con un impulso de remos, la tripulación acercó la proa del barco a la arena.

Al reconocer a varios de los hombres que saltaban por la proa, Conan gritó:

-¡Próspero! ¡Trocero! ¡En nombre de los dioses, ¿qué hacéis...?!

-¡Conan! -aullaron, y se abalanzaron sobre él golpeándolo en la espalda y estrechando sus manos.

Todos hablaban al mismo tiempo, pero Belesa no entendía lo que decían, pues se expresaban en lengua aquilonia. Aquél al que había llamado «Trocero» debía de ser el conde de Poitain, un hombre ancho de hombros y de cintura estrecha, que se movía con la gracia de una pantera a pesar de los hilos de plata que se entreveraban en su cabellera renegrada.

-¿Qué hacéis aquí? -repitió Conan.

-Venimos a buscarte -dijo Próspero, el esbelto caballero, elegantemente ataviado.

-¿Cómo sabíais dónde estaba?

Un hombre gordo y calvo, que respondía al nombre de «Publius», mostró con un ademán a otro que llevaba el hábito negro de sacerdote de Mitra.

-Dexitheus te encontró gracias a sus conocimientos en ciencias ocultas. Juró que aún vivías y que nos guiaría hacia donde estabas.

El hombre del hábito negro se inclinó solemnemente.

-Tu sino está ligado al de Aquilonia, Conan de Cimmeria -dijo-. Yo no soy más que un pequeño eslabón en la cadena de tu destino.

-Bueno, pero ¿qué quiere decir todo esto? -exclamó Conan-. Crom sabe lo contento que estoy de que me rescatéis de este olvidado banco de arena, pero ¿por qué habéis venido a buscarme?

Trocero habló:

-Hemos roto relaciones con Numedides, pues no podemos aguantar más sus locuras e injusticias, y buscamos un general capaz de encabezar las fuerzas revolucionarias. ¡Tú eres nuestro nombre!

Conan rió abiertamente e introdujo ambos pulgares en su cinturón.

-¡Qué bueno es encontrar a alguien que reconoce los méritos del prójimo! ¡Llebadme a la refriega, amigos!

Miró a su alrededor y vio a Belesa, que se hallaba tímidamente de pie, alejada del grupo. Con ruda galantería, le hizo un gesto para que se acercara.

-Caballeros, os presento a Belesa de Korzetta -dijo, y luego le habló a la muchacha en su propia lengua-. Te podemos llevar de vuelta a Zingara, pero ¿qué harás entonces?

Belesa movió la *cabeza*, con aire desamparado.

-No lo sé. No tengo dinero ni amigos, y no me han enseñado a ganarme la vida. Quizás hubiese sido mejor que una de esas terribles flechas me atravesara el corazón.

-¡No digas eso, señora! -le rogó Tina-. Yo trabajaré para las dos.

Conan sacó una pequeña bolsa de cuero de su cinto.

-No pude quedarme con las joyas de Tothmekri -murmuró-, pero aquí están estas chucherías que encontré en el cofre de donde saqué la ropa que llevo -agregó, enseñando un puñado de rojos rubíes-. Valen una fortuna.

Los volvió a meter en la bolsita y se la entregó a Belesa.

-Pero no puedo aceptar estos... -comenzó a decir.

-¡Naturalmente que los aceptaras! Más valdría haberte dejado en manos de los pictos que permitirte volver a Zingara para í morir allí de hambre -dijo-. Sé lo que es ser pobre en una nación hiboria. En mi tierra, a veces, se padece hambre, pero la gente sólo la sufre cuando ya no queda en el país ni un solo alimento. Sin embargo, en los pueblos civilizados en los que he estado, he visto a gente enferma de tanto comer mientras otros se morían de hambre. Sí, he visto a hombres hambrientos caer y exhalar el último suspiro contra las paredes de tiendas y almacenes repletos de alimentos.

«También yo he padecido hambre, pero en esos casos conseguía lo que necesitaba a punta de espada. Pero tú no puedes hacer eso. En cambio, puedes vender los rubíes y comprarte un castillo, esclavos y lujosos ropajes, y con todo ello no te será difícil conseguir un marido, pues todos los hombres civilizados desean tener mujeres que posean tales bienes.

-Pero ¿qué será de ti?

Conan sonrió y señaló al grupo de aquilonios.-Ellos son mi fortuna. Con estos amigos verdaderos tendré todos los bienes de Aquilonia a mis pies. El gordo Publius habló entonces:

-Tu generosidad te honra, Conan, pero hubiera deseado que consultaras primero conmigo, pues las revoluciones no se alimentan únicamente de odios, sino también de oro, y los hombres de Numedides han empobrecido de tal manera a Aquilonia que nos será difícil hallar dinero para alquilar mercenarios.

-¡Ja, ja! -rió Conan-. ¡Os conseguiré todo el oro necesario para que no quede una sola espada inactiva en Aquilonia!

Les contó, en pocas palabras, la historia del tesoro de Tranicos y la destrucción del fuerte de Valenso.

-Ahora el demonio se ha ido de la caverna, y los pictos retornarán, dispersos, a sus aldeas. Con una patrulla de hombres bien armados, podremos marchar rápidamente hacia la caverna y volver antes de que se enteren de que están en tierra de pictos. ¿Estáis de acuerdo conmigo?

Aclamaron tanto a Conan, que Belesa temió que el griterío atrajera la atención de los salvajes. Conan le dirigió una rápida sonrisa y murmuró en idioma zingario, aprovechando el estrépito de las voces:

-¿Qué te parece lo de «rey Conan»? No suena nada mal, ¿verdad?

## **Lobos más allá de la frontera**

*La insurrección se propaga con la velocidad de un huracán. Mientras en las planicies de Aquilonia se sigue combatiendo encarnizadamente, la guerra civil entre los partidarios de Conan y los de Numedides se extiende por la frontera picta. Los pictos creen que ha llegado su oportunidad.*

*He aquí el relato de algunos de los hechos que acaecieron en estas tierras, durante uno de los períodos mas turbulentos de la Edad Hiboria, tal como fueron contados por uno de los sobrevivientes de la contienda.*

El lejano redoble de un tambor me despertó. Permanecí inmóvil entre los arbustos en los que me había refugiado, intentando localizar el lugar del que provenía. En la espesura del bosque no se oía el menor ruido. Sobre mí, las ramas entrelazadas de las parras y de los zarzales formaban una densa bóveda por encima de la cual asomaban, como fantasmas, las ramas de los árboles. Ni una sola estrella titilaba en el cielo cubierto por negros nubarrones, que pasaban rozando las copas de los árboles. No había luna. La noche era oscura como el manto de un brujo.

La oscuridad me favorecía. Si yo no podía ver a mis enemigos, tampoco ellos podrían descubrirme a mí. Sin embargo, el eco de aquel tambor seguía resonando en la noche como una siniestra amenaza. Sólo había en el mundo un tambor capaz de producir un sonido tan lúgubre y aterrador: el tambor de guerra picto tocado por las manos de esos salvajes pintados que cazan en la espesura al otro lado de la Marca Occidental.

Y yo me encontraba allí solo, escondido entre unos matorrales, en medio del inmenso bosque dominado por esos demonios desnudos desde los albores de los tiempos.

Por fin localicé el sonido. Provenía de algún punto situado al oeste del lugar en el que me encontraba, y calculé que a poca distancia. Me apreté el cinturón, envainé mi hacha y mi puñal, tensé mi poderoso arco y me aseguré de que mi carcaj estuviese en su lugar en mi cadera izquierda, tanteando con los dedos en la oscuridad. Después salí a rastras del matorral y avancé cautelosamente hacia el punto del que provenía el sonido.

Era poco probable que el redoble del tambor tuviera algo que ver conmigo. Si me hubieran descubierto, no habría estado oyendo un tambor; habría sentido el filo de un puñal en la garganta. Ningún intruso podía desconocer el significado de ese sonido: era una advertencia, una amenaza, un presagio de horror para aquellos que osaran profanar la soledad inmemorial del bosque. Significaba fuego, tortura, una flecha atravesando la oscuridad como una centella, y las hachas de guerra tiñéndose con la sangre de hombres, mujeres y niños.

Avancé a través de la oscuridad del bosque, abriéndome camino entre troncos caídos y ramas desgajadas. De vez en cuando, el corazón se me subía a la garganta al sentir el frío roce de la piel de algún reptil. En ese bosque hay gigantescas serpientes que se cuelgan de las ramas para capturar a sus presas. Pero los seres con los que yo temía encontrarme eran más terribles que la más temible serpiente, y cuanto más me aproximaba a ellos, más cauteloso se hacía mi paso. Súbitamente, brilló un destello rojizo entre los árboles, y pude oír un bárbaro murmullo de voces que se confundían con el redoble del tambor.

Fuera cual fuese la ceremonia que estuviesen celebrando en la oscuridad del bosque, era más que probable que hubiera centinelas vigilando el lugar. Yo conocía bien el modo de actuar de los pictos. Permanecían inmóviles, escondidos en la penumbra, y sólo cuando su víctima estaba a su alcance surgían de las sombras con la agilidad de un felino para asestar el golpe mortal. Me estremecí ante la idea de ser sorprendido así. Saqué el puñal y, extendiendo el brazo hacia las invisibles amenazas, seguí avanzando con la esperanza de que en medio de semejante oscuridad ni siquiera la aguzada vista de un picto pudiera descubrirme.

El resplandor resultó ser una hoguera, ante la cual danzaban unas figuras, como si hubieran sido negros demonios ante el fuego del infierno. Me arrimé aún más contra los matorrales y observé con detenimiento lo que ocurría.



Eran unos cuarenta o cincuenta pictos, con el rostro pintado y el cuerpo cubierto tan sólo con un taparrabo. Se encontraban de espaldas a mí, formando un gran semicírculo en torno a la hoguera. Por las plumas que llevaban en sus largas e hirsutas cabelleras, deduje que pertenecían a la tribu de los Halcones u Onayaga. En el centro del claro había una especie de altar, construido toscamente con piedras apiladas. Al descubrirlo, todas las fibras de mi ser se estremecieron. Había visto estos altares pictos en otras ocasiones, y siempre habían estado cubiertos de cenizas y de rastros de sangre. Nunca había presenciado ninguna de sus ceremonias, pero había oído lo que contaban los que habían tenido la desgracia de caer prisioneros de los pictos o los que, como yo ahora, los habían espiado mientras realizaban sus ritos.

Un chamán ataviado con largas plumas bailaba, entre el fuego y el altar, una danza lenta y grotesca, que hacía que las plumas de su cabeza se agitaran. Tenía el rostro oculto tras una máscara demoníaca de color escarlata.

En el centro del semicírculo había un guerrero con un enorme tambor entre las rodillas. Al golpearlo con el puño producía un sonido apagado, parecido al del trueno en una tormenta lejana.

Entre los guerreros y el chamán había un hombre que no era picto. Era más alto que los demás, y su piel parecía mucho más dará bajo los rojizos reflejos de la noguera. Vestía un taparrabo de piel de gamo, calzaba mocasines y su cuerpo estaba tatuado con pinturas de guerra. En la cabeza llevaba una pluma de halcón, por lo que deduje que debía tratarse de un ligur, uno de esos salvajes de tez pálida que habitan en el gran bosque. Generalmente están en guerra con los pictos, pero a veces entierran el hacha de guerra y se alían con ellos. Tienen la piel tan clara como los aquilonios. En cierto modo, los pictos también son una raza blanca: no son negros ni amarillos, aunque tienen los ojos y el cabello color azabache, y la piel oscura. Pero las gentes de la Marca Occidental no los consideran blancos ni a ellos ni a los ligures. Sólo son considerados como tales los hombres por cuyas venas corre sangre hiboria.

Vi como tres guerreros conducían a un hombre hacia la hoguera. Era otro picto, desnudo y cubierto de manchas de sangre, que todavía llevaba en su melena enmarañada una pluma como las que llevan los miembros de la tribu del Cuervo, con los que los Halcones están siempre en guerra. Sus guardianes lo colocaron sobre el altar, con los pies y las manos atadas a la espalda. Sus músculos se tensaban al intentar librarse de sus ataduras, sin conseguirlo.

Entonces el chamán volvió a empezar su danza realizando extraños movimientos en torno al altar. El que tocaba el tambor empezó a hacerlo con un ritmo frenético. Parecía como si de pronto un demonio se hubiera apoderado de su cuerpo y de su alma. De repente, desde una de las ramas, se descolgó una de esas gigantescas serpientes de las que he hablado antes. El fuego se reflejó en sus escamas mientras se arrastraba hacia el altar, pasando muy cerca de los pies de algunos de los guerreros. Para mi sorpresa, ninguno mostró la menor inquietud, aunque es de sobra conocido que esas serpientes son las únicas criaturas a las que los pictos temen.

La cabeza del enorme reptil asomó por detrás del altar, erguida sobre el cuello, y clavó su mirada en los ojos del chamán, por encima del cuerpo del cautivo. El chamán, sin dejar de mirar a la serpiente, hacía contorsiones con el cuerpo y los brazos, casi sin mover los pies. Todos sus movimientos eran imitados por el reptil como si estuviese bajo un efecto hipnótico. En ese momento el chamán emitió un aullido lúgubre parecido al que produce el viento en los juncos de los pantanos.

El enorme reptil se irguió aún más y empezó a enroscarse sobre el cuerpo del infeliz, dejando libre sólo su cabeza, cerca de la cual se balanceaba la del terrible ofidio, anunciando la muerte.

El aullido del chamán se convirtió en un alarido triunfal, al tiempo que arrojaba algo al fuego. Una gran nube de humo verdoso se elevó sobre el altar, formando espirales, ocultando casi a la serpiente y a su víctima. Pero en medio de la nube pude ver como se operaba un extraño *cambio*-, las siluetas de ambos se

desdibujaron y se fundieron, y por un momento no pude distinguir cuál era la del hombre y cuál la del reptil. Los pictos allí reunidos lanzaron un suspiro.

El humo desapareció, y vi que la serpiente yacía inmóvil sobre el altar. Pensé que ambos estaban muertos. Pero el chamán cogió a la serpiente por el cuello y la dejó en el suelo. Después empujó el cuerpo del hombre, haciéndolo caer desde el altar junto al monstruo, y le cortó las ataduras que lo inmovilizaban.

Luego inició una danza ondulante al tiempo que entonaba

un extraño cántico. De pronto el hombre se movió, pero no se levantó. Movía la cabeza de un lado a otro y sacaba la lengua intermitentemente. ¡Por Mitra! Se alejaba del fuego reptando sobre el vientre como si hubiera sido una serpiente.

Al mismo tiempo, el cuerpo del enorme reptil empezó a convulsionarse, el cuello se irguió casi por completo y cayó hacia atrás. Volvió a intentarlo una y otra vez, como si se tratara de un cuerpo al que le hubieran cortado las piernas e intentara ponerse en pie.

El aullido salvaje de los pictos rasgó el silencio de la noche, y yo, sintiéndome mareado y con náuseas, me escondí entre los matorrales, haciendo un esfuerzo para no vomitar. Por fin había comprendido el significado de la terrible ceremonia. Por medio de la ancestral magia negra que emanaba de la atmósfera del bosque, el chamán había transferido el alma de un enemigo cautivo al cuerpo de una serpiente. Era la venganza de los salvajes pictos, cuyos aullidos resonaban en la noche como los lamentos de todos los infiernos.

La serpiente y el hombre agonizaban una al lado del otro. Hasta que el chamán levantó su espada y las dos cabezas rodaron juntas. ¡Y, por todos los dioses, el tronco de la serpiente se estremeció unos instantes y después quedó inmóvil, mientras que el del hombre se retorció y se enroscaba como si en verdad hubiera sido el cuerpo

decapitado de un reptil! Una sensación de horror y repulsión se apoderó de mí. Los salvajes aullaban y saltaban frenéticamente, en señal de triunfo, sobre el cuerpo del enemigo. No parecían seres humanos. Tuve la clara sensación de estar ante la presencia de espíritus malignos que sólo merecían la muerte.

El chamán se situó de un salto frente al semicírculo de guerreros, y arrancándose la máscara que le cubría el rostro echó la cabeza hacia atrás y aulló como un lobo. En ese momento, al resplandor rojizo de la hoguera, lo reconocí. Todo el horror y la repulsión que me invadían se transformaron en ira. Mi instinto de conservación y la conciencia de que estaba allí para cumplir una misión quedaron anulados en ese instante ante la intensidad del sentimiento de odio que sentí al reconocer a ese maldito. El chamán era el viejo Teyanoga, de los Halcones del sur, el mismo que había quemado vivo al hijo de mi amigo Jon Galter.

Presa de la ira, actué dejándome llevar por mis instintos; coloqué una flecha en mi arco, lo tensé y disparé. Fue un instante. La luz que proyectaba la hoguera no era muy intensa. Pero la distancia al blanco no era mucha, y nosotros, los guerreros de la Marca Occidental, somos diestros con el arco. El viejo Teyanoga chilló como un gato y retrocedió tambaleándose mientras sus guerreros descubrían atónitos que una flecha le había atravesado el pecho. El guerrero alto y de piel clara volvió la cabeza en la dirección de la que venía la flecha, y por primera vez pude ver su rostro. ¡Por Mitra, era un hiborio!

La sorpresa fue tan grande que me quedé paralizado por unos segundos, que casi significaron mi perdición, porque un instante después los pictos reaccionaron y se lanzaron hacia el bosque como panteras, a la busca del que había dado muerte a su hechicero. Cuando alcanzaron la primera franja de arbustos pude reaccionar y me adentré en la oscuridad, sorteando árboles y rocas a tientas. Sabía que los pictos no podrían encontrar mi rastro, pero que aun así no abandonarían mi persecución. Poco después, en mi carrera hacia el norte, escuché detrás de mí un alarido de triunfo, tan terrible

que hubiese bastado para helar la sangre de cualquier mortal. Pensé que habrían extraído la flecha del corazón del chamán y comprobado que se trataba de una flecha hiboria. Eso les haría perseguirme con más odio que antes.

Seguí corriendo. Mi corazón latía furiosamente por el miedo, la ansiedad y el horror de la pesadilla que acababa de contemplar. Por otra parte, no podía evitar darle vueltas al significado de la presencia de un hiborio en la espantosa ceremonia. Evidentemente estaba allí como invitado, puesto que iba armado. Sin embargo, nunca antes ningún hiborio había asistido a los secretos rituales pictos a no ser como prisionero o como espía. ¿A qué oscuros motivos podía deberse su presencia allí?

Mi temor y las dudas que me atormentaban me hicieron avanzar con menos precauciones que de costumbre. Sacrificaba la necesaria cautela en aras de alejarme de allí lo más rápidamente posible, y tropecé con un tronco que podría haber esquivado de haber caminado con mayores precauciones. Sin duda alguna eso fue lo que me delató. De otro modo, el picto no podría haberme descubierto en la oscuridad.

Aunque ya no escuchaba los aullidos de los pictos, estaba seguro de que seguían rastreando el bosque como lobos, avanzando desplegados en semicírculo, registrando palmo a palmo el bosque. Su silencio significaba que habían encontrado mi rastro.

El picto que me había descubierto, alertado por el ruido de mi carrera, probablemente no formaba parte del grupo que había asistido a la ceremonia, porque estaba demasiado adelantado respecto a aquéllos. Debía de tratarse de uno de los centinelas que patrullaban el bosque, en su flanco norte, para evitar que sus compañeros fueran atacados por sorpresa. Seguramente oyó como me aproximaba a él y se preparó para el ataque como un demonio de la noche. Noté su presencia por el sonido amortiguado de sus pies desnudos, y aunque supe que me seguía, no pude ver su silueta en la impenetrable negrura del bosque.

Los pictos ven como gatos en la oscuridad. Y aunque yo sólo era una sombra difusa, sabía que en cualquier momento podría descubrirme. De repente, el hacha que yo blandía ciegamente frenó por milagro el puñal del picto que se disponía a abalanzarse sobre mí. Su grito de muerte, al clavarse su propio cuchillo, rasgó el silencio del bosque como el aullido de un chacal. Como si hubiera sido el eco de su grito, a poca distancia de mí, escuché el clamor de las voces de mis perseguidores, que parecían lobos presintiendo la muerte de su presa.

Abandonando definitivamente toda precaución, emprendí la huida. Corrí a toda la velocidad de la que era capaz, aun a riesgo de estrellarme contra algún árbol.

De pronto, el bosque empezó a aclararse. Los arbustos desaparecieron, y a través de las ramas empezó a filtrarse algo de luz.

Seguí mi alocada carrera como un condenado perseguido por todos los demonios, oyendo detrás de mí los aullidos de mis perseguidores, que se iban transformando en alaridos de rabia a medida que me alejaba de ellos. Ningún picto puede competir con la veloz carrera de un corredor del bosque. Mi único peligro era que hubiera más centinelas o patrullas delante de mí que advirtieran mi presencia, y me cortaran el paso. Era un riesgo que tenía que correr. Pero tuve suerte. Ninguna sombra pintada detuvo mi huida, y poco después, a través de la maleza que rodeaba una ensenada, descubrí un resplandor. Supe que era la luz del fuerte de Kwanyara, el último puesto fronterizo al sur de Schohira.

Antes de seguir con el relato de aquellos años sangrientos, quizás convenga contar algo acerca de mí mismo y explicar por qué atravesé la frontera picta adentrándome en su territorio, de noche y solo.

Soy el hijo de Gault Hagar. Nací en la provincia de Conajohara. Dos años antes de esta historia los pictos cruzaron el río Negro, asaltaron el fuerte Tuscelan, pasaron a cuchillo a todos los hombres,

menos uno, y obligaron a todos los habitantes de la provincia a marchar al este del río Trueno. Conajohara dejó de ser una tierra civilizada para convertirse en territorio de barbarie, habitado sólo por hombres y bestias salvajes. Las gentes de Conajohara se dispersaron por la Marca Occidental. Algunos se establecieron en Schohira, otros en Conawaga o en Oriskonie, pero la mayor parte - mi familia entre ellos- marcharon hacia el sur y se asentaron cerca de la fortaleza de Thandara, cerca del río del Caballo. Más tarde se unieron a ellos otros provenientes de las provincias más antiguas y más densamente pobladas, y fundaron la provincia libre de Thandara que, a diferencia de otras, no estaba sometida a los grandes señores. Thandara no pagaba tributos a ningún noble. El gobernador era elegido por nosotros mismos entre los hombres de nuestro pueblo y sólo él era responsable ante el rey. Construimos nuestros propios fuertes y nos mantuvimos independientes tanto en los períodos de guerra como en las épocas de paz. Pero siempre tuvimos un enemigo: las tribus pictas de la Pantera, el Lagarto y la Nutria, nuestros salvajes vecinos del otro lado de la frontera.

Fuimos prosperando sin preocuparnos de lo que ocurría al este de nuestras fronteras, en el reino del que provenían nuestros antepasados. Sin embargo, al poco tiempo, los acontecimientos que se estaban produciendo en Aquilonia nos afectaron de forma muy directa. Nos llegaron noticias de una guerra civil y de un hombre que se había levantado en armas para derrocar a la antigua dinastía. Las llamas del levantamiento prendieron en nuestras fronteras, enfrentando a vecinos contra vecinos y a hermanos contra hermanos. Mientras los caballeros luchaban y morían en las planicies de Aquilonia, yo me adentraba en la frontera que separa Thandara de Schohira, portando noticias que pudieron cambiar el destino de toda la Marca Occidental.

El fuerte de Kwanyara era pequeño. Consistía en una construcción de madera rodeada de una empalizada, a orillas de una ensenada. Vi la bandera recortada contra el rosa pálido del cielo de la mañana, y descubrí que algo faltaba: el estandarte real que habría tenido que ondear junto a ella, con la serpiente de oro bordada en su tela, no

estaba allí. Eso podía querer decir mucho o nada. Nosotros, las gentes de la frontera, no prestamos demasiada importancia a los símbolos y a los protocolos, tan importantes para los caballeros de otros reinos.

Atravesé la ensenada del Puñal al amanecer, vadeándola, y al llegar a la otra orilla me encontré con un guardián de la frontera, un hombre alto, vestido con un jubón de cuero. Cuando supo que venía de Thandara exclamó:

-¡Por Mitra, debe de ser algo muy urgente lo que te trae hasta aquí! De otro modo, habrías venido por el camino principal, sin necesidad de atravesar la tierra salvaje.

Una estrecha franja conocida con el nombre de «Tierra Salvaje», separaba Thandara de las Marcas Bosonias. Había otro camino que rodeaba estas tierras y que comunicaba a Thandara con las demás provincias atravesando las marcas. Pero era un camino largo. Demasiado largo.

Me pidió que le contara lo que estaba ocurriendo en Thandara, pero le contesté que no tenía noticias recientes, porque acababa de regresar de una larga patrulla por las tierras de los Nutria. Era mentira, pero desconocía el giro de los acontecimientos políticos en Schohira y temía que mis respuestas pudieran comprometerme. Le pregunté si estaba en la fortaleza de Kwanyara el hijo de Hakon Strom. Me respondió que no estaba allí, sino en la ciudad de Schondara, situada unas pocas leguas al este del fuerte.

-Espero que Thandara se incline a favor de Conan -dijo, profiriendo un juramento-. Eso es lo que nosotros deseamos. Si no fuera por mi maldita suerte, no estaría aquí vigilando esta frontera. Daría todo lo que tengo por estar con nuestro ejército, que espera en Thenitea, en la ensenada de Ogaha, el ataque de Brocas de Torh y sus malditos renegados.

No podía creerlo. El barón de Torh era el señor de Conawaga, y no de Schohira, que estaba bajo el mando de Thasperas de Kormon.



-¿Dónde está Thasperas? -pregunté.

-En Aquilonia, luchando junto a Conan -respondió el guardián al tiempo que me observaba, receloso de que fuera un espía.

-He visto a uno de los vuestros mezclados entre los pictos; lleva pinturas de guerra, va desnudo como ellos y asiste a sus sangrientas ceremonias -dejé caer como sin darle importancia.

El rostro del schohirano se congestionó de ira.

-Maldito seas -exclamó-. ¿Has venido hasta aquí para insultarnos?

Acusar a un hombre de traidor era el más grave insulto en toda la Marca Occidental, aunque yo no le había contado aquello con intención de ofenderlo, sino por si sabía algo del hiborio que había visto en el bosque. Comprendí que no era así y, como no quería decirle nada más, intenté excusarme alegando que no había entendido bien el significado de mis palabras.

-Lo he entendido perfectamente -dijo él, furioso-. Por el color de tu piel y por tu acento del sur bien podrías ser un maldito espía de Conawaga. Lo seas o no, nadie puede insultar a un hombre de Schohira como lo has hecho tú. Si no fuera porque tengo otras obligaciones que cumplir, conocerías el sabor de los puños de un schohirano.

-No quiero pelear -dije-, pero, si quieres buscarme, podrás encontrarme en Schondara. Soy el hijo de Gault Hagar.

-Iré allí pronto -repuso-. Soy el hijo de Otho Gorm y me conocen en toda la región.

Mientras me alejaba de él, se quedó acariciando el filo de su cuchillo, como si hubiera querido apaciguar el deseo que sentía de clavármelo en el corazón. Intenté alejarme lo más rápidamente posible del fuerte para evitar otros encuentros con centinelas. En épocas de paz nadie hubiera osado detenerme o interrogarme, pero

en los turbulentos tiempos que corrían era perfectamente posible que me tomaran por espía. En realidad, en la confusión de aquellos días, cualquier cosa era posible; como que el señor de Conawaga invadiera los territorios vecinos.

El bosque había sido talado en torno al fuerte y formaba una sólida pared de varios cientos de metros. Intenté no salir de sus límites mientras bordeaba el claro. No me encontré con nadie, ni siquiera cuando tuve que atravesar varios caminos que partían del fuerte. Me dirigí hacia el este, evitando los claros y las casas de campo. Y cuando el sol aún no estaba alto en el firmamento, divisé los tejados de Schondara.

La ciudad se alzaba en las proximidades del bosque. Era bastante grande para tratarse de un poblado fronterizo. Sus casas estaban hechas de troncos. Algunas habían sido pintadas, y de vez en cuando se erigían algunos edificios más sólidos construidos en piedra, de los que no se encuentran en Thandara. No vi nada parecido a un foso o a una empalizada en torno al poblado, cosa que me pareció muy extraña. En Thandara construimos nuestras casas de manera que nos protejan al mismo tiempo ante posibles ataques de enemigos, y aunque todavía no había ninguna ciudad en nuestra provincia -nuestras tierras estaban recién colonizadas-, cada cabaña, cada casa era una pequeña fortaleza.

A la derecha del poblado, en el centro de una pradera, había una pequeña fortificación protegida por una empalizada y un foso sobre la que asomaba una gran ballesta, montada sobre una elevada plataforma. Aunque el conjunto era un poco más grande que el fuerte de Kwanyara, sólo unos pocos hombres la protegían. En el mástil sólo ondeaba el estandarte del halcón con las alas desplegadas de Schohira. Me pregunté cómo, si la ciudad estaba a favor de Conan, no ondeaba su pabellón: un león dorado sobre fondo negro, el mismo que adornaba el pendón del regimiento que él había mandado como general mercenario de Aquilonia.

Hacia la izquierda, cerca del bosque, había una casa grande de piedra que se levantaba en medio de jardines y huertas. Perteneecía

a Valerio, el terrateniente más rico de toda la zona occidental de Schohira. Aunque yo jamás lo había visto, sabía que era muy poderoso. Pero ahora, la Hacienda -así se llamaba su propiedad- parecía abandonada y desierta.

La misma sensación me produjo la ciudad. Apenas había hombres, aunque las calles estaban llenas de mujeres y niños. Pensé que los hombres habían agrupado a sus familias allí para que estuvieran mejor protegidas. Mientras recorría una de sus calles, sentí como las miradas se clavaban en mí. Sin embargo, nadie me dirigió la palabra excepto para responder secamente a mis preguntas.

En la taberna sólo había unos cuantos viejos sentados en torno a las mesas, bebiendo cerveza y hablando en voz baja. Cuando crucé el umbral de la puerta, vestido con mi jubón de cuero, todos dejaron de hablar, al tiempo que dirigían sus miradas hacia mí.

El silencio se hizo aún más significativo cuando pregunté por Hakon Strom. El mesonero me respondió que se había ido a caballo a Thenitea después de la salida del sol, pero que volvería pronto. Puesto que estaba hambriento y cansado, pedí que me sirviera comida, e ignorando las miradas de todos me tumbé sobre una piel de oso que el mesonero dispuso para mí en un rincón de la taberna, y me dormí. Cuando Hakon regresó al atardecer, yo estaba en el mejor de los sueños.

Era un hombre alto y musculoso, ancho de hombros, como la mayoría de los hombres del Oeste, y vestía una casaca de piel de gamo, polainas y mocasines como yo. Lo acompañaban seis exploradores, que se sentaron a una mesa cercana a la puerta y no dejaron de observarnos mientras bebían cerveza.

Cuando le dije mi nombre y que tenía un mensaje para él, me observó con detenimiento y me hizo sentar a una mesa de la esquina a la que el mesonero trajo una espumeante cerveza.

-¿Qué sabes acerca de la situación en Thandara? -le pregunté.-Sólo rumores.

-Te traigo un mensaje de Brant Drago, el gobernador de Thandara, y de su consejo de capitanes. Por este signo sabrás que puedes fiarte de mí.

Al decir esto mojé el dedo en la cerveza y dibujé un signo sobre la mesa, que borré de inmediato. Asintió, y sus ojos brillaron con expectación.

-Esto es lo que tengo que decirte -añadí-. Thandara se ha declarado a favor de Conan y está dispuesta a ayudar a sus amigos y a enfrentarse a sus enemigos.

Al oír esto sonrió con satisfacción y me estrechó la mano.

-¡Bien! -exclamó-. No esperaba menos.

-¿Quién podría olvidar a Conan? -dije-. Cuando yo era sólo un muchacho, en Conajohara, vi por primera vez a ese bárbaro, que por aquel entonces hacía de centinela en los bosques. Cuando su mensajero llegó a Thandara y nos dijo que Poitain se había levantado, y que Conan, que luchaba por el trono, solicitaba nuestro apoyo (no pedía hombres para su ejército, sino contar con nuestra lealtad), le respondimos con una sola frase: «No hemos olvidado Conajohara». Después, Attelius atravesó los pantanos con intención de atacarnos, pero nosotros le tendimos una emboscada en Tierra Salvaje y dispersamos su ejército. No tememos, por ahora, que Thandara sea atacada de nuevo.

-Me gustaría poder decir lo mismo de Schohira -exclamó con amargura-. Thasperas nos hizo saber que podíamos actuar según nuestra voluntad. Él se había unido al ejército rebelde de Conan, pero no reclutó voluntarios de nuestras tierras. Tanto él como Conan saben que la Marca Occidental necesita de todos sus soldados para defender sus fronteras.

»Lo que sí hizo fue llevarse a sus tropas de los fuertes, y ahora los tenemos que defender con nuestras propias guarniciones. Ha habido algunas escaramuzas, sobre todo en ciudades como

Coyaga, en las que habitan los terratenientes, porque algunos de ellos apoyan a Numedides. De éstos, algunos han huido a Conawaga con sus partidarios y otros se han rendido y han jurado permanecer neutrales en sus castillos, como Valerio, el señor de Schondara. Los que huyeron han prometido que volverán para acabar con todos nosotros. Ahora mismo, Brocas está atravesando la frontera.

»En Conawaga, los terratenientes y Brocas están a favor de Numedides y cuentan que éste está pasando por las armas a todos los partidarios de Conan que encuentra a su paso.

No me sorprendía nada de lo que estaba escuchando. Conawaga era la provincia más grande y más rica de toda la Marca Occidental, y en ella había florecido una poderosa clase influyente, formada por nobles terratenientes, que se habían repartido sus dominios. Afortunadamente, en Thandara no había ocurrido lo mismo.

-Es una invasión en toda regla -dijo Hakon-. Brocas quiere que juremos lealtad a Numedides... ¡maldito perro! Lo que en realidad ambiciona es sojuzgar a toda la Marca Occidental, y gobernarla como virrey de Numedides. Está en Coyaga, a diez leguas de la ensenada de Ogaha, con un ejército de soldados aquilonios, arqueros bosonios lealistas de Conawaga y renegados de Schohira. Thenitea está llena de refugiados de las regiones orientales, por las que él ha pasado sembrando devastación.

»No le tememos, aunque somos muy inferiores en número a él. Para atacarnos tiene que atravesar la ensenada de Ogaha, y hemos fortificado la orilla occidental y bloqueado el camino para impedir el paso de su caballería.

-Eso tiene que ver con la misión que me ha traído hasta aquí -dije-. Vengo a ofrecerte los servicios de ciento cincuenta exploradores thandarios. En Thandara no tenemos guerras internas, y aunque seguimos enfrentados a los pictos de la tribu Pantera también podremos arreglárnoslas sin esos hombres.

-El comandante del fuerte de Kwanyara se alegrará de oírlo.

-Pero ¿no eres tú el comandante? -pregunté.

-No -repuso-. Es mi hermano, Dirk Strom.

-De haberlo sabido, le hubiera dado el mensaje a él. Brant Drago pensaba que tú eras el comandante de Kwanyara. Pero no importa.

-Beberemos otra jarra de cerveza -dijo Hakon-. Luego te llevaré ante mi hermano para que oiga de tu boca las buenas noticias que le traes. No me gustaría estar en su lugar. Yo prefiero estar al frente de unos pocos hombres.

En efecto, Hakon no era el hombre adecuado para mandar una guarnición numerosa. Aunque se trataba de un hombre valiente, era demasiado imprudente y temerario para tanta responsabilidad.

-He visto que tenéis muy pocos hombres vigilando vuestras fronteras. ¿No teméis un ataque de los pictos? -le pregunté.

-Mantienen la paz que firmamos -me respondió-. Salvo algunas escaramuzas aisladas, desde hace algún tiempo estamos tranquilos.

-La Hacienda de Valerio me pareció abandonada.

-Valerio vive en ella, pero sólo se ha quedado con unos cuantos sirvientes. No sabemos dónde están sus hombres. Si no hubiera prometido permanecer neutral lo vigilaríamos, porque es uno de los pocos hiborios a los que los pictos respetan y obedecen. Si hubiese querido lanzarlos sobre nuestras fronteras nos habría costado mucho defenderlas, con Brocas a un lado y ellos a otro.

»Los Halcones, los Gatos Salvajes y los Tortugas callan cuando Valerio habla. Es el único que ha estado en la aldea de los pictos Lobos y ha regresado con vida.

Si lo que estaba oyendo era cierto, resultaba verdaderamente extraño. Era legendaria la ferocidad de la gran confederación de clanes conocida como Tribu del Lobo que habitaba al oeste, más allá de los territorios de caza de las tres tribus pictas que él había nombrado. En general se mantenían alejados de la frontera, pero no por ello dejaban de constituir una amenaza constante para Schohira.

Hakon observó a un hombre alto, que acababa de entrar en la taberna, vestido con calzas, botas y una capa de color escarlata.

-Ahí está Valerio -dijo Hakon.

Me volví, lo miré y me levanté de inmediato.

-¡Es él! -exclamé-. Vi a ese hombre anoche, al otro lado de la frontera, en un campamento de Halcones, asistiendo a la ceremonia de la Serpiente.

Valerio escuchó mis palabras y giró en redondo, pálido. Sus ojos brillaban como los de una pantera.

Hakon también se levantó.

-¿Qué estás diciendo? -gritó-. Valerio dio su palabra...

-¡Y eso qué importa! -lo interrumpí, al tiempo que daba un paso adelante hasta encararme con el noble-. Lo vi estando yo escondido entre los arbustos. No tengo ninguna duda. Su cara de halcón es inconfundible. Te digo que estaba allí, desnudo y pintarrajeado como un maldito picto.

-¡Mientes, perro! -gritó Valerio, abriendo su capa para sacar el puñal.

Pero antes de que pudiera desenvainarlo, me abalancé sobre él y rodamos juntos por el suelo. Me aferraba la garganta con las manos mientras blasfemaba como un poseso. Varios hombres corrieron a separarnos. Él, que no cesaba en sus forcejeos con los que lo

sujetaban, tenía el rostro congestionado por la ira. En la pelea se había quedado con el pañuelo que yo llevaba anudado al cuello.

-¡Soltadme, perros! -exclamó-. Quitad vuestras sucias manos de mí. Este embustero pagará por su calumnia.

-No he mentido -repliqué con un tono de voz más sosegado-. Anoche, yo estaba escondido entre los arbustos y vi como el viejo Teyanoga transfería el alma de un jefe de la tribu de los Cuervos al cuerpo de una enorme serpiente. Fue mi flecha la que abatió al chamán. Tú estabas ahí. Tú, un hiborio, desnudo y pintarrajeado, asististe a la ceremonia como uno más de la tribu.

-Si eso es cierto... -empezó a decir Hakon.

-Lo es. ¡Ahí tenéis la prueba! -exclamé, señalando su pecho.

En la refriega, su camisa se había rasgado, y en el pecho desnudo se podía ver la calavera blanca que los pictos se pintan cuando declaran la guerra a los hiborios. Aunque era evidente que Valerio había tratado de borrarla, no lo había conseguido.

-¡Desarmadlo! -ordenó Hakon.

-Llémosle al fuerte -dije-, y que quede bajo la custodia del comandante. Su presencia en la ceremonia de la serpiente no puede significar nada bueno. Esos pictos llevaban pinturas de guerra, y la calavera que Valerio lleva en el pecho significa que tenía la intención de participar en el ataque que preparan los pictos.

-¡Pero, por Mitra, todo esto es increíble! -exclamó Hakon-. ¡Un hiborio traicionando a sus amigos y a su gente con esos diablos pintados!

El noble permaneció en silencio. Estaba de pie entre los hombres que lo sujetaban. En sus labios crispados había una mueca de odio y desprecio. En sus ojos, que brillaban febrilmente, me pareció advertir un atisbo de locura.



Hakon estaba indeciso. Por un lado tenía miedo de la reacción del pueblo si encarcelaba al noble y, por otro, no estaba dispuesto a dejarlo libre.

-Preguntaran por qué lo hemos hecho prisionero, y cuando se enteren de que los pictos se disponen a atacarnos puede cundir el pánico. Encerrémoslo en una celda hasta que podamos traer aquí a Dirk para que lo interrogue.

-La situación es delicada -le dije-, pero tú debes decidir. Tú eres el que mandas aquí.

Sacamos al noble por la puerta de atrás de la taberna. Puesto que estaba anocheciendo, llegamos hasta las celdas sin que nadie nos viese. A esa hora casi todo el mundo había ido a su casa. La prisión era un pequeño edificio construido con troncos de madera, y estaba algo alejada de la ciudad. De las cuatro celdas que tenía, sólo una estaba ocupada, por un bribón que había bebido demasiado y había organizado una pelea en la calle. Cuando llegamos, se asomó a las rejas para ver al nuevo preso. Valerio no dijo una sola palabra mientras Hakon cerraba la puerta de la celda y ordenaba a uno de sus hombres que permaneciera junto a ella. En sus ojos oscuros había un brillo demoníaco, como si tras la máscara pálida de su rostro se hubiera estado riendo de nosotros.

-¿Dejas sólo un centinela? -le pregunté a Hakon.

-¿Para qué quieres más? -me contestó-. Valerio no podrá escapar, y nadie intentará rescatarlo.

Me pareció que Hakon no estaba dispuesto a ceder, y como, después de todo, no era asunto mío, no dije nada más.

Después, Hakon y yo fuimos al fuerte y hablamos con Dirk Strom, el comandante que mandaba en la ciudad en ausencia de Jon Marko, que era el gobernador que había designado Thasperas. Jon Marko estaba en aquel momento al mando del ejército que se encontraba en Thenitea.

Cuando Dirk oyó lo que había ocurrido, su rostro se ensombreció, y dijo que iría a interrogar a Valerio tan pronto como sus obligaciones se lo permitieran, aunque estaba seguro de que el aristócrata se negaría a hablar, porque pertenecía a una raza demasiado altiva para responder a las preguntas de un plebeyo. Se alegró cuando supo que yo había ido a ofrecerle refuerzos de Thandara, y me dijo que podía mandar a un mensajero de vuelta allí -para que comunicara que nuestra propuesta era aceptada- en el caso de que quisiera quedarme unos días en Schohira, cosa que hice.

Después, Hakon y yo regresamos a la taberna. Teníamos la intención de pernoctar allí y salir hacia Thenitea al amanecer. Los schohiranos tenían centinelas vigilando los movimientos de Brocas, y Hakon, que había estado en su campamento ese mismo día, dijo que no parecía haber signos de movimiento en las filas enemigas, lo que me hizo pensar que estaba esperando a que Valerio cruzara la frontera al frente de los pictos. Pero Hakon, a pesar de lo que yo le había contado, todavía dudaba de la complicidad de Valerio. Se decía que tal vez su presencia en el bosque obedeciera simplemente a una visita de las que acostumbraba hacer a los pictos. Ningún hiborio, por muy amigo que fuese de ellos, podía asistir a ceremonias como la de la serpiente. Para hacerlo tendría que haber firmado un pacto de sangre con el clan. Así se lo dije a Hakon.

Me desperté súbitamente y me incorporé en el lecho. Había dejado la ventana abierta para que entrara el fresco de la noche. La habitación estaba situada a bastante altura sobre el suelo, y no había en las proximidades ningún árbol por el que pudiera trepar un ladrón. Pero algo me había sobresaltado, y, al mirar hacia la ventana, se recortó contra el cielo negro cuajado de estrellas la silueta de una criatura corpulenta y deforme. Preguntándome qué podía ser eso mientras buscaba a tientas el hacha, y antes de que pudiera levantarme, se abalanzó con una rapidez vertiginosa. Sentí que algo me rodeaba el cuello e intentaba estrangularme. Muy cerca de mi cara vislumbré un rostro borroso y aterrador, del que sólo

pude distinguir en la oscuridad un par de ojos inyectados en sangre y una cabeza puntiaguda. Me llegó el hedor de una bestia.

Aferré una de las muñecas de la cosa y me di cuenta de que era peluda y musculosa como la de un simio. En ese momento encontré mi hacha y de un solo golpe hendí el cráneo de aquel ser de pesadilla, que se desplomó sobre mí. Cuando conseguí incorporarme, me temblaba todo el cuerpo. Encontré pedernal, acero y yesca y encendí una vela. La monstruosa criatura yacía en el suelo en medio de un charco de sangre.

Su cuerpo era parecido al de un hombre corpulento, retorcido y deforme, y estaba recubierto de una gruesa capa de pelo. Sus uñas eran largas y negras como las garras de una bestia. Y su cabeza, sin barbilla y con muy poca frente, era muy similar a la de un simio. Se trataba de un chacán, una de esas criaturas semihumanas que habitan en lo más profundo de los bosques.

Poco después, alguien dio con los nudillos en mi puerta y oí la voz de Hakon preguntándome qué ocurría. Entró con el hacha en la mano, listo para atacar. Sus ojos se llenaron de asombro al ver a la criatura repugnante que yacía en el suelo.

-¡Un chacán! -susurró-. Los había visto antes siguiendo a lo lejos el rastro de nuestras pisadas. ¡Malditos sabuesos! ¿Qué tiene entre las garras?

Un escalofrío de terror recorrió mi espina dorsal al descubrir que lo que la criatura aferraba con sus manos era mi pañuelo, con el que había intentado estrangularme.

-He oído decir que los chamanes pictos capturan a estos seres y los amaestran para seguir el rastro de sus enemigos -dijo lentamente-. Pero ¿cómo habrá podido ordenarle Valerio que nos siguiera? -No lo sé -respondí-. Alguien le dio mi pañuelo a la bestia para que, guiándose por su olfato, me encontrara y acabara conmigo. ¡Vamos a la prisión! ¡Rápido!

Hakon despertó a sus seis exploradores y todos corrimos hacia allí. El centinela yacía en el suelo con el cuello cortado, delante de la puerta de la celda de Valerio, que estaba abierta. Vi que Hakon se quedaba petrificado, y entonces escuchamos un hilo de voz que salía del cuerpo aterrado del borracho que ocupaba la celda contigua.

-Ha escapado -dijo-. Valerio ha escapado. Hace una hora estaba yo tumbado en mi camastro cuando me despertó un ruido que provenía del exterior. Abrí los ojos y vi a una extraña mujer de piel oscura que surgía de las sombras y se acercaba al centinela. Él le dio la voz de alto y tensó el arco, pero ella se rió, lo miró fijamente a los ojos y él entró inmediatamente en trance. Se quedó inmóvil, mirándola fijamente como un estúpido y ella tomó el cuchillo del centinela y le cortó el cuello. Le quitó las llaves y abrió la puerta de la celda de Valerio, que, riéndose a carcajadas, besó a la mujer. Ella no estaba sola. Había *algo* deambulando en la oscuridad detrás de ella. Un ser borroso, indefinido, que evitaba la luz del farol de la puerta.

»Oí que le decía a Valerio que era mejor acabar conmigo. Sentí tanto miedo que durante un rato no supe si estaba vivo o muerto. Pero Valerio le dijo que yo estaba totalmente borracho y que no merecía la pena. Mientras se alejaban, él dijo que "aquellos" tenía que cumplir una misión y que después irían a la cabaña de la ensenada del Lince, donde se encontraría con sus partidarios, que lo aguardaban escondidos en el bosque. Dijo también que Teyanoga se uniría allí con ellos, que cruzarían la frontera juntos y que volverían al frente de los pictos para acabar con todos nosotros.

A la tenue luz del farol, vi que Hakon palidecía.

-¿Quién es esa mujer? -pregunté con curiosidad.

-Su amante. Una mujer por la que corre sangre picta -contestó Hakon-. Mitad Halcón y mitad ligur. La llaman la Bruja de Skandaga. Yo nunca la he visto, y hasta ahora nunca me había creído las historias que contaban acerca de ella y de Valerio. Veo que me equivoqué.

-Pensé que había dado muerte al viejo Teyanoga -murmuré entre dientes-. El muy perro debe de tener siete vidas. Vi como mi flecha se le clavaba en el pecho. ¿Y ahora qué hacemos?

-Debemos ir a la cabaña de la ensenada del Lince y matarlos a todos -dijo Hakon-. Si los pictos logran atravesar la frontera,

lo pagaremos caro. No podemos llevar más hombres. Nosotros seremos suficientes. No sé cuántos serán ellos, pero no me importa. Atacaremos por sorpresa.

Dejó libre al borracho para que fuera a la fortaleza a contar lo que había visto y oído, y nosotros partimos inmediatamente a la luz de las estrellas. Los campos estaban en silencio y la débil lumbre de alguna que otra hacienda titilaba en la oscuridad. Hacia el oeste se extendía la mancha oscura del bosque, una mancha negra, silenciosa, ancestral, que se alzaba como una amenaza para el que osara entrar en él.

Marchábamos en fila india, con los arcos preparados en la mano izquierda y las hachas en la derecha. Nuestros mocasines no hacían el menor ruido sobre la hierba húmeda de rocío. A medida que nos íbamos adentrando en el bosque, entre los robles y las hayas, nos separamos un poco. Hakon iba a la cabeza y los demás guardábamos una distancia de unas cuatro yardas. Llegamos a una hondonada recubierta de hierba y vimos una luz que brillaba débilmente, filtrándose por las rendijas de las contraventanas de una cabaña.

Hakon ordenó que nos detuviéramos. Hizo una seña a sus hombres para que esperasen allí y nosotros dos nos acercamos sigilosamente a la cabaña. El centinela que la vigilaba, un renegado schohirano, no percibió nuestra presencia. El aliento le apestaba a alcohol. Nunca olvidaré el fiero susurro de satisfacción que Hakon dejó escapar entre dientes mientras hundía el puñal en el corazón del traidor. Escondimos el cuerpo del pobre diablo entre la maleza y trepamos por el muro de la cabaña para espiar en su interior por una rendija.

Allí estaba Valerio junto a una mujer de piel oscura y belleza salvaje, vestida con una corta falda de ante y mocasines recamados de piedras preciosas. Su espesa y brillante cabellera negra estaba recogida por detrás por una cinta de oro bordada con misteriosos dibujos. En la habitación había, además, media docena de schohiranos renegados: bribones taciturnos vestidos con calzas de lana y chalecos de granjeros, con alfanjes en los cinturones. Tres corredores del bosque, de aspecto fiero, con ropa de ante, y seis soldados de Gunderland, hombres musculosos, cuyas rubias cabelleras sobresalían bajo los cascos de acero, con cotas de malla, espinilleras también de acero y armas afiladas. Eran hombres de piel blanca, ojos acerados y una forma de hablar muy distinta de la de las gentes de la Marca Occidental. Eran rudos luchadores, infatigables y bien disciplinados, muy apreciados como guardianes entre los terratenientes de la frontera. Los oíamos hablar y reír. Valerio fanfarroneaba mientras relataba su huida. Los taciturnos renegados maldecían a sus antiguos amigos. Los corredores del bosque permanecían silenciosos y atentos. Los hombres de Gunderland tenían como un aire despreocupado y jovial, que no ocultaba su naturaleza cruel y despiadada. La muchacha mestiza, a la que llamaban Kwarada, se reía y bromeaba con Valerio, que parecía pasárselo muy bien. Hakon tembló de furia al escuchar una de las bravatas de Valerio:

-Escapar fue tan sencillo como romper un huevo. Envié a un visitante para que ese maldito traidor thandario recibiera su merecido. Cuando me ponga al frente de los pictos y les haga cruzar la frontera para acabar con los rebeldes del oeste, mientras Brocas ataca desde Goyaga, todos los de su ralea recibirán el mismo trato.

Después oímos el sonido sordo de unas pisadas y nos pegamos aún más a la pared. La puerta se abrió y entraron siete pictos pintarrajeados y adornados con plumas, al frente de los cuales venía el viejo Teyanoga, que llevaba el pecho vendado. Comprendí que mi flecha había dado en el blanco, pero sin penetrar lo suficiente en su carne como para matarlo... ¿O acaso aquel viejo demonio era en

realidad un hombre-lobo al que las armas de los mortales nunca podrían matar?

Hakon y yo seguíamos escuchando y observando lo que ocurría en el interior de la cabaña, conteniendo el aliento, pegados uno junto a otro. Oímos que Teyanoga decía en mal aquilonio.

-Tú querer que Halcones, Gatos Salvajes y Tortugas crucen la frontera. Pero si marchamos ahora, Lobos saquear nuestras tierras mientras nosotros luchamos en Schohira. Lobos muy fuertes, muchos. Halcones, Gatos Salvajes y Tortugas tener que estrechar manos de guerreros Lobos.

-Y bien, ¿cuándo haréis ese pacto con los Lobos? -preguntó Valerio.

-Jefes de las cuatro tribus encontrarse esta noche a orillas del Pantano de los Fantasmas. Parlamentaremos con el Hechicero del Pantano. Todos haremos lo que el Hechicero diga.

-Todavía no es medianoche -dijo Valerio-. Si marchamos a buen paso llegaremos al Pantano de los Fantasmas dentro de dos horas. Partiremos inmediatamente para intentar persuadir al Hechicero de que obligue a los Lobos a unirse a las otras tribus.

Hakon susurró a mi oído:

-Ve a buscar a los demás. ¡Rápido! Diles que rodeen la cabaña y que prendan fuego alrededor.

Estaba decidido a atacar, aunque éramos muy inferiores en número. Pero yo estaba tan furioso y sediento de sangre como él después de escuchar la infame conjura que se estaba tramando. Me arrastré hacia el lugar en el que esperaban los hombres de Hakon y regresamos todos a la cabaña. Frente a cada ventana nos situamos dos hombres. Uno con el arco tensado y el otro con el hacha dispuesta para destrozar los postigos de las ventanas. Uno de los hombres encendió un fuego para quemar la cabaña. Mientras me

unía a Hakon en la puerta principal, oí que Valerio gritaba desde dentro:

-De prisa, guerreros. Debemos ponernos en camino inmediatamente.

Escuchamos el ruido de los hombres ajustándose las armas y disponiéndose a partir. Hakon, lleno de furia, no podía estarse quieto mientras el encargado de encender el fuego frotaba el pedernal contra el acero para que prendiese en la yesca y en las ramas secas amontonadas. Cuando por fin lo consiguió, los demás hombres acercaron a la hoguera ramas grandes para que sirvieran de antorchas.

Entonces Hakon corrió hacia la puerta principal, y golpeó con su hacha, que no era un arma ligera como la de los pictos, sino una auténtica arma de guerra como las que utilizan los caballeros para quebrar las armaduras de sus enemigos. Al mismo tiempo, otros destrozábamos los postigos y arrojábamos flechas hacia el interior de la cabaña, abatiendo a algunos. Otros de los nuestros arrojaron las antorchas al techo para prenderle fuego. Pero el tejado estaba hecho de capas superpuestas de corteza de árbol que se habían humedecido con las últimas lluvias, y que no ardían con la rapidez que nosotros habiéramos deseado. Los de dentro, presos de una gran confusión, no intentaron defender la cabaña. Aunque las velas se habían apagado al caer al suelo en nuestro ataque sorpresa, el débil resplandor del incipiente fuego permitía que nuestros hombres siguieran disparando sus flechas hacia blancos visibles. Valerio y su gente corrieron hacia la puerta y se encontraron frente a frente con Hakon y unos cuantos de sus hombres, entre los que me encontraba yo. Conseguimos abatir a varios de ellos en el primer envite. Pero poco después quedamos enzarzados en una lucha cuerpo a cuerpo, tanto en el interior como en el exterior de la cabaña. Sin saber cómo, me encontré abrazado a un fornido gunderio al que protegía una cota de malla. Sin duda alguna se había quitado el casco al entrar en la cabaña, y había olvidado ponérselo en la confusión de los primeros momentos. En su mano



derecha blandía un puñal corto y yo, en la mía, un hacha de guerra. Cada uno asió la muñeca de su enemigo con la izquierda. Forcejamos, sudando y gruñendo como animales, intentando cercenar el brazo armado del contrario de un certero golpe. Finalmente conseguí echarle la zancadilla y lo hice caer hacia atrás al tiempo que yo me abalanzaba sobre él. En la caída conseguí librarme de la *tenaza*, de su mano, pero él tuvo tiempo de coger mi hacha por el mango y arrebatármela.

Su primer hachazo, desviado por el pie de otro de los combatientes, me rozó en el hombro. Mi mano libre había dado por casualidad con una piedra semienterrada en el suelo, del tamaño aproximado de una manzana. Conseguí arrancarla de la tierra y golpeé a mi enemigo en la frente con toda la fuerza de la que fui capaz, casi al mismo tiempo que él amagaba su segundo golpe con mi hacha. Al sentir que sus músculos se aflojaban, cogí la piedra con ambas manos y le aplasté con ella su cráneo. Oí como crujía el hueso y, tras un espeluznante grito de agonía, quedó inmóvil para siempre.

Conseguí incorporarme para seguir luchando, pero todo había terminado. Aquí y allá yacían los cuerpos sin vida de amigos y enemigos. Y los hombres de Gunderland, renegados y pictos supervivientes huían hacia la espesura del bosque. Uno de los nuestros todavía tuvo tiempo de disparar una flecha contra los que huían. Dudo que, con la escasa luz que había, la flecha diera en el blanco.

Nuestros enemigos, que todavía nos doblaban en número, podían haber acabado con nosotros. Pero lo impidieron el factor sorpresa y su falta de organización. Si Hakon hubiera sido un estratega más experimentado, habría preparado el ataque de otra forma. Debió haber impedido que los hombres de Valerio escaparan por la puerta, atracándola por fuera y colocando frente a ella a unos cuantos hombres mientras el fuego, y las flechas que los otros disparaban, terminaban con el trabajo. Pero ésa era su forma de enfrentarse al enemigo. Sin pararse a pensar en una estrategia más eficaz, que

entrañara una menor pérdida de hombres y que obtuviera resultados mucho más brillantes.

Los hombres que aún quedaban con vida se recuperaban de la lucha, ensangrentados y jadeantes. De pronto, uno de ellos gritó:

-¡La cabaña! ¡Valerio está dentro!

Me di la vuelta y pude ver, recortándose en el umbral de la puerta, las siluetas de Valerio y de su amante. Al tiempo que echábamos mano de nuestras armas, Kwarada soltó una carcajada escalofriante y arrojó algo al suelo que ardió con una llama tan brillante que por un momento nos cegó. La llamarada se transformó en un humo espeso que ocultó la puerta de la cabaña y que nos hizo retroceder, tosiendo y escupiendo. Cuando recuperamos la vista y la respiración, los dos se habían esfumado.

Hakon hizo un recuento de sus hombres: dos estaban muertos y otros dos heridos, uno en el brazo y otro en una pierna. Nosotros habíamos dejado fuera de combate a siete de nuestros enemigos. La mayoría fueron alcanzados por las flechas arrojadas a través de las ventanas. Dos o tres todavía agonizaban. Entre los que habían conseguido huir, había unos cuantos heridos, a juzgar por los rastros de sangre que habían dejado. Obligaron al hombre de Hakon que había sido herido en la pierna a quedarse allí con la herida vendada hasta que pudiera ser trasladado a la aldea.

Después de vendarle el brazo al otro herido, Hakon le dijo:

-Vuelve a Schondara lo más rápido que puedas y avisa a Dirk de que se está preparando una invasión. Dile que reúna a la gente con todo lo que se puedan llevar consigo del fuerte y que mande a un grupo aquí para que recojan a Karlus. Nosotros nos vamos hacia el Pantano de los Fantasmas, a ver lo que podemos hacer. Si no regresamos a Schondara, estad preparados para lo peor.

El hombre hizo un gesto de que había comprendido todo y se alejó a la carrera. Hakon, los dos hombres que no estaban heridos y yo,

nos preparamos para seguir a Valerio y a su gente hasta el Pantano de los Fantasmas. Yo hubiera aguardado a que nos llegasen refuerzos, pero Hakon, acuciado por el sentimiento de que había permitido con su imprudencia que Valerio escapara de la prisión, no estaba dispuesto a esperar. Cada uno de nosotros se armó lo mejor que pudo. Yo cogí la espada del hombre de Gunderland al que había matado, y reemplacé el arco que había perdido cuando huía de los pictos por otro de uno de los hombres de Hakon.

Por fortuna, Hakon y uno de sus hombres conocían el camino, porque en alguna ocasión se habían aventurado hasta el siniestro pantano. La luz de las estrellas iluminaba lo suficiente para impedir que nos perdiéramos o que cayéramos en alguna sima. Muy pronto, la maleza se cerró sobre nosotros. Cruzamos la ensenada del Lince y nos adentramos en la espesura del bosque salvaje. Avanzábamos en fila india, procurando hacer el menor ruido posible. El silencio sólo era interrumpido por el chasquido de alguna rama o por el roce de un arbusto. El rastro nos conducía hacia el suroeste, y a medida que avanzábamos se hacía más difícil seguirlo.

Caminábamos absortos cada uno en sus propios pensamientos. El nuestro no era un viaje de placer. Las tierras pictas eran unos parajes aterradores, plagados de hombres salvajes que podían atacar en cualquier momento, e infestados de alimañas y fieras como lobos, y panteras, y las serpientes gigantes de las que ya he hablado. Se dice que en estas tierras habitan también otras terribles criaturas que ya han desaparecido de otras partes del mundo, como el gran tigre de dientes de sable y un animal parecido al elefante. Yo nunca he visto ningún elefante, pero mi hermano visitó Tarantia en una ocasión y vio a una de esas fieras en la colección del rey Numedides, el día en que el rey permite que las gentes entren en sus jardines. De vez en cuando, los pictos venden a los mercaderes de la Marca Occidental el enorme colmillo de marfil de una de esas criaturas.

Otros habitantes de estas tierras, aún más terribles, son los demonios de los pantanos o diablos del bosque, como algunos les

llaman. Viven en grandes grupos en lugares como el Pantano de los Fantasmas. Durante el día se desvanecen -nadie sabe adonde van-, pero vuelven cuando cae la noche, enormes como murciélagos, aullando como las almas condenadas del infierno. No solamente aúllan. Más de uno que ha osado adentrarse en estas tierras ha aparecido degollado de oreja a oreja por las garras de estas diabólicas criaturas. Es muy peligroso acercarse a los lugares donde habitan. El hecho de que el Hechicero del Pantano tenga su morada en el corazón de uno de los lugares favoritos de caza de estos demonios es una de las pruebas más evidentes de su inconmensurable poder maléfico.

Al cabo de un rato llegamos a la ensenada de Tullia, así llamada en memoria de un habitante schohirano que perdió la vida en un enfrentamiento con los pictos. La ensenada de Tullia marca la frontera entre Schohira y las tierras pictas. O al menos eso dice el último tratado firmado entre los salvajes y el gobernador de Schohira.

Atravesamos la ensenada de Tullía saltando entre las rocas. Al llegar a la otra orilla, Hakon se detuvo para deliberar entre susurros con el hombre que conocía el camino. Después de escrutar los alrededores y de apartar las ramas de la maleza, encontraron que el rastro se dividía en una encrucijada, y nosotros tomamos el camino de la izquierda, internándonos en el bosque hacia el sur, en dirección al Pantano de los Fantasmas. Hakon nos pidió que apuráramos el paso y que hiciéramos el menor ruido posible.

-Debemos llegar al campamento picto antes del amanecer- susurró.

La rapidez en el avance y el silencio son cualidades incompatibles hasta para el más experimentado explorador. A mayor rapidez, menos posibilidades de avanzar en silencio. Siempre ha sido así. De cualquier forma, proseguimos nuestra marcha siguiendo el rastro a buen ritmo, esquivando ramas y sorteando obstáculos lo mejor que pudimos.

Y caminamos por el sendero durante dos horas, tal vez. En los lugares en los que el bosque se hacía menos espeso, miraba ansiosamente hacia la izquierda para ver si el cielo -del que alcanzaba a ver pequeños retazos por entre las hojas- había empezado a aclarar por el este. Sin embargo, sólo aparecían las estrellas describiendo su lento movimiento circular, y, como había luna nueva, no la vimos aquella noche. Además de la respiración de los hombres y del roce ocasional de una hoja o el crujido de una ramita, los únicos sonidos que se oían era el zumbido y los chasquidos que producían los insectos nocturnos y, de vez en cuando, el susurro provocado por alguna pequeña bestia salvaje al huir por entre la maleza.

En una ocasión nos paramos y nos quedamos helados al oír un sonido lejano parecido a una tos. Al cabo de un rato, uno de los hombres del bosque dijo:

-¡Una pantera!

Seguimos avanzando, como si las panteras no hubieran tenido nada que ver con nosotros. Y la verdad es que no lo tenían, ya que la pantera caza sola, y nunca atacaría a cuatro hombres adultos. Los pictos son otra cosa.

Luego, Hakon hizo una señal para que nos detuviéramos. Y mientras permanecimos inmóviles, escuchando, llegaron hasta nuestros oídos unos sonidos débiles, que sin duda no eran producidos por animales salvajes. Era un ligero rumor o murmullo, apenas audible, parecido a los primeros sonidos que produce una tormenta que se avecina, un sonido que se siente tanto en los huesos como en los oídos. Y forzando la vista que, debido a nuestra larga inmersión en la oscuridad, teníamos en aquel instante más aguzada, pudimos ver unos débiles resplandores rojizos por entre los troncos de los árboles.

Dejamos entonces el sendero y caminamos al acecho por entre la espesura, a la izquierda del camino, desplazándonos con más sigilo que velocidad. Avanzamos encorvados, deslizándonos desde la

cobertura que nos proporcionaba un arbusto hasta la sombra de un árbol, y vuelta a empezar.

Pronto oímos las voces guturales de los pictos, y Hakon volvió a levantar la mano en señal de precaución. Y entonces los vimos. Había tres, de pie o sentados, en medio del sendero. Se habían quedado allí como centinelas, pero no se tomaban demasiado en serio su misión. Estaban echando una partida de un juego en el que utilizaban unas astillas, que arrojaban al aire para ver cuáles caían con la parte de la corteza hacia arriba. Los pictos murmuraban, reían, y de vez en cuando se lanzaban unos a otros alegres fanfarronadas y amenazas, como haría cualquiera para combatir el aburrimiento.

Me arrastré hasta donde yacía Hakon y musité:

-¿Atacamos?

-No -me contestó-. Gritarías, y tendríamos a todo el campamento encima de nosotros. Voy a escuchar lo que dicen, a ver si puedo obtener algún dato, y luego seguiremos avanzando.

Se quedó donde estaba, con la cabeza ladeada, de manera que tenía una oreja orientada hacia los pictos. Yo también me dediqué a escuchar, pero mis conocimientos de la lengua picta son muy elementales. Aunque entendía alguna palabra aislada, no cogía las suficientes como para enhebrar una frase que tuviera sentido. Sin embargo, creí entender el nombre «Valerian», o al menos me pareció que se trataba del nombre de nuestro renegado señor, destrozado por la pronunciación picta.

Hakon estuvo escuchando un rato más, y luego movió la cabeza con satisfacción y nos hizo una señal para que lo siguiéramos. Y ya habíamos empezado a caminar hacia el resplandor de las hogueras del campamento cuando un espantoso sonido nos volvió a sobresaltar. Procedía de nuestra izquierda y era un rugido ronco y potente, como si un gigante hubiera hecho sonar una trompeta atascada de saliva.

Entonces se produjo un gran estrépito, a la vez que la fuente del sonido emprendía la huida. Y lo vi fugazmente: era una de esas bestias de la familia de los elefantes, de las que ya he hablado, del tamaño de dos hombres altos, uno puesto encima del otro. Sus dos largos colmillos, más bien curvos, casi llegaban al

suelo, y me dio la impresión de que estaba recubierto de pelos cortos, pero eso era imposible de asegurar a la luz de las estrellas y viéndolo tan fugazmente. Me han contado que duermen de pie, como hacen a menudo los caballos, y sin duda éste había visto interrumpido su profundo sueño de medianoche por el ruido que producíamos y por nuestro olor. No sabía de nadie que hubiera visto a una de aquellas bestias tan al este, junto a las fronteras de la Marca Occidental; de modo que Hakon y yo somos los únicos hombres de la Marca que decimos haber visto un elefante picto con vida.

Sin embargo, las consecuencias de este encuentro fueron desastrosas para nosotros. Hakon retrocedió sorprendido y tropezó con el habitante del bosque que caminaba detrás de él, que a su vez saltó hacia atrás y golpeó al que lo seguía con tanta fuerza que este último cayó al suelo. Yo conseguí no caer gracias a un ágil salto. Toda esa algarabía de saltos, golpes y caídas alertó a los pictos, y lo primero que advertí luego fue la vibración de la cuerda del arco de Hakon al disparar contra el primero de ellos.

Me di media vuelta y vi que los tres se abalanzaban sobre nosotros, saltando como ciervos por los arbustos, blandiendo sus armas y ladrando órdenes y exhortaciones. La flecha de Hakon alcanzó a uno en plena garganta, pero inmediatamente tuvimos encima a los otros dos. Uno de ellos arrojó una jabalina corta y aferró su hacha.

Yo cogí mi carcaj, pero, antes de que pudiera tomar una flecha, uno de los pictos ya estaba demasiado cerca. De modo que aferré el arco con las dos manos. Y le di al picto un golpe en la cabeza. Mientras el salvaje se tambaleaba por los efectos del golpe, dejé caer el arco y me precipité hacia la espada del hombre de Gunderland. Y nada más empezar la batalla con el picto, paré con el

brazo izquierdo un golpe de su hacha y a la vez le hundí la corta hoja en las entrañas, con una estocada larga y baja. Pero el individuo siguió luchando. Al ver que la segunda estocada no lo derribaba, le asesté un sablazo en el cuello, y se lo corté a medias. Y por fin cayó.

Miré a mi alrededor, jadeando, y vi que sólo Hakon y yo quedábamos en pie. Hakon estaba arrancando su pesada hacha del cráneo del picto. De los habitantes del bosque que venían con nosotros, uno yacía muerto con el cráneo partido en dos por el hacha del picto, mientras que el otro estaba sentado, con la espalda apoyada en un árbol, aferrando el asta de la jabalina, cuya punta tenía clavada en el vientre. Hakon maldijo en voz baja. La pelea había durado apenas lo que tarda el corazón en latir una docena de veces, y sin embargo tres pictos y dos habitantes del bosque estaban ya muertos o mortalmente heridos. Dentro de todo, tuvimos la suerte de que los pictos habían atacado tan repentinamente que ninguno había proferido el grito de guerra. Habían gritado algunas exclamaciones guturales, pero sin duda alguna los pictos del campamento habrían oído el alarido del elefante, y habrían atribuido los demás ruidos provocados por la pelea a la estrepitosa huida de la bestia. En cualquier caso, no vino nadie a investigar.

Hakon murmuró:

-Sólo quedamos dos, y cada uno de nosotros tiene que hacer todo lo que pueda aunque le cueste la vida. Tenemos que matar a Valerio y al Brujo. Los pictos dijeron que Valerio se había ido al Pantano de los Fantasmas para consultar con el Brujo del Pantano y con los jefes de las distintas tribus. Ha dejado a la mayoría de sus hombres en el campamento, con los pictos. Rodeemos el campamento y tomemos el camino que va de allí al pantano. Tú esperarás junto al camino, y si Valerio viene por él mávalo. Yo me introduciré en el pantano e intentaré acabar con el Brujo, y también con Valerio, si lo cojo.

-Amigo Hakon -protesté-, tú cargas con el peligro mayor. Como oficial, tu vida es más valiosa para nuestro pueblo que la mía. No



soy más cobarde que la mayoría de los hombres; deja que me introduzca en el pantano mientras tú vigilas el camino.

Entrar en el pantano era obviamente la más peligrosa de las dos tareas, ya que el que lo hiciera tendría que enfrentarse no sólo al peligro representado por los pictos, sino también a los seres malignos que allí habitan -los caimanes-, y exponerse a quedar atrapado en alguna ciénaga poco visible.

-No -dijo Hakon-. Ya he estado en ese pantano, y tú no.

Y cuando quise replicar, me hizo callar, recordándome que él era el jefe.

Entonces, con voz débil y sofocada, intervino el hombre herido:

-¡No permitas que caiga en manos de los pictos! Cuando encuentren estos cuerpos, se enfurecerán y buscarán venganza.

-No podemos llevarte... -empezó a decir Hakon. Pero el hombre dijo:

-No, no quería decir eso. Con esta lanza en las tripas, soy hombre muerto. ¡Otórgame una muerte rápida antes de marcharte!

Y entonces Hakon sacó su cuchillo y le cortó la garganta a su camarada, mientras yo apartaba la vista. A veces es difícil soportar las crudas necesidades de la guerra; pero no hubiera sido tampoco piadoso dejar al hombre allí para que lo torturaran los salvajes.

Pronto quedó claro que los pictos habían planeado acudir directamente desde el consejo celebrado en el Pantano de los Fantasmas a atacar Schondara. En el campamento había cientos de guerreros roncando sobre ásperos lechos de ramas, o bajo chozas y hamacas construidas a toda velocidad, mientras las moribundas hogueras desprendían perezosas espirales de humo azul. No había mujeres ni niños a la vista, lo que demostraba que se trataba de un grupo de guerreros y no de una simple asamblea tribal.

En realidad había tres campamentos distintos, uno para cada una de las tribus -Halcón, Gato Montes y Tortuga-, y uno mayor para los Lobos. Dichos campamentos estaban ordenados de manera irregular, de tal modo que al intentar sortear uno casi nos metimos en el interior de otro. Pero finalmente logramos pasar por entre todos ellos y tomamos el camino del pantano. Al igual que antes, recorrimos el terreno paralelo a la senda en vez de ir por ella. Resultó que los campamentos estaban más lejos del Pantano de los Fantasmas de lo que habíamos esperado. Sin duda, los guerreros pictos, aunque eran temerarios, no se habían atrevido a dormir demasiado cerca de la guarida de los demonios del pantano.

Pero finalmente encontramos un sitio en el que crecía un grupo de pinos jóvenes junto al camino, y alrededor de la base de sus troncos había gran cantidad de helechos. Decidimos que éste sería el lugar adecuado para la emboscada. Por lo tanto, me tumbé sobre el vientre, con el arco preparado y una flecha a punto, en el suelo, mientras que Hakon descendió por la ligera pendiente en dirección al Pantano de los Fantasmas. Al mirar en esa dirección, pude ver retazos de algo brillante por entre los árboles, lo que indicaba la presencia de agua.

La noche estaba ya muy avanzada, y temí que el amanecer nos sorprendiera antes que hubiéramos cumplido con nuestras respectivas misiones. Si ocurría eso, tenía planeado retroceder a rastras alejándome del camino hasta encontrar una mayor espesura que me pusiera a cubierto, permanecer tumbado allí durante el día, y a continuación volver a intentarlo, si es que los pictos seguían acampados en el mismo lugar. La sed constituiría un problema, pero me enfrentaría a él cuando llegara el caso. El tiempo pasaba lentamente. Agucé la vista y el oído, esperando que Valerio y su escolta surgieran de las tinieblas siguiendo el sendero, pero todo estaba en silencio, con excepción del zumbido de los mosquitos y el gruñido de un caimán macho procedente del pantano. Ni siquiera los demonios de la marisma aullaron aquella noche.

Sin embargo, un hombre no puede mantener fija la atención por toda una eternidad. Había estado de pie casi toda la noche, había caminado diez o quince leguas, y había luchado en dos escaramuzas, matando a un hombre en cada una de ellas. A pesar de mis buenos propósitos, la naturaleza se cobró su deuda. Me pareció que mis párpados se cerraban sólo un instante, cuando una figura pesada y musculosa aterrizó sobre mí y el bosque retumbó en un coro de terribles aullidos a mi alrededor.

Me desperté con un sobresalto, demasiado perplejo debido al sueño como para luchar con eficacia. Varios pictos se habían abalanzado sobre mí, aferrando entre cuatro cada uno de mis miembros, mientras que otro se agazapaba, sobre mi espalda. Y antes de que pudiera hacer otra cosa que no fuera maldecirlos por Mitra a Ishtar, me habían quitado las armas y atado las muñecas y tobillos, a la vez que me daban bofetadas y puntapiés por añadidura. Advertí que el cielo estaba mucho más claro que cuando había caído en el sueño, confirmando así que ya había pasado algún tiempo desde entonces.

Se oía ruido de golpes sobre la madera, y finalmente apareció un picto, llevando una estaca que acababa de hacer con un pequeño árbol. Luego la empujaron violentamente por entre mis brazos y piernas. Dos fornidos pictos alzaron los extremos del palo hasta ponérselos sobre los hombros, y emprendieron enérgicamente la marcha en dirección al pantano, con el hijo de Gault Hagar colgando como la presa de un cazador. Detrás venía el resto, hablando con voz ronca y gruñendo. Algunos incluso reían, algo que los pictos hacen pocas veces, ya que consideran que la risa abierta es algo indigno y la reservan para cosas que merezcan la pena, como por ejemplo cuando torturan a un cautivo.

Al principio me sentí demasiado abatido por la vergüenza de haberme dejado sorprender, y por mi preocupación acerca del destino que me aguardaba, como para prestar atención a otra cosa que no fuera mi propia desgracia. Pero luego recordé que aún no había muerto y que en ocasiones la fortuna da un vuelco en el

último momento. Por lo tanto, empecé a mirar a mi alrededor para advertir cualquier cosa o circunstancia que pudiera ayudarme a huir.

Clareaba ya cuando alcanzamos las orillas del Pantano de los Fantasma. Estirando el cuello vi la inmensa extensión de aguas estancadas del pantano, salpicada de juncos y de otras plantas acuáticas. Jirones de neblina se alzaban fantasmagóricamente de las aguas tranquilas, que reflejaban el azul salpicado de nubes del cielo del amanecer. Aquí y allá se veían troncos de árboles secos que se erguían como brujas petrificadas.

Avanzamos despacio por una lengua de tierra que se introducía en el agua. Al llegar a su extremo, los que me llevaban entraron en ésta chapoteando. Seguían un camino de piedras puestas a intervalos de tal manera que la parte superior de éstas quedaba justo bajo la superficie del agua. Cruzamos otro trecho de tierra pantanosa y luego seguimos adelante, avanzando sobre otras piedras como las anteriores, de manera que finalmente llegamos al lugar en el que moraba el Brujo del Pantano.

El hechicero vivía en una isla que se elevaba sobre las aguas. Sobre la pequeña elevación, entre los árboles que la coronaban, había un círculo de chozas, parecidas a las que construían los pictos en sus poblados. Al acercarnos al montículo, uno de los pictos se adelantó corriendo, y cuando yo llegué todos se volvieron para darse la bienvenida. El suelo estaba plagado de recipientes hechos de calabazas vaciadas; sin duda los jefes habían pasado la noche bebiendo la floja cerveza picta mientras hablaban.

Estaba en la isla el propio brujo, Valerio y unos cuantos secuaces suyos: Kwarada, Teyanoga y una veintena de pictos. Las plumas y la pintura que llevaban identificaban a los pictos como jefes de los Tortugas, Halcones, Gatos Monteses y Lobos, y todos bostezaban y tenían los ojos legañosos debido a la larga sesión de la noche anterior. Valerio sonrió con una mueca parecida a la de un ídolo picto cuando me vio.

-¡El rebelde de Thandara! -gritaba-. Por Mitra que eres un diablo tozudo; ¡ojalá todos los que están de parte de Su legítima Majestad tuvieran una moral tan firme como la que tienes tú en tu maldad! Espera un poco, amigo; vamos a organizar un juego poco habitual contigo y con tu compañero de traiciones. Vais a aprender el precio de la traición a vuestros señores naturales.

Los pictos que me transportaban dejaron caer la estaca y caí pesadamente sobre el suelo húmedo. Al girar advertí que había un poste en el espacio que quedaba en el centro del círculo formado por las chozas. Y el hijo de Hakon Strom estaba atado a él. Valerio, que seguía mirándome, hizo un movimiento con la cabeza en dirección a Hakon.

-Creyó que podría atravesar furtivamente la guardia de los demonios del pantano -dijo.

Hakon y yo nos miramos, pero pensamos que no nos habría servido de nada hablar en ese momento. El brujo dio algunas órdenes en lengua picta, y algunos de ellos volvieron por el camino de piedras sumergidas. Otros comenzaron a cavar un agujero en tierra junto al poste al que estaba atado Hakon. El brujo tenía un aspecto extravagante: anciano, encorvado y escuálido; de piel oscura, casi como la de un kushita; una mata de pelo blanco, y una barba también blanca, larga y sedosa. Sus rasgos no se parecían a los de ningún hombre que hubiera visto con anterioridad. Tenía la nariz ancha y aplastada, la frente y la barbilla curvadas hacia atrás, y los ojos ocultos bajo unas cejas tan prominentes que parecía que miraban desde el fondo de dos cavernas negras. Podría haberse tratado de un híbrido de hombre y chacán. Comprendí los relatos que se repetían en la Marca Occidental que decían que el brujo no era ni picto ni ligur, sino el último sobreviviente de una raza que habitaba en aquella tierra antes de que los pictos la invadieran. Lo cierto es que las tierras salvajes habitadas por los pictos albergan numerosos sobrevivientes extraños de tiempos remotos.

Al igual que los pictos, el brujo iba desnudo, excepto por un trozo de piel de ciervo. En vez de los dibujos pintados que llevaban los

pictos, en el pecho y en la espalda tenía un trazado de pequeñas cicatrices que conformaban líneas y círculos. Dijo algo a los pictos, que se llevaron la estaca en la que me habían traído, y de un tirón se pusieron en pie. Se me acercó y se quedó contemplando fijamente mi rostro, con los ojillos negros centelleando desde las profundidades de sus cavernosas cuencas. Luego se dio la vuelta y siguió hablando con los pictos.

En ese momento volvieron los pictos con un trozo de tronco de árbol, que cortaron con sus hachas hasta que quedó de la longitud adecuada. Mientras tanto, los demás pictos habían cavado un agujero un poco más profundo que la altura de sus rodillas. Metieron en él un extremo del tronco y volvieron a rellenarlo de tierra, manteniendo el poste erguido. Pisotearon la tierra y la golpearon con sus mazas y con los mangos de las palas para que quedase firme, y pronto tuvieron una estaca igual a la de Hakon. Obedeciendo una orden del brujo, me arrastraron hasta el poste. Mientras un par de forzudos salvajes me sujetaban los brazos, otro me cortó las ligaduras con su cuchillo. Luego me desnudaron completamente, dejándome el taparrabo, me arrojaron contra el poste y empezaron a atarme con largas tiras de cuero sin curtir.

No intenté resistirme, pero mientras me ataban me puse rígido y tensé los músculos. Los pictos no lo advirtieron; tal vez creyeron que lo que hacía era mostrar el orgullo del hombre blanco. Enseguida terminaron de atarme al poste, con los brazos a los costados y rígido como una momia estigia.

Los jefes, Valerio y la mujer de éste estaban reunidos en torno al brujo, conversando. Un jefecillo Tortuga, sin embargo, se me acercó con maligna sonrisa. De repente sacó el hacha de su cinturón y la arrojó dando vueltas, directamente, hacia mi cara.

Me di por muerto, pero la hoja de cobre golpeó la madera justo por encima de mi cabeza, de tal manera que el mango me tocaba la frente.

El jefe Tortuga y algunos otros pictos prorrumpieron en gritos de triunfo, jactándose del placer que les había producido mi espanto. Una de las primeras etapas de la tortura picta consiste en arrojar flechas y lanzar hachas y cuchillos al prisionero, sin alcanzarlo, pero dándole lo más cerca posible. Si se estremece, eso vale un punto a los que lo atormentan; sí se enfrenta a los proyectiles sin inmutarse, es un punto para el prisionero. Es un juego estúpido, pero, de haber sabido las intenciones de aquel individuo hubiera resistido la tentación de estremecerme antes que proporcionarles una satisfacción.

Pero esto inició una gran discusión entre los pictos. Dos o tres se pusieron de parte del jefe que había lanzado el hacha, mientras que el resto se opuso. El que había tirado el arma y sus amigos repetían una y otra vez la palabra picta que significa «ahora», mientras que el resto decía «luego». Un picto se dedicaba afanosamente a cortar pequeños pinchos de madera o astillas afiladas largas como una mano, con el evidente propósito de clavarlas en el pellejo de los cautivos y prenderles fuego.

Finalmente, el brujo se puso de parte de los que decían «luego». Volví la cabeza en dirección al poste de Hakon y le pregunté:

-¿Por qué discuten? ¿Es acerca del momento de empezar el tormento?

-Sí -dijo Hakon-. El pequeño Tortuga y sus amigos quieren practicar ahora su arte con nosotros, mientras que el resto prefiere reservarnos hasta que hayan saqueado Schondara. El brujo dice que somos suyos, que hará lo que le plazca, y que ya les dirá cuándo pueden dedicarse a nosotros.

-Si piensa en algo peor que las torturas pictas... -dije con un escalofrío, al recordar la Danza de la Serpiente Cambiante.

Entonces, el brujo y todos los jefes desaparecieron en el interior de las chozas; Valerio y Kwarada entraron en una. Dejaron a dos pictos

de guardia junto a nosotros, mientras que el resto se dirigieron sin prisas hacia el campamento.

-Van a echarse un sueño antes de lanzarse al ataque -dijo Hakon-. Por lo que he oído, pretenden partir a mediodía y llegar a Schondara justo después de que oscurezca.

-Es natural que prefieran no atacar mientras haya luz diurna, pues las flechas de ballesta les silbarían en las orejas -dije.

-Por los retazos de conversación que he escuchado -dijo Hakon-, tienen en mente otra arma, algo que el brujo les ha preparado.

Luego volvió la cabeza en dirección a uno de los centinelas.

-¡En, tú! -dijo, hablando todavía en aquilonio-. ¿Por qué no tomamos esa cerveza que bebieron tus jefes anoche?

Los dos pictos lo miraron sin comprender, y luego se miraron uno al otro. Cuando Hakon repitió la pregunta en lengua picta se pudo ver en sus ojos el brillo de la comprensión, pero ningún sentimiento amistoso. Uno de ellos gruñó un hosco «no», mientras que el otro escupió en el suelo.

-Al menos, parece que no nos entienden -dijo Hakon, volviendo a hablar en nuestra lengua-. ¿Se te ocurre algo que nos permita salir de aquí?

-Todavía no, pero creo que se me está ocurriendo una idea -dije-. Habrá que esperar hasta que los jefes se marchen. Y no hablemos demasiado, no vaya a ser que esos canallas sospechen algo.

La mañana se nos hizo muy pesada, atados a aquellas malditas estacas y atormentados a causa de la sed, las moscas y la presión constante de nuestras ligaduras. Hakon sufrió bastante debido a las quemaduras que le producía el sol, aunque yo era moreno por naturaleza y por lo tanto me vi menos afectado. Ambos estábamos



llenos de dolorosas magulladuras, resultado de las peleas en las que nos habíamos enzarzado.

Los jefes roncaban en sus chozas. Del campamento llegaba el murmullo de las voces de los guerreros a medida que se iban despertando.

Finalmente, cuando el sol ya estaba en lo alto, el brujo salió de su choza y sopló un silbato que parecía hecho con un hueso humano. Pronto aparecieron Valerio y los pictos, bostezando y estirándose. Había mucho bullicio. Mientras algunos comían algo, otros manoseaban sus armas y las afilaban.

Al final, el brujo los reunió a todos. Sacó a rastras de su choza un enorme saco de cuero cuya abertura estaba bien atada y cerrada, de la que salían varios cordones de cuero que también se arrastraban por el suelo. Y había algo que mantenía hinchado el saco, pero no sabíamos de qué se trataba. No podía pesar mucho, ya que el viejo brujo arrastraba el saco solo, sin ayuda de nadie. El saco parecía una vejiga hinchada con aire que hubiera sido atada para evitar que éste escapara, pero a una escala muchísimo mayor.

El brujo daba instrucciones mientras los pictos manipulaban el saco. Ataron sus cordones al extremo de un poste en forma de horquilla de unas tres o cuatro yardas de largo.

Finalmente todos se pusieron en marcha, llevando la estaca con la misteriosa bolsa sobre los hombros. Los dos pictos que nos habían estado vigilando durante la mañana quedaron encargados de vigilarnos durante algún tiempo más. Sus rostros ceñudos y las maldiciones que murmuraban demostraban lo poco que les gustaba perderse el asalto a Schondara y la matanza, la rapiña y el saqueo que con tanto deleite habían previsto.

Cuando el último grupo desapareció entre los árboles que rodeaban el Pantano de los Fantasma, el brujo caminó, arrastrando los pies, hasta acercarse a Hakon, le escudriñó el rostro y comprobó sus ligaduras. Hizo lo mismo conmigo. Le devolvimos la mirada, y se

alejó y se sentó entre dos chozas con las piernas cruzadas. Y se puso a realizar algún tipo de tarea adivinatoria con unos trozos de hueso. Lanzaba un puñado de éstos al aire y estudiaba el dibujo que formaban al caer, luego los recogía y volvía a arrojarlos. Empezó a canturrear una especie de cántico con voz enronquecida en un idioma que no reconocí, pero que desde luego no era el picto.

Uno de los dos que nos vigilaban se sentó, apoyando la espalda contra su choza, y se quedó dormido. El otro paseaba de arriba abajo con impaciencia, practicando de vez en cuando estocadas con el cuchillo y golpes al aire con su maza de guerra. Cuando se cansó, se sentó junto a su camarada e intentó trabar conversación, pero el otro picto se limitaba a gruñir.

Luego, el más activo le dio un codazo en las costillas al otro, y le dijo en voz baja:

-¡Mira allá! Señalaba al brujo, que seguía sentado con las piernas cruzadas delante de los trozos de hueso. Pero ahora no los lanzaba al aire; estaba sentado, inmóvil, contemplando el pantano.

Ambos pictos se levantaron con agilidad y se acercaron silenciosamente al brujo. Le miraron a la cara, y uno de ellos silbó e hizo chasquear los dedos. El brujo no hizo el menor movimiento. Había caído en trance, enviando su alma hacia oscuros abismos para alcanzar un conocimiento arcano.

Los pictos hablaban con seriedad en voz baja, mirando primero al brujo y después a nosotros. De las pocas palabras que pude entender, concluí que decían que, puesto que el brujo estaba en ese momento inconsciente, podrían abandonar su puesto, correr tras sus compañeros de tribu y llegar a Schondara a tiempo para la masacre.

En ese momento el más alto -el activo- avanzó resueltamente hacia donde estábamos Hakon y yo, haciendo girar la maza. Evidentemente se disponía a partirnos la cabeza antes de partir, no mera a ocurrir que nos escapáramos durante su ausencia. Al

descubrir su mirada brillante, me llené los pulmones de aire y abrí la boca para avisar al brujo que, si bien no albergaba tiernos sentimientos hacia nosotros, al menos no tenía por el momento intenciones de matarnos. No sabía si mi grito lo despertaría de su trance, pero era la única esperanza.

Al oírme, el picto más bajo llamó a su compañero, y éste se detuvo. Tras discutir un rato, ambos volvieron la espalda a la isla del brujo y chapotearon por la corriente.

-Por fin nos hemos librado de ellos -musitó Hakon-, pero ¿cómo diablos vamos a deshacernos de estas ligaduras? Los hombres que nos ataron no eran novatos en esto.

-Mira -murmuré.

Había relajado todos los músculos, de manera que las vueltas que daba la cuerda de cuero me sujetaban con menos fuerza. Luego comencé a mover los brazos y las manos de arriba abajo por debajo de las ligaduras, haciendo esfuerzos para hacer bajar la cuerda hacia las caderas.

El sol descendía hacia el oeste, las moscas zumbaban, el brujo seguía sentado, inmóvil como una estatua, y yo seguía luchando con la cuerda, con la cara empapada de sudor y la boca llena de polvo del desierto. Finalmente, una de las vueltas de la cuerda se deslizó hasta donde yo podía sujetarla con la uña de mi pulgar derecho. No era mucho, pero al cabo de un rato conseguí poner sobre la cuerda las uñas del dedo índice y anular, y luego, por fin, la del corazón.

Al no rodear ya mi mano derecha, la cuerda se aflojó una milésima y pronto pude sacar también la mano izquierda.

Caía la tarde; una bandada de patos se elevó hacia el cielo por encima del pantano, pero yo seguía debatiéndome. Finalmente liberé un antebrazo, y luego el otro. Con las manos libres, hice pasar

los lazos que me sujetaban los brazos por encima de los hombros...  
¡Y por fin pude soltarme!

Me quedé inmóvil un instante, frotándome las extremidades y haciendo muecas de dolor por los pinchazos que sentía. Miré en dirección al brujo, pero éste no hacía ningún movimiento.

Con pasos vacilantes me acerqué a Hakon. Sus ataduras le sujetaban con más fuerza aún que las mías. Puesto que me habían despojado de todo, no tenía cuchillo para cortar las ligaduras. Mientras forcejeaba con las cuerdas, musitó:

-Si seguimos a este ritmo nos vamos a pasar aquí toda la noche, Gault. Mira a ver si puedes encontrar alguna cosa con filo.

Le roí las cuerdas con los dientes, pero los progresos conseguidos de esta forma parecían tan lentos como cuando intentaba quitárselas de la otra manera. Entonces seguí su consejo y busqué en las chozas, una tras otra. Pero los invitados del brujo se habían llevado consigo todos sus pertrechos. En la choza del mismo brujo encontré unos simples utensilios de cocina y un montón de parafernalia mágica, pero nada con filo. La única arma que había era un arco de extraño diseño y un carcaj lleno de flechas. Al examinar las flechas advertí que no servían. Sus puntas de piedra estaban cinceladas, y evidentemente estaban hechas para cazar aves, no para abatir presas mayores, como por ejemplo hombres.

Recordé que el brujo llevaba un cuchillo en el cinto. Al parecer ésa era la única arma de verdad que quedaba en su isla. No había más remedio que intentar quitárselo.

Cuando me acerqué a él, seguía en trance. Moviéndome con precaución, le cogí un mechón de su cabello blanco, le sacudí la cabeza y le di un tremendo puñetazo en la mandíbula con la mano que me quedaba libre.

El golpe tumbó al anciano. Por un instante, su cuerpo se retorció y se sacudió como el de una serpiente decapitada, pero luego

empezó a moverse con decisión. Para entonces ya le había aferrado la garganta con las manos, y se la apreté con todas mis fuerzas. Pero el brujo se debatía con más fuerza de la que cabía esperar de su escuálida figura. Golpeaba con los puños, arañaba y pataleaba; parecía hecho de cables de acero y de correas de cuero crudo. Adelantó a tientas su sucio pulgar buscando mis ojos, y yo hundí los dientes en él.

Por un instante sus profundos ojos se encontraron con los míos, y de repente sentí que mi alma se alejaba de mi cuerpo. Algo en mi interior me decía que estaba equivocado. Me decía que lo soltara y que hiciera lo que me pidiera el brujo, ya que él era mí verdadero amo. Pero cerré los ojos y seguí haciendo presión.

Rodamos una y otra vez, quedando primero yo encima, luego abajo, y vuelta a empezar. Tanteó con las manos en busca del cuchillo y lo extrajo, pero para entonces estaba ya débil y sólo consiguió hacerme un arañazo a lo largo de las costillas. Luego conseguí poner la rodilla sobre la mano con la que sostenía el cuchillo y la aplasté contra el lodo. Mientras, seguía apretándole la tráquea, por miedo a que pronunciara alguna terrible maldición y condenará mi alma a los infiernos para siempre.

Poco a poco su resistencia fue mermando. Aunque su cuerpo yacía en el lodo, seguí apretándole la garganta con los pulgares, para que no reviviera de repente al soltarlo.

Cuando dejé de sentir los latidos de su corazón u otro signo de vida, cogí su cuchillo y le corté la garganta. Luego me apresuré a liberar a Hakon. Se quedó en pie durante un momento, frotándose los miembros y maldiciendo.

-¿Qué había en esa bolsa? -le pregunté.

-El brujo ha introducido en ella a todos los demonios del pantano - repuso-. Cuando los pictos asalten el fuerte, arrojarán esa estaca por encima de la empalizada. Luego, uno de ellos tirará de una de las correas que sobresalen, y la bolsa se abrirá. Los demonios del

pantano saldrán como un enjambre y acabarán con todos los seres humanos que queden en pie. -¿Por qué no matarán a Valerio y a sus salvajes?

-El brujo ha conjurado a los demonios para que ataquen solamente a los que estén de pie. Por tanto, en cuanto se abra la bolsa, los pictos se tumbarán en el suelo hasta que termine la masacre y los demonios hayan vuelto al pantano.

-Tenemos que intentar detenerlos -dije-. Pero, ¡Mitra los maldiga!, no hay ni un arma aquí, excepto el cuchillo del viejo. Sin contar un arco con flechas para cazar pájaros que hay en la choza del brujo.

-Es mejor que nada -dijo-. Incluso una flecha para cazar aves puede infligir una buena herida si se lanza con fuerza desde cerca. Pero vas a tener que llevar el arco tú. Los pictos me torcieron el brazo al capturarme y no podría tirar con precisión.

Y así fue como Hakon y yo, con nuestros taparrabos y mocasines como única vestimenta, cruzamos el pantano por encima de las piedras, persiguiendo al salvaje ejército de Valerio. Yo llevaba el arco del brujo, y Hakon su cuchillo.

Al cruzar la ensenada de Tullía anduvimos con cuidado, no fuera que los pictos hubieran dejado un centinela en la retaguardia. Cuando cruzamos la ensenada del Lynx anduvimos con más cuidado aún, pero no tropezamos con ningún picto. No había señal alguna de Karlus en la choza; evidentemente, había sido rescatado. Vimos señales del paso de los pictos -una pluma caída de un penacho, un mocasín roto- pero nada indicaba que los salvajes estuvieran cerca.

No los encontramos hasta que el sol se puso, cuando llegamos a los campos que hay en torno a Schondara. Los pictos estaban formando un semicírculo junto a los claros. Tumbados detrás de unas matas de helechos, sin atreverse a respirar, vimos a Valerio, a su mujer y a otros jefes, junto con la bolsa y la estaca. Estaban

todos tumbados o agachados, a cubierto entre los árboles que rodeaban la pradera.

En Schondara, a lo lejos, no se veía ninguna luz; parecía que se hubiera advertido a la población de que había enemigos al acecho. En el fuerte tampoco se veían luces, pero sí se oían ruidos: el sonido de las voces de la gente y los gemidos de los animales. Al menos, dentro del fuerte los habitantes del poblado podrían presentar batalla, pero aun así los pictos los doblaban en número y podrían tomar el fuerte, aun cuando los hechizos del brujo no funcionasen.

Detrás de nosotros, apenas visible a través de los árboles, la luna en cuarto creciente se ponía por el horizonte, y el sol, que ya había desaparecido, había dejado tras de sí unas franjas de color naranja, amarillo y verde manzana. Las estrellas empezaban a brillar en el cielo.

Hakon susurró:

-Si esperas para atacar hasta que esté un poco más oscuro, ¿crees que podrías acercarte a un tiro de flecha de esa bolsa?

-¿Por qué? -pregunté-. ¿De qué serviría?

-Hazlo y lo verás.

Entonces comprendí el plan de Hakon, y estaba asombrado por su osadía. Al momento avanzamos, arrastrándonos como serpientes, hasta que estuvimos detrás de un enorme roble viejo. Me levanté lentamente, conteniendo el aliento por miedo a atraer la atención de los pictos que estaban más cerca, que se hallaban a sólo veinte pasos de mí, tumbados a cubierto como habíamos estado nosotros.

Saqué una de las flechas de cazar aves y la coloqué en el arco. Mientras la oscuridad se iba haciendo más profunda, lenta e imperceptiblemente empezó a sonar un tambor en las proximidades.

Y del fuerte llegó el gong de alarma. Se me figuró que oía incluso el sonido de las ballestas.

Los pictos se pusieron en pie y se reunieron en grupos detrás de sus jefes. Un murmullo de voces guturales recorrió el semicírculo, a pesar de las bruscas órdenes de silencio que daban los jefes.

Luego el tambor cambió de ritmo, acelerándose y sonando una vez y luego dos, sucesivamente. Dos pictos alzaron el palo con la bolsa, hasta que ésta quedó en alto, balanceándose por encima de sus cabezas.

-¡Ahora! -susurró Hakon.

Apunté a la bolsa y murmuré una plegaria a Mitra. Nunca había disparado con aquel arco; había poca luz; la bolsa se mecía de un lado a otro.

El ritmo del tambor volvió a cambiar. Sonaron silbatos y cascabeles; severas órdenes recorrieron las filas. Profiriendo aterradores gritos de guerra, cientos de pictos salieron del bosque en tromba en dirección al poblado y al fuerte, aullando como condenados.

Disparé. En cuanto solté la flecha supe que había disparado mal y aferré el carcaj. Pero la bolsa, al balancearse en el palo, se interpuso casualmente en el rumbo del dardo. Éste dio en el blanco, produciendo un sonido parecido al de un tambor que revienta.

Los pictos que sostenían el palo se acercaron al resto y luego se detuvieron, mirando temerosos hacia arriba. De la bolsa salía un ruido desgarrador y una especie de masa humeante.

-¡Abajo! -me gritó Hakon al oído, tirándome del brazo al tiempo que se tiraba al suelo.

No hizo falta que lo dijera dos veces; me tumbé boca abajo sobre el suelo del bosque.



La bolsa se quedó flácida y como marchita. La nube que había surgido de ella se esparció por encima del grupo de pictos, que ahora corría a toda velocidad por el campo pisoteando los sembrados, en dirección a Schondara. Y al extenderse, adquirió un aspecto grumoso, como si se hubiera estado solidificando en una masa tangible. Las masas oscuras se condensaron hasta convertirse en criaturas vivientes: unos seres altos y delgados, con patas en la parte inferior del cuerpo, que se parecía a la de un ave, y la cabeza y el torso semihumanos. Sus brazos eran largos y escuálidos, terminados en una mano provista de las descomunales garras curvas. Cada demonio tenía estatura de un hombre, y estaba rodeado de un aura sobrenatural y trémula, como si hubiera estado bañado en las frías llamas del fuego del pantano.

No tengo ni idea de cuántos eran. Escondí el rostro para que mi vista no tropezara con la de algún demonio y éste se abalanzara sobre mí. Puede que fueran cien o quinientos.

Gritando y aullando, los demonios corrieron de un lado a otro, derribando a cada paso a un picto con sus garras. Aullando aún más fuerte que los demonios del pantano, los pictos corrieron en todas direcciones intentando salvar la vida; pero los demonios eran más veloces. Un picto, cuya cabeza había quedado separada del tronco por un zarpazo de las garras demoníacas, dio dos pasos antes de caer sobre la maleza.

Unos cuantos pictos recordaron que tenían que tumbarse. Pero la inmensa mayoría, cogidos por sorpresa y sin haber recibido la orden que esperaban, fueron presa del pánico y huyeron. Eso fue fatal; detrás de ellos se precipitaban los furiosos demonios saltando con sus largas patas de ave, más rápidos de lo que pudiera correr cualquier hombre.

Una a una se fueron desvaneciendo las auras brillantes que rodeaban a los demonios del pantano, mientras éstos desaparecían perdiéndose en el bosque. Finalmente, no quedó a la vista ningún ser vivo.

Hakon y yo nos levantamos, estiramos nuestros agarrotados músculos y emprendimos el camino a Schondara. Un picto apareció inesperadamente ante nosotros, como un conejo asustado. En lugar de precipitarse a nuestro encuentro con un aullido, y blandiendo el hacha de guerra, volvió la cabeza, haciendo como si no nos viera, y se perdió de vista por el bosque. No lo culpo. Lo que vio bastaba para acabar con el valor de un pueblo tan fiero y guerrero como el de los pictos.

Primero encontramos la cabeza y el brazo izquierdo de Valerio, y luego el resto, junto a la estaca que había sostenido la bolsa de cuero. Llevamos con nosotros su cabeza como prueba de nuestro relato. No vimos a Kwarada.

Encontramos a uno de los hombres del bosque junto a Schondara; el hijo de Dirk Strom, asombrado por la dispersión de las huestes pictas, había enviado a ese hombre para que explorara el terreno. Cuando oyó nuestro relato, corrió de regreso al fuerte, contando a gritos las buenas nuevas. Fuimos llevados a hombros por una muchedumbre vociferante y entusiasmada hasta el interior del fuerte, y nos pasearon alrededor del patio, que estaba abarrotado de gente.

Pero la imagen que más recuerdo es la del rostro del hijo de Otho Gorm, de pie y con la espalda apoyada contra la parte exterior de la empalizada, a la luz de las antorchas. Después de todo, él había venido a Schondara para continuar su lucha conmigo. ¡Y ahora se leía en su estúpida cara un desconcierto total, mientras tenía que vernos a Hakon y a mí vitoreados como los salvadores de la provincia! Yo me hubiera burlado de él, pero se escabulló subrepticamente y regresó al fuerte Kwanyara esa misma noche, para no tener que tragarse sus imprudentes palabras.

Y entonces llegó la noticia de que el miserable Numedides había muerto y que Conan era rey. Desde entonces la frontera ha estado más tranquila que nunca; todos saben, a ambos lados, que el rey Conan se propone hacer lo que dice, y que no permitirá que se

incumplan los tratados, ya sea por parte de los salvajes como por la nuestra. Thandara tiene ahora ciudades y pueblos prósperos.

Pero he de admitir que la vida era más divertida en los viejos tiempos, cuando no había otra ley salvo la que decía que cada pueblo de la frontera podía hacer lo que le viniera en gana.

## **El fénix en la espada**

*Después de tomar por asalto la capital y asesinar al rey Numedides a los pies del trono -del que se adueñó a continuación-, Conan, que tiene y a más de cuarenta años, es el rey de la nación más grande de Hiboria.*

*Su vida de rey, sin embargo, no es un lecho de rosas. Aún no ha pasado un año y el juglar Rinaldo entona ya insolentes baladas alabando al «mártir» Numedides. El conde de Thune, Ascalante, ha reunido a un grupo de conspiradores para derrocar al bárbaro. Conan comprueba que la gente tiene mala memoria, y que él también sufre el desasosiego que conlleva la corona.*

1

Por encima de los sombríos chapiteles y de las relucientes torres se extendía la oscuridad y el silencio previo al amanecer. En una oscura callejuela, en un complicado laberinto de tortuosos caminos, cuatro figuras enmascaradas salieron apresuradamente por una puerta que ha abierto furtivamente una mano morena. Salieron a toda prisa a la noche cubiertos con sus capas y desapareciendo con sigilo como si hubieran sido fantasmas. Detrás de ellos, un rostro de expresión burlona se dejaba ver en la puerta entreabierta, y unos ojos diabólicos brillaban con malevolencia en la oscuridad.

-Entrad en la noche, criaturas de la noche -dijo una voz burlona-. Oh, estúpidos, la muerte os persigue como un perro ciego, y ni siquiera lo sospecháis. El que había pronunciado aquellas palabras cerró la puerta con cerrojo, y luego se dirigió hacia el pasillo, llevando una vela en la mano. Era un gigante sombrío; su piel oscura revelaba su origen estigio. Entró en una habitación interior, donde un hombre alto y enjuto, vestido con un traje de terciopelo, se arrellanaba como un gato enorme y holgazán en un sofá de seda, y bebía vino de una enorme copa de oro.

-Bien, Ascalante -dijo el estigio, al tiempo que dejaba en su sitio la vela-, tus rufianes han salido sigilosamente a la calle como ratas de sus ratoneras. Te vales de extrañas herramientas.

-¿Herramientas? -repuso Ascalante-. ¿Cómo? Eso es lo que ellos me consideran *a mí*. Durante meses, desde que los cuatro conspiradores me hicieron venir del desierto del sur, he vivido entre mis enemigos, ocultándome durante el día en esta oscura casa y acechando en siniestros pasadizos cada noche. Y he conseguido lo que los nobles rebeldes no pudieron lograr. A través de ellos y de otros agentes que jamás me han visto, he llenado el imperio de malestar y de sedición. En suma, trabajando en la sombra he preparado el terreno para la caída del rey que reina en la luz. Por Mitra, fui estadista antes de ser un proscrito.

-¿Y esos embaucadores que se creen tus maestros?

-Seguirán creyendo que les obedezco hasta que logremos nuestro objetivo. ¿Quiénes son ellos para igualar el talento de Ascalante? Volmana, el conde enano de Karaban. Gromel, el caudillo gigante de la Legión Negra. Dion, el obeso barón de Attlus. Rinaldo, el atolondrado juglar. Yo soy la fuerza que ha amalgamado el acero de cada uno de ellos, y los aplastaré cuando llegue el momento. Pero eso forma parte del futuro, y el rey, en cambio, morirá esta misma noche.

-Hace algunos días vi salir de la ciudad a los escuadrones imperiales -dijo el estigio.

-Cabalgaban hacia la frontera invadida por los pictos, que se han vuelto locos con el fuerte licor que les he dado. La enorme riqueza de Dion lo hizo posible. Y Volmana hizo posible que dispusiéramos del resto de las tropas imperiales que quedan en la ciudad. Por medio de sus nobles parientes de Nemedía, fue fácil convencer al rey Numa para que requiera la presencia del conde Trocero de Poitain, mariscal de Aquilonia. Y, debido a su rango, además de su propio ejército lo acompañará una escolta imperial, y, Próspero, el hombre de confianza del rey Conan. Sólo queda la guardia personal del rey en la ciudad... además de la Legión Negra. A través de Gromel he corrompido a un oficial derrochador de esa guardia y lo he sobornado para que aleje a sus hombres de la puerta del rey a medianoche.

«Entonces, con dieciséis granujas sanguinarios a mis órdenes, nos introduciremos en el palacio por un túnel secreto. Cuando hayamos conseguido nuestro objetivo, aunque el pueblo no se alce para aclamarnos, la Legión Negra de Gromel será suficiente para controlar la ciudad y la corona.

-¿Y Dion cree que le vais a dar la corona a él?

-Sí. El muy estúpido la reclama por unas gotas de sangre real que corren por sus venas. Conan comete un grave error al dejar vivos a hombres que presumen de descender de la antigua dinastía a la que él arrebató la corona de Aquilonia.

» Volmana desea volver a gozar de la protección de la corona como en el antiguo régimen, para poder devolver a su arruinada hacienda su antiguo esplendor. Gromel odia a Palántides, el capitán de los Dragones Negros, y ansia el mando de todo el ejército con la tenacidad de un bosonio. De todos ellos, el único que no tiene ambiciones personales es Rinaldo. Considera a Conan un bárbaro asesino y tosco que vino del norte para saquear una tierra civilizada. Idealiza al rey que Conan asesinó para conseguir la corona, recordando únicamente que aquél protegía de vez en cuando las artes, y olvidando las vilezas de su reinado, y haciendo que la gente olvide. Ya entonan públicamente el *Lamento por el rey* en el que

Rinaldo alaba al infame difunto y describe a Conan como "un salvaje de negro corazón procedente del abismo". Conan no hace caso, pero la gente lo maldice.

-¿Por qué odia a Conan?

-Los poetas siempre odian a los que ostentan el poder. Para ellos la perfección está siempre del otro lado de la última revuelta, o más allá de la siguiente. Huyen del presente con sueños acerca del pasado y del futuro. Rinaldo es una llama de idealismo que él cree que se eleva para destruir al tirano y liberar al pueblo. En cuanto a mí... bueno, hace unos meses no tenía más ambición que asaltar caravanas durante el resto de mi vida. Ahora, en cambio, los viejos sueños reviven. Conan morirá. Dion subirá al trono. Después, también él morirá. Uno a uno, todos los que se oponen a mí morirán por el fuego o el acero, o por medio de esos mortíferos vinos que tú preparas tan bien. ¡Ascalante, rey de Aquilonia! ¿No te parece que suena muy bien?

El estigio se encogió de hombros.

-Hubo un tiempo -dijo con amargura- en que también yo tenía mis ambiciones, a cuyo lado las vuestras parecen ridículas e infantiles. ¡Qué bajo he caído! Mis viejos amigos y rivales quedarían horrorizados si pudieran ver a Toth-Amon el del Anillo sirviendo de esclavo a un proscrito, y proscribiéndose él mismo. ¡Envuelto en las mezquinas ambiciones de nobles y reyes!

-Tú confías en tu magia y en tus ridículas ceremonias -repuso Ascalante-. Yo confío en mi ingenio y en mi espada.

-El ingenio y la espada no sirven de nada contra los poderes de la Oscuridad -gruñó el estigio, de cuyos negros ojos se desprendían destellos amenazadores-. Si yo no hubiera perdido el Anillo, nuestra situación sería muy diferente.

-Sin embargo -contestó impaciente el proscrito-, llevas las marcas de mis latigazos en la espalda, y probablemente seguirás

llevándolas.

-¡No estés tan seguro! -El diabólico rencor del estigio brilló por un instante en sus ojos iracundos-. Algún día, de algún modo, encontraré el Anillo otra vez, y entonces, por los colmillos de la serpiente Set que me las pagarás...

El aquilonio se levantó enojado y le golpeó brutalmente en la boca. Toth retrocedió; la sangre le mojaba los labios.

-Eres demasiado osado, perro -gruñó el proscrito-. Ten cuidado, aún soy tu amo y conozco tu terrible secreto. Delátame si te atreves. Grita por ahí que Ascalante está en la ciudad conspirando contra el rey.

-No lo haré -murmuró el estigio, limpiándose la sangre de los labios.

-No, no te atreverás -dijo Ascalante con siniestra sonrisa-. Porque si muero por tus malas artes o por traición, un sacerdote ermitaño que vive en el desierto del sur se enterará y romperá el sello del manuscrito que le entregué. Y cuando lo haya leído, mandará un mensaje a Estigia, y un viento se levantará desde el sur, a medianoche. ¿Y dónde te esconderás entonces Thoth-Amon?

El esclavo se estremeció, y su oscuro rostro palideció.

-¡Basta! -Ascalante cambió el tono repentinamente-. Tengo trabajo para ti. No me fío de Dion. Le ordené que se fuera a su hacienda en el campo y que permaneciera allí hasta que el trabajo de esta noche estuviera terminado. El gordo estúpido jamás pudo disimular su nerviosismo ante el rey. Sigúelo, y si no lo alcanzas en el camino ve hasta su hacienda y quédate con él hasta que mandemos llamarlo. No lo pierdas de vista. Está ofuscado por el miedo, y podría acabar desertando... puede incluso revelarle a Conan lo que se trama contra él, con la esperanza de salvar así el pellejo. ¡Vete!

El esclavo hizo una reverencia, ocultando el odio que sentía, y obedeció. Ascalante volvió a su vino. Sobre las brillantes torres se reflejaba un amanecer rojo como la sangre.



Cuando era guerrero, hacían sonar los tambores a mi paso.

El pueblo arrojaba polvo dorado delante de las patas de mi caballo.

Pero ahora que soy un gran rey, la gente me persigue para envenenarme el vino y clavarme un puñal en la espalda.

### *El camino de los reyes*

La habitación era amplia y vistosa, con ricos tapices sobre las paredes, mullidas alfombras sobre el suelo de marfil y un alto techo adornado con tallas de plata. Detrás de un escritorio de marfil incrustado en oro había un hombre de hombros anchos y piel bronceada, que no parecía estar en consonancia con aquel lujoso aposento. Perteneecía más bien al sol y a los vientos de la montaña. Hasta el más mínimo movimiento revelaba unos músculos de acero y una mente aguda, así como la coordinación propia del hombre nacido para el combate. No había nada pausado ni moderado en sus acciones. O estaba completamente quieto -inmóvil como una estatua de bronce- o en continuo movimiento, pero no con las sacudidas espasmódicas de unos nervios en tensión, sino con la rapidez de un felino que nublaba la vista de quien intentara seguir sus movimientos.

Sus ropas eran de telas caras pero sencillas. No llevaba anillos ni adornos, y se sujetaba la negra cabellera únicamente con una cinta de tela plateada.

Dejó la pluma dorada con la que había estado garabateando algo sobre unas tablas cubiertas de cera, apoyó la barbilla en la mano y clavó sus ojos azules en el hombre que estaba de pie frente a él. Éste estaba ocupado en sus propios asuntos, arreglando los cordones de su armadura engastada en oro y silbando distraído. Un comportamiento bastante extraño si tenemos en cuenta que se hallaba delante de un rey.

-Próspero -dijo el hombre de la mesa-, estos asuntos de estado me agotan más que todas las batallas juntas.

-Es parte del juego, Conan -respondió el poitano de ojos oscuros-. Eres rey y debes interpretar tu papel. -Ojalá pudiera ir contigo a Nemedias -dijo Conan con envidia-. Parece que hace siglos que no monto a caballo... pero Publius dice que hay asuntos en la ciudad que requieren mi presencia. ¡Maldito sea!

«Cuando destroné a la antigua dinastía -siguió diciendo con la confianza que existía entre el poitano y él-, todo fue muy fácil, aunque parecía muy duro entonces. Recordando ahora la época violenta que vino después, aquellos días de fatigas, intrigas, matanzas y tribulaciones no parecen más que un sueño.

»Y soñé hasta el final, Próspero. Cuando el rey Numedides yacía muerto a mis pies y arranqué la corona de su ensangrentada cabeza para ponerla sobre la mía, sentí que había logrado todos mis sueños. Me había preparado para conseguir la corona, no para mantenerla. En aquellos días lejanos lo único que quería era una espada afilada y un camino directo hacia mis enemigos. Ahora, ningún camino es recto y mi espada es inútil.

»Cuando derroqué a Numedides, *entonces* yo era el libertador... y ahora escupen a mis espaldas. Han erigido una estatua de ese canalla en el templo de Mitra y la gente se lamenta ante ella, aclamándola como a la efigie sagrada de un monarca sagrado al que un bárbaro sanguinario asesinó. Cuando, siendo mercenario, guiaba a sus ejércitos a la victoria, a Aquilonia no le preocupaba que fuera extranjero, pero ahora no me lo perdona.

-Ahora van al templo de Mitra para quemar incienso a la memoria de Numedides hombres que fueron mutilados y torturados por sus verdugos, hombres cuyos hijos murieron en sus mazmorras, y cuyas esposas e hijas fueron arrastradas a su harén. ¡Los muy olvidadizos y estúpidos!

-Rinaldo tiene la culpa -repuso Próspero, haciendo otra muesca en el cinturón del que pendía la vaina de su espada-. Canta canciones que vuelven locas a las gentes. Cuélgalo con su traje de bufón de la torre más alta de la ciudad. Déjalo que componga rimas para los buitres.

Conan negó con su cabeza de felino.

-No, Próspero. No está en mis manos. Un gran poeta es más grande que cualquier rey. Sus canciones son más poderosas que mi cetro; casi se me salía el corazón del pecho cuando cantaba para mí. Yo moriré y seré olvidado, pero las canciones de Rinaldo vivirán por siempre.

»No, Próspero -siguió diciendo el rey, mientras una sombra de duda oscurecía sus ojos-, hay algo oculto, alguna conspiración de la que no estamos enterados. Lo presiento, tal como en mi juventud presentía al tigre oculto entre la hierba. Un malestar latente recorre todo el reino. Soy como un cazador que se protege cabe su pequeña hoguera en la selva y oye pasos sigilosos en la oscuridad y casi puede ver el brillo de unos ojos ardientes. ¡Si tan sólo pudiera enfrentarme con algo tangible, algo en lo que pudiera clavar la espada! Te lo he dicho, no es casualidad que los pictos hayan atacado las fronteras tan violentamente en estos últimos días, de modo que los bosonios se han visto obligados a pedir ayuda para rechazar su ataque. Debí haber ido allí con mis tropas.

-Publius temía una confabulación para atraparte y asesinarte al otro lado de la frontera -replicó Próspero, al tiempo que arreglaba la sedosa cubierta de la cota de malla y admiraba su esbelta figura en un espejo plateado-. Por eso te recomendó permanecer en la ciudad. Estos temores nacen de tus instintos bárbaros. ¡Deja que la

gente critique! Los mercenarios están con nosotros, y los Dragones Negros y todos los rufianes de Poitain confían ciegamente en ti. El único peligro es que te asesinen, y eso es imposible con los hombres de la guardia imperial protegiéndote día y noche. ¿Qué estás haciendo?

-Un mapa -respondió Conan, ufano-. Los mapas de la corte señalan claramente los territorios del sur, del este y del oeste, pero en el norte son confusos e incompletos. Yo mismo estoy añadiendo las tierras del norte. Aquí está Cimmeria, donde yo nací. Y...

-Asgard y Vanaheim -Próspero echó un vistazo al mapa-. Por Mitra, casi había creído que esos países eran una fantasía.

Conan rió a carcajadas, tocando sin querer las cicatrices de su rostro moreno.

-¡Pensarías de otro modo si hubieras pasado tu juventud en las fronteras del norte de Cimmeria! Asgard está situada al norte, y Vanaheim al noroeste de Cimmeria, y siempre hay guerras a lo largo de las fronteras.

-¿Cómo son esos hombres del norte? -preguntó Próspero.

-Altos y rubios, de ojos azules. Adoran al dios Ymir, el gigante de hielo, y cada tribu tiene su propio rey. Son rebeldes y salvajes. Combaten durante el día y beben cerveza y entonan canciones soeces por la noche.

-Entonces tú eres como ellos -se burló Próspero-. Te ríes a carcajadas, bebes bastante y cantas bellas canciones; aunque no conozco ningún otro cimmerico que beba nada que no sea agua o que ría o entone otra cosa que no sean cantos tristes.

-Puede que sea a causa de la tierra en la que viven -contestó el rey-. No existe una tierra más triste... de montañas, de bosques sombríos, cubierta por cielos casi siempre grises y fuertes vientos recorren sus lóbregos valles.

-No es de extrañar que sus hombres sean tristes -dijo Próspero encogiéndose de hombros, al tiempo que pensaba en las alegres y soleadas llanuras y en los azules y tranquilos ríos de Poitain, la provincia más meridional de Aquilonia.

-No tienen esperanza en esta vida ni en la otra -repuso Conan-. Sus dioses son Crom y su oscura estirpe, que reinan sobre un lugar tenebroso de tinieblas eternas que es el mundo de los muertos. ¡Mitra! Prefiero a los aesires.

-Bueno -sonrió Próspero-, los sombríos montes de Cimmeria están muy lejos de aquí. Y ahora debo irme. Beberé a tu salud una copa de vino blanco nemedio en la corte de Numa.

-Muy bien -gruñó el rey-, ¡pero besa a las bailarinas de Numa sólo en tu propio nombre, no vayas a crear complicaciones diplomáticas!

Su sonora carcajada se oyó fuera de la habitación.

3

Bajo las cavernosas pirámides duerme enroscado el gran

Set;

entre las sombras de las tumbas se arrastran sigilosos sus

oscuros moradores.

Hablo el lenguaje de los profundos abismos que nunca

vieron el sol...

Envíame un siervo para mi odio, ¡oh radiante diosa cubierta de escamas!

El sol se ponía, y se fundía el verde brumoso de la floresta con un fugaz tono dorado. Sus débiles rayos se reflejaban en la gruesa cadena de oro que Dion de Attalus hacía girar sin cesar entre sus gruesos dedos, sentado en medio del vistoso conjunto de flores y árboles de su jardín. Movi6 su pesado cuerpo en el asiento de mármol y mir6 furtivamente en derredor, como buscando un enemigo al acecho. Estaba sentado dentro de un círculo de árboles de delgado tronco, cuyas ramas entrecruzadas proyectaban una espesa sombra sobre él. Muy cerca se oía una fuente, y otras, ocultas en varias partes del jardín, susurraban una melodía eterna.

S6lo acompañaba a Dion una oscura figura instalada en un banco de mármol, que observaba al bar6n con ojos sombríos. Dion prestaba poca atención a Toth-Amon. Sabía que era un esclavo en el que Ascalante confiaba, pero, al igual que muchos hombres ricos, ignoraba a los de menor rango social.

-No tienes por qué estar tan nervioso -dijo Toth-. El plan no puede fracasar.

-Ascalante puede cometer errores igual que cualquiera -contest6 bruscamente Dion, estremeciéndose ante la sola idea del fracaso.

-Él no -repuso el estigio, riendo a carcajadas-, de otro modo yo no sería su esclavo, sino su amo.

-¿De qué hablas? -pregunt6 Dion malhumorado, poco atento a la conversación.

Toth-Amon se mordió los labios. A pesar del dominio que tenía de sí mismo, su odio, rabia y vergüenza reprimidas estaban a punto de estallar a la primera oportunidad. No había contado con que Dion no lo viera como a un ser humano con cerebro e inteligencia, sino como a un simple esclavo, y, como tal, una criatura despreciable.

-Escúchame -dijo Thoth-. Tú serás rey. Pero no conoces a Ascalante. No debes fiarte de él después de que Conan sea

asesinado. Yo puedo ayudarte. Si me proteges cuando llegues al poder, te ayudaré.

-Escucha, señor. Fui un gran hechicero en el sur. Los hombres consideraban a Toth-Amon igual a Rammon. El rey Ctesphon de Estigia me hizo un gran honor rebajando a los otros brujos para elevarme a mí por encima de ellos. Me odiaban, pero me temían, pues yo controlaba a los seres de *otro mundo*, que acudían a mi llamada y obedecían mis órdenes. ¡Por Set, mis enemigos sabían que podían despertar a medianoche y sentir las garras de un horror insondable en la garganta! Practiqué magia negra y terrible con el Anillo de Set, que encontré en una oscura tumba bajo tierra, olvidada ya antes de que el primer hombre saliera arrastrándose del mar.

«Pero un ladrón me robó el Anillo, y mis poderes desaparecieron. Los brujos quisieron matarme, mas logré huir. Yo viajaba con una caravana por las tierras de Koth, disfrazado de pastor de camellos, cuando los salteadores de Ascalante nos atacaron. Asesinaron a todos los miembros de la caravana, excepto a mí mismo; me salvé al revelarles mi identidad a Ascalante, jurando servirle. ¡Ha sido una amarga esclavitud!

«Para tenerme en sus manos, escribió mi historia en un manuscrito sellado y se lo entregó a un eremita que vive en la frontera meridional de Koth. No puedo asesinarlo mientras duerme, ni entregarlo a sus enemigos, pues entonces el ermitaño abriría el manuscrito y lo leería... eso es lo que Ascalante le ordenó. Y luego haría correr el rumor en Estigia...

Toth se estremeció, y una palidez cenicienta tino su piel oscura.

-Los hombres de Aquilonia no me conocen -dijo-. Pero si mis enemigos de Estigia supieran mi paradero, medio mundo sería insuficiente para librarme de una muerte que haría estremecerse a una estatua de bronce. Solamente un rey con castillos y ejércitos de hombres armados podría protegerme. Y algún día encontraré el Anillo...

-¿Anillo? ¿Anillo?

Toth había subestimado el enorme egoísmo de aquel hombre. Dion ni siquiera había escuchado las palabras del esclavo, tan ensimismado como estaba en sus propios pensamientos, pero la última palabra le sacó de su distracción.

-¿Anillo? -repitió-. Eso me recuerda... mi anillo de la buena suerte. Se lo compré a un ladrón shemita que juró habérselo robado a un brujo del sur, y aseguró que me traería suerte. Le pagué lo suficiente, bien lo sabe Mitra. Por los dioses, ahora necesito suerte, pues con Volmana y Ascalante mezclándome en sus malditas intrigas... buscaré el anillo.

Toth dio un salto, la sangre le subió a la cabeza, mientras arrojaba llamas por los ojos con la furia pasmosa de un hombre que de pronto comprende la completa estupidez de un imbécil. Dion no le prestó atención. Levantando una tapa secreta en el asiento de mármol, rebuscó entre un montón de adornos de todas clases - amuletos bárbaros, trozos de hueso, bisuterías-, amuletos de la buena suerte que su naturaleza supersticiosa le había incitado a coleccionar.

-¡Ah, aquí está! -dijo triunfante mientras sacaba un extraño anillo.

Era de un metal parecido al cobre, y tenía la forma de una serpiente enroscada con la cola en la boca. Sus ojos eran unas piedras amarillas que brillaban siniestramente. Toth-Amon gritó como si lo hubiera golpeado, y Dion se volvió y miró boquiabierto su pálido rostro. Los ojos del esclavo ardían, tenía la boca completamente abierta, y las enormes y oscuras manos extendidas como garras.

-¡El Anulo! ¡Por Set! ¡El Anulo! -gritó-. Mi Anillo... el que me robaron...

El acero brilló en la mano del estigio, y con un movimiento



de sus anchos y oscuros hombros clavó una daga en el grueso cuerpo del barón. El agudo quejido de Dion devino en gorgoteo, y su fofo cuerpo se desplomó como mantequilla disuelta. Estúpido hasta el final, murió aterrado, sin comprender por qué. Apartando el cadáver que yacía en el suelo, Toth aferró el anillo con las dos manos: de sus oscuros ojos se desprendía una aterradora avidez.

-¡Mi Anillo! -murmuró regocijado-. ¡Mi poder!

Ni siquiera el propio estigio supo cuánto tiempo había permanecido inclinado sobre el funesto objeto, inmóvil como una estatua, absorbiendo su aura maligna. Cuando despertó de su ensueño y alejó su mente de los negros abismos en los que había estado, la luna brillaba, proyectando largas sombras sobre el banco del jardín a cuyos pies se extendía la oscura forma del que había sido señor de Attalus.

-¡Ya se terminó, Ascalante, se acabó! -murmuró el estigio, y sus ojos enrojecieron como los de un vampiro en la oscuridad.

Cogió un puñado de sangre coagulada del charco en el que yacía su víctima y lo frotó contra los ojos de la serpiente de cobre, hasta que los destellos amarillos quedaron cubiertos por una máscara de color carmesí.

-Cierra los ojos, serpiente mística -pronunció con espeluznante susurro-. ¡Cierra los ojos a la luz de la luna y ábrelos a los abismos más oscuros! ¿Qué ves, oh serpiente de Set? ¿A quién llamas en los abismos de la Noche? ¿De quién es la sombra que cae sobre la pálida luz? ¡Tráemelo, oh serpiente de Set!

Mientras acariciaba las escamas rítmicamente con la mano, trazando sobre el anillo un círculo que siempre volvía al punto de partida, su voz se atenuó aún más, y susurraba oscuros nombres y horripilantes conjuros olvidados en la faz de la tierra, pero no en los siniestros territorios de la oscura Estigia, donde formas monstruosas se agitan en la oscuridad de las tumbas.

Una corriente de aire sopló a su alrededor, como el remolino que se produce en el agua cuando se sumerge una criatura. Un viento insondable y gélido -como si se hubiera abierto una puerta- le sopló en la cara. Toth sintió una presencia a sus espaldas, pero no se volvió para mirar. Mantuvo los ojos fijos en el mármol iluminado por la luna, sobre el que flotaba inmóvil una tenue sombra. Mientras continuaba susurrando sus conjuros, la sombra creció hasta convertirse en una forma clara y horripilante.

Parecía un mandril gigante, pero no un mandril de los que habitan en la tierra, ni siquiera en Estigia. Sin mirar, pero sacando de su cinto una sandalia de su amo -que siempre llevaba consigo con la débil esperanza de poder utilizarla cuando llegara el momento-, Toth la arrojó.

-¡Has de conocerlo, esclavo del Anillo! -exclamó-. ¡Busca al que lo usó, y destruyelo! ¡Míralo a los ojos e incendíale el alma antes de cortarle el cuello! ¡Mátalo! Sí -agregó en una ciega explosión de ira-, a él y a todos los demás!

Recortada su figura contra el muro que iluminaba la luna, Toth vio que el monstruo inclinaba su deforme cabeza y lo olía como si hubiera sido un abominable sabueso. Entonces la siniestra cabeza se echó hacia atrás, la cosa se dio media vuelta y se *fue* como un viento entre los árboles. El estigio extendió los brazos con loco frenesí, y sus ojos y dientes brillaron a la luz de la luna.

Un soldado que estaba de guardia fuera de las murallas gritó de horror al ver la enorme sombra negra con ojos ardientes que se alejaba de la muralla y pasaba a su lado como un huracán. Pero se alejó tan rápidamente que el atónito guerrero se quedó pensando si se habría tratado de un sueño o alucinación.

Cuando el mundo era joven, los hombres era débiles y los demonios de la noche caminaban libremente, yo luchaba con Set mediante el fuego y el acero y el jugo de los árboles upas.

Ahora que duermo en el negro corazón de la montaña, y

los años se han cobrado su precio,

¿olvidáis a aquel que ha luchado contra la Serpiente para salvar el alma de los hombres?

El rey Conan se encontraba solo en sus aposentos de cúpula dorada, durmiendo y soñando. A través de la bruma gris oyó una extraña llamada, débil y remota, y, aunque no la entendió, atravesó la bruma como un hombre que camina a través de las nubes. La voz se fue haciendo más nítida a medida que se acercaba, hasta que entendió lo que decía. Lo estaba llamando a él a través de los abismos del Espacio o del Tiempo.

Entonces la bruma se hizo menos densa, y vio que se encontraba en un enorme corredor oscuro que parecía hecho de sólida piedra negra. Estaba en penumbras, pero por alguna extraña razón, tal vez mágica, podía ver con claridad. El suelo, el techo y las paredes estaban pulidos y brillaban tenuemente, y en ellas habían sido talladas las figuras de héroes antiguos y de dioses semiolvidados. Se estremeció al ver el contorno en sombras de los Ancianos Innominados, e intuyó que ningún pie mortal había pisado aquel corredor en siglos.

Llegó hasta una amplia escalera tallada en la sólida roca, cuyos lados estaban adornados con símbolos esotéricos tan antiguos y terribles que al rey Conan se le erizó el cabello. Los peldaños

estaban adornados con la figura tallada de Set, la Antigua Serpiente, de modo que a cada paso que daba apoyaba su pie en la cabeza de éste, tal como había ocurrido desde la antigüedad. El cimmerico se sentía desasosegado.

Pero la voz siguió llamándolo, y finalmente, en una oscuridad impenetrable para sus ojos humanos, llegó hasta una extraña cripta y vio una figura de barba blanca sentada sobre una tumba. Conan se estremeció y aferró su espada, pero la figura le habló con voz sepulcral.

-Oh, humano, ¿me conoces?

-¡Por Crom que no! -juró el rey.

-Hombre -dijo el anciano-, soy Epemitreus.

-¡Pero Epemitreus el Sabio murió hace quince siglos! -balbució Conan.

-¡Escucha! -ordenó el otro-. Así como una piedra que se arroja a un lago envía ondas a la costa, los acontecimientos del Mundo Invisible han irrumpido como olas en mi sueño. Te he marcado, Conan de Cimmeria, y el sello de hechos fundamentales y trascendentes ha sido estampado sobre ti. Pero los demonios andan sueltos en la tierra, y tu espada no puede nada contra ellos.

-Hablas de forma enigmática -dijo Conan, inquieto-. Déjame ver a mi enemigo y le destrozaré el cráneo.

-Dirige tu furia bárbara contra tus enemigos de carne y hueso -repuso el anciano-. No es contra los hombres que he de protegerte. Hay mundos oscuros que el hombre desconoce, por los que andan monstruos informes; se trata de demonios que pueden ser atraídos desde los Vacíos Exteriores para que adopten una forma material y destrocen y devoren bajo las órdenes de magos malignos. Hay una serpiente en tu casa, oh rey, hay un reptil en tu reino, que ha venido de Estigia con la oscura sabiduría de las sombras en su alma

lóbrega. Al igual que un hombre que sueña con una serpiente que se arrastra hacia él, he sentido la presencia maligna del neófito de Set. Está borracho de poder, y, cuando ataca a su enemigo, es capaz de destruir un reino. Te he llamado a fin de entregarte un arma para que luches contra él y contra su banda infernal.

-Pero ¿por qué? -preguntó Conan desconcertado-. Se dice que tú descansas en el negro corazón del Golamira, desde donde has enviado a tu fantasma de alas invisibles para ayudar a Aquilonia en épocas de necesidad, pero yo... soy un extranjero y un bárbaro.

-¡Paz! -repuso el otro, y su fantasmagórica voz resonó en la enorme caverna llena de sombras-. Tu destino y el de Aquilonia están unidos. Tremendos acontecimientos se están tejiendo en las entrañas del Destino, y un hechicero sediento de sangre no ha de interponerse ante el destino imperial. Hace siglos, Set rodeó el mundo como una serpiente pitón abraza a su presa. Toda mi vida, que duró lo que la vida de tres hombres corrientes, he luchado contra él. Lo arrastré hasta las sombras del misterioso sur, pero en la oscura Estigia los hombres todavía veneran a quien nosotros consideramos el archidemonio. De la misma manera que he luchado contra Set, ahora peleo contra sus adoradores y acólitos. Dame tu espada.

Conan, asombrado, se la dio, y el anciano trazó en la hoja un extraño símbolo que brillaba como el fuego entre las sombras. Y al instante la cripta, la tumba y el anciano desaparecieron, y Conan, desconcertado, se levantó de un salto del lecho que se encontraba en la enorme habitación de cúpula dorada. Y cuando se levantó, todavía aturdido por el extraño sueño, se dio cuenta de que estaba sosteniendo la espada en la mano. Y se le erizó el cabello al notar que en la hoja había un símbolo grabado; se trataba de la silueta de un fénix. Recordó que en la tumba vista en sueños le había parecido ver una figura similar, tallada en la piedra. Ahora se preguntaba si se trataría de una figura de piedra, y se estremeció al pensar lo extraño que era todo aquello.

Entonces un sonido furtivo que oyó en el pasillo lo hizo volver en sí, y sin detenerse a averiguar de qué se trataba comenzó a ponerse la armadura. Volvía a ser el bárbaro receloso y alerta como un lobo acorralado.

5

¿Qué sé yo acerca de la civilización, el oropel, el artificio y la mentira? Yo, que nací en una tierra pelada y me crié al aire libre. Las palabras sutiles y los sofismas no sirven de nada cuando canta la espada;

venid y morid, perros... yo he sido un hombre antes de ser rey.

### *El camino de los reyes*

En el silencio que reinaba en el corredor del palacio del rey, acechaban veinte siluetas furtivas. Sus sigilosos pies, descalzos o cubiertos con sandalias de suave cuero, no hacían ningún ruido sobre la gruesa alfombra que cubría el suelo de mármol. Las antorchas que había en la pared arrojaban destellos rojizos sobre las dagas, espadas y hachas de combate.

-¡Silencio! -susurró Ascalante-. ¡No respiréis tan pesadamente, quienquiera que sea el que lo esté haciendo! El oficial de la guardia nocturna ha dejado muy pocos centinelas en el palacio, y los ha emborrachado, pero de todos modos debemos andarnos con cautela. ¡Atrás! ¡Aquí vienen los guardias!

Se apiñaron detrás de unas columnas talladas, e inmediatamente diez gigantes con armadura negra pasaron a su lado. Miraron

extrañados al oficial que se los llevaba de sus puestos. Éste estaba pálido en el momento en que los guardias pasaron junto al escondite de los conspiradores, y se secaba el sudor de la frente con mano temblorosa. Era joven, y no le resultaba fácil traicionar a un rey. Maldijo mentalmente sus extravagancias, que lo habían endeudado con los prestamistas, convirtiéndolo en juguete de políticos intrigantes.

Los guardias siguieron de largo y desaparecieron en el corredor.

-¡Muy bien! -dijo Ascalante sonriendo-. Conan está durmiendo sin protección. ¡De prisa! Si nos cogen mientras lo matamos, estamos perdidos... pero nadie abrazará la causa de un rey muerto.

-¡Sí, daos prisa! -ordenó Rinaldo cuyos ojos azules centelleaban bajo el brillo de la espada-. ¡Mi sable está sediento de sangre! ¡Escucho el ruido de los buitres! ¡Adelante!

Avanzaron rápidamente por el corredor y se detuvieron ante una puerta dorada, que tenía grabado el símbolo del dragón real de Aquilonia.

-¡Gromel! -gritó Ascalante-. ¡Tira abajo esta puerta!

El gigante respiró hondo y se abalanzó sobre la puerta, que chirrió y se combó ante el impacto. El hombre dio un paso atrás y volvió a la carga. La puerta se hizo pedazos con ruido de goznes salidos y de madera destrozada, y cayó hacia adelante.-¡Entrad! -bramó Ascalante, inflamado de odio.

-¡Adelante! -gritó Rinaldo-. ¡Muerte al tirano!

Al entrar, se detuvieron en seco. Conan estaba frente a ellos, despierto y al acecho, con la armadura puesta y su enorme espada en la mano, y no desnudo y dormido como ellos esperaban.

Durante un instante, la escena se congeló -los cuatro nobles rebeldes al lado de la puerta destrozada, y la horda de salvajes que

los seguía- y todos se quedaron paralizados al ver al gigante de ojos fogosos de pie, con la espada en la mano, en el centro de la habitación iluminada por las velas. En aquel momento Ascalante vio sobre una pequeña mesa que había en el lecho real el cetro de plata y la pequeña corona dorada de Aquilonia, y sintió que enloquecía de deseo.

-¡Adelante, bribones! -gritó el proscrito-. ¡Somos veinte contra uno, y él no lleva casco!

Era cierto; no había tenido tiempo de ponerse el pesado casco ni las placas laterales de la coraza, ni de coger el enorme escudo de la pared. Pero aun así, Conan estaba mejor protegido que cualquiera de sus enemigos, salvo Volmana y Gromel, que llevaban armadura completa.

El rey los miró, sin saber quiénes eran. No conocía a Ascalante, y Rinaldo llevaba la cara cubierta con la armadura. Pero no había tiempo para conjeturas. Dando gritos que se elevaban hasta el techo, los asesinos entraron en la habitación, con Gromel a la cabeza. Éste entró embistiendo como un toro, espada en mano para dar la primera estocada. Conan se acercó a él de un salto, blandiendo la espada con todas sus fuerzas. El enorme sable trazó un arco en el aire y golpeó el casco del bosonio. La hoja y el casco vibraron, y Gromel cayó al suelo, muerto. Conan dio un paso atrás, aferrando la empuñadura rota.

-¡Gromel! -exclamó al tiempo que escupía, con los ojos centelleando de asombro, cuando el casco hendido dejó ver la cabeza destrozada.

En ese momento, el resto del grupo se abalanzó sobre él. La punta de una daga le rozó las costillas a través de la armadura. El filo de una espada brilló delante de sus ojos. Apartó al hombre que empuñaba la daga con la mano izquierda, y le golpeó la sien con la empuñadura rota. Los sesos del hombre le salpicaron la cara.



-¡Cinco de vosotros, vigilad la puerta! -gritó Ascalante, que se debatía en medio de un remolino de acero, pues temía que Conan huyera.

Los bribones se quedaron inmóviles, mientras su jefe cogía a algunos de ellos y los empujaba hacia la puerta. En aquel preciso instante, Conan saltó en dirección a la pared y cogió una espada que colgaba allí.

Con la espalda contra la pared, se enfrentó a los hombres y saltó en medio del círculo formado por éstos. El cimmerico nunca peleaba a la defensiva; aun en la situación más desventajosa y desesperada, no permitía que el enemigo tomara la iniciativa. Cualquier otro hombre hubiera muerto en aquellas circunstancias y, a decir verdad, Conan no tenía muchas esperanzas de sobrevivir, pero deseaba con todas sus fuerzas infligir el mayor daño posible antes de que lo mataran. Su espíritu de bárbaro estaba lleno del ardor de la batalla, y los cantos de guerra de los antiguos héroes resonaban en sus oídos.

Cuando saltó desde la pared, su hacha derribó, hizo que un enemigo cayera con el brazo cercenado, y de un terrible revés aplastó el cráneo de otros. Las espadas gemían vengativas a su alrededor, pero la muerte sólo le rozaba a una distancia de milímetros. El cimmerico se movía con cegadora velocidad. Parecía un tigre rodeado de simios, y al saltar, esquivar y atacar ofrecía un blanco en perpetuo movimiento al tiempo que su hacha tejía un manto de muerte a su alrededor.

Durante unos instantes, los asesinos lo rodearon con fiereza, atacando, pero su mismo número era una desventaja, porque chocaban unos contra otros; luego retrocedieron. Los dos cadáveres que había en el suelo daban fe de la furia del rey, si bien Conan sangraba por varias heridas que tenía en el brazo, el cuello y las piernas.

-¡Bellacos! -gritó Rinaldo, quitándose el casco emplumado-. ¿Estáis acobardados? ¿Es que el déspota ha de seguir viviendo? ¡Acabad con él!

Y se lanzó hacia adelante, dando estocadas como un loco, pero Conan, al reconocerlo, le quitó la espada de un hachazo, y lo arrojó al suelo con un fuerte empujón. El rey recibió una estocada de Ascalante en el brazo izquierdo, pero éste a duras penas logró salvar la vida, amenazada por el hacha del cimmerio. Uno de los bribones se arrojó a los pies de Conan; después de luchar por un momento con lo que parecía una sólida torre de hierro, levantó la mirada y vio el hacha, pero fue tarde para eludirla. En el ínterin, uno de sus compañeros levantó la espada con ambas manos y atravesó la placa que cubría el hombro izquierdo del rey, hiriéndolo. En un segundo, la coraza de Conan quedó cubierta de sangre. Volmana, incitando a los atacantes con su salvaje impaciencia, avanzó con una expresión asesina en el rostro e intentó hundir su arma en la *cabeza*, descubierta de Conan. El rey se agachó rápidamente y el sable le cortó un mechón de pelo negro. El cimmerio giró sobre sus talones y atacó. El hacha se clavó a través de la coraza de acero, y Volmana cayó al suelo con una herida en el costado.

-¡Volmana! -dijo Conan sin aliento-. Vete a conspirar al infierno...

Inmediatamente se aprestó a enfrentarse a Rinaldo, que atacaba con salvaje furia, armado tan sólo con una daga. Conan saltó hacia atrás, levantando el hacha.

-¡Rinaldo! -dijo con desesperación-. ¡Atrás! No quiero matarte...

-¡Muere, tirano! -gritó el enloquecido juglar, abalanzándose sobre el rey.

Conan demoró el golpe que estaba a punto de descargar hasta que ya fue tarde. Pero cuando sintió el acero en el costado, atacó con ciega desesperación.

Rinaldo cayó al suelo con el cráneo destrozado, y Conan retrocedió hasta la pared, cubierto con la sangre que manaba de sus heridas.

-¡Ataca ahora, y mátalos! -gritó Ascalante.

Conan apoyó la espada contra la pared y levantó el hacha. Estaba de pie, como la imagen del primitivo indomable -las piernas separadas, la cabeza echada hacia adelante, una mano apoyada en la pared, la otra aferrando el hacha, con los enormes músculos en tensión, como cuerdas de hierro, y el rostro congelado en una furiosa mueca-, y los ojos le centelleaban a través de la nube de sangre que estaba velándolos. Los hombres titubearon... aunque fueran salvajes, criminales y disolutos, pertenecían a la llamada civilización, y frente a ellos estaba el bárbaro... el hombre que tenía el hábito de matar. Se acobardaron al verlo... el tigre moribundo aún podía darles muerte.

Conan percibió su incertidumbre y sonrió con una mueca feroz.

-¿Quién ha de morir primero? -musitó con la boca herida y los labios cubiertos de sangre.

Ascalante saltó como un lobo con increíble rapidez y se agachó para eludir la muerte que se le acercaba siseando. Giró frenéticamente sobre sus talones para esquivarla y rodó por el suelo, mientras Conan se recuperaba del golpe fallido y atacaba de nuevo. Esta vez el hacha se hundió varias pulgadas en el suelo, cerca de las piernas de Ascalante.

Otro forajido eligió aquel momento para atacar, seguido por sus compañeros. Trató de matar a Conan antes de que el cimmerico pudiera arrancar el hacha del suelo, pero calculó mal. El bárbaro cogió el hacha manchada de sangre y le asestó un golpe a su enemigo. Una caricatura de hombre de color carmesí fue arrojada hacia atrás entre las piernas de los atacantes.

Entonces, un grito terrible surgió de labios de los bribones que estaban en la puerta, pues habían visto una negra sombra deformarse sobre la pared. Ascalante se dio media vuelta al oír el grito, y aullando y blasfemando como perros, salieron corriendo por el pasillo.

Ascalante no miró en dirección a la puerta; sólo tenía ojos para el rey herido. Suponía que el ruido de la batalla habría despertado a la gente del palacio, y que los guardias leales estarían a punto de prenderlo, aunque le resultaba extraño que sus bribones gritaran de aquella manera al huir. Conan no miró hacia la puerta, porque estaba contemplando al proscrito que tenía los ojos ardientes del lobo moribundo. Ni siquiera en aquel momento abandonó a Ascalante su cínica filosofía.

-Todo parece estar perdido, especialmente el honor -murmuró-. Sin embargo, el rey se está muriendo de pie... y...

No se sabe qué otros pensamientos le pasaron por la cabeza, porque en mitad de la frase se acercó a Conan, en el preciso instante en que el cimmerico se limpiaba con una mano la sangre que le cubría la cara.

Pero en el momento en que atacó, hubo un extraño movimiento en el aire, y sintió una cosa terriblemente pesada entre los hombros. Cayó al suelo, y unos enormes colmillos se hundieron dolorosamente en su carne. Retorciéndose con desesperación, volvió la *cabeza* y vio el rostro de la Pesadilla y de la locura. Encima de él había una enorme cosa negra, que él sabía que no había nacido en un mundo humano. Tenía los negros colmillos de la cosa cerca de su garganta, y la mirada de sus ojos amarillos le quemó las extremidades como un viento mortífero quemando la mies en el campo.

Su rostro abominable trascendía la mera animalidad. Podía tratarse del rostro de una momia antigua y maligna, animada con demoníaca vida. En aquellos rasgos repelentes, los ojos desorbitados del proscrito creían ver una especie de sombra en medio de la locura que lo rodeaba, una cierta similitud terrible con el esclavo Toth-Amon. Entonces, la filosofía cínica y autosuficiente de Ascalante lo abandonó, y murió con un grito aterrador antes de que los babeantes colmillos lo tocaran. Conan, limpiándose la sangre que le cubría la cara, miraba atónito. Al principio pensó que lo que había sobre el cuerpo retorcido de Ascalante era un enorme sabueso

negro, pero luego se dio cuenta de que no se trataba de un perro sino de un mono.

Con un aullido que parecía el eco del grito de agonía de Ascalante, se alejó de la pared y se enfrentó a la cosa con un golpe de hacha en el que se había concentrado toda la fuerza desesperada de sus electrizados nervios. El arma que había arrojado brilló desde el cráneo que habría tenido que destrozar, y el rey fue arrojado a través de la habitación por el impacto del gigantesco cuerpo.

Las mandíbulas babeantes se cerraron sobre el brazo con el que Conan se protegía la garganta, pero el monstruo no hizo ningún esfuerzo por matarlo. Lanzó una mirada demoníaca por encima de su brazo destrozado y la clavó en los ojos de Conan, en los que comenzaban a reflejarse el horror que se expresaba en los ojos muertos de Ascalante. Conan sintió que el alma le ardía y comenzaba a salirse de su cuerpo para hundirse en los abismos . amarillos del horror cósmico que brillaban con fantasmagórico resplandor en el caos informe que crecía a su alrededor. Aquellos ojos crecían y crecían, y Conan vislumbró en ellos la realidad de todos los horrores abismales y blasfemos que acechan en la oscuridad exterior del vacío informe, y de los negros abismos siderales. Abrió su boca manchada de sangre para gritar su odio y su repugnancia, mas de los labios sólo le surgió un chasquido.

Pero el horror que había paralizado y destruido a Ascalante inflamó al cimmerio con una terrible furia similar a la locura. Con un impulso volcánico de todo su cuerpo, saltó hacia atrás, indiferente al dolor que sentía en el brazo destrozado, arrastrando al monstruo. Y su mano fue a dar con algo que su aturdido cerebro reconoció como la empuñadura de su espada rota. La aferró instintivamente y la empuñó con todas sus fuerzas, como si se hubiera tratado de una daga. La hoja rota se hundió profundamente, y el brazo de Conan quedó libre cuando la repelente boca se abrió en un último suspiro de agonía. El rey fue arrojado a un lado, y, apoyándose en una mano, vio las terribles convulsiones del monstruo, de cuyas heridas brotaba sangre espesa. Y mientras todavía le observaba, sus

movimientos cesaron y se quedó tendido en el suelo, sacudiéndose con espasmos, al tiempo que miraba hacia arriba con sus ojos muertos. Conan parpadeó y se limpió la sangre de la cara. Le parecía que la cosa se derretía y se desintegraba, convirtiéndose en una masa viscosa e informe.

Entonces llegó a sus oídos una confusión de voces, y la habitación se llenó de gente del palacio -caballeros, nobles, damas, hombres de armas, consejeros- que balbucían, gritaban y chocaban unos con otros. Allí estaban los Dragones Negros, enloquecidos de ira, maldiciendo, con las manos en las empuñaduras y juramentos en los labios. No se veía al joven oficial de la guardia por ningún lado, a pesar de que lo buscaron afanosamente.

-¡Gromel! ¡Volmana! ¡Rinaldo! -exclamaba Publius, el consejero jefe, metiendo sus manos regordetas entre los cadáveres-. ¡Negra traición! ¡Alguien ha de pagar por esto! Llamad a los guardias.

-¡La guardia está aquí, viejo estúpido! -dijo imperiosamente Palántides, el comandante de los Dragones Negros, olvidando el rango de Publius en aquel tenso momento-. Será mejor que dejes de chillar y nos ayudes a vendar las heridas del rey. Da la impresión de que va a morir desangrado.

-¡Sí, sí! -gritó Publius, que era un hombre de ideas más que de acción-. Debemos vendarle las heridas. ¡Manda a buscar a todos los médicos de la corte! ¡Oh, mi señor, qué vergüenza para la ciudad! ¿Estás completamente muerto?

-¡Cerdo! -dijo el rey desde el lecho en el que lo habían colocado.

Le acercaron una copa a los labios manchados de sangre y bebió como un hombre medio muerto de sed.

-¡Bien! -dijo con un gruñido-. Matar reseca la garganta. Los hombres consiguieron detener la hemorragia, y la vitalidad innata del bárbaro se puso de manifiesto una vez más.

-Curad primero las heridas del costado -dijo a los médicos de la corte-. Rinaldo me escribió una canción de muerte allí, y la pluma estaba muy afilada.

-Deberíamos haberlo ahorcado hace tiempo -farfulló Publius-. No se puede esperar nada bueno de los poetas... ¿quién es éste?

Tocó con nerviosismo el cadáver de Ascalante con el pie.

-¡Por Mitra! -exclamó el comandante-. ¡Es Ascalante, el conde de Thune! ¿Qué diablos lo trajo aquí desde el desierto?

-Pero ¿por qué tiene esa expresión en el rostro? -preguntó Publius con un susurro, alejándose, con los ojos desorbitados y erizado el cabello.

Los demás permanecieron en silencio mientras contemplaban al proscrito muerto.

-Si hubieras visto lo que él y yo vimos -gruñó el rey, incorporándose a pesar de las protestas de los médicos-, no te sorprenderías. Lo verás con tus propios ojos si miras...

Se interrumpió en mitad de la frase, boquiabierto, señalando con un dedo el vacío. En el lugar en el que había estado el monstruo muerto, no se veía más que el suelo de mármol.

-¡Por Crom! -juró-. ¡La cosa se ha hundido con la materia hedionda de la que surgió!

-El rey está delirando -susurró un noble. Conan lo oyó y profirió un juramento bárbaro.

-¡Por Badb, por Morrigan, por Macha y por Nemain! -dijo furioso-. ¡Estoy cuerdo! Era como una mezcla de momia estigia y mandril. Entró por la puerta, y los bribones de Ascalante huyeron al verlo. Mató a Ascalante, que estaba a punto de atravesarme con la espada. Entonces vino hacia mí y lo maté... no sé cómo, porque mi

hacha rebotó como si se hubiera tratado de una roca. Pero creo que el Sabio Epemitreus tuvo algo que ver con esto...

-¡Escucha cómo pronuncia el nombre de Epemitreus, muerto hace mil quinientos años! -se decían unos a otros en voz baja.

-¡Por Ymir! -exclamó el rey con voz tronante-. ¡Esta noche hablé con Epemitreus! Me llamó en sueños, y yo avancé por un corredor de piedra negra en el que había tallas de antiguos dioses, en dirección a una escalera también de piedra, en cuyos peldaños había figuras de Set, hasta que llegué a una cripta en la que había una tumba con un fénix tallado...

-¡En nombre de Mitra, mi señor! ¡Calla! -dijo el sumo sacerdote de Mitra, con el rostro ceniciento.

Conan sacudió la cabeza como un león agita la melena, y habló como un gruñido de bestia salvaje.

-¿Acaso soy un esclavo, para callarme porque tú me lo ordenes?

-¡No, no, mi señor! -repuso el sumo sacerdote temblando, pero no de miedo, ante la cólera del rey-. No tenía intenciones de ofenderte. Luego se acercó a Conan y le dijo algo al oído.

-Mi señor, esta cuestión está más allá de la comprensión humana. Sólo un pequeño grupo de sacerdotes conoce el secreto del corredor de piedra negra que manos desconocidas esculpieron en el negro corazón del monte Golamira, o acerca de la tumba protegida por el fénix en la que fue enterrado Epemitreus hace mil quinientos años. Y desde entonces ningún ser humano ha entrado allí, porque los elegidos, después de colocar al Sabio en la cripta, cerraron la entrada del corredor de modo que nadie pudiera encontrarla, y hoy en día ni siquiera los sumos sacerdotes saben dónde está. El pequeño grupo de acólitos de Mitra conoce sólo de oídas, por boca de los sumos sacerdotes, el lugar del reposo eterno de Epemitreus en el negro corazón de Golamira, y guardan celosamente el secreto. Éste es uno de los Misterios en los que se basa el culto de Mitra.



-No sé por medio de qué artes mágicas Epemitreus me llevó hasta él -repuso Conan-. Pero yo he hablado con él, y me hizo una marca en la espada. No sé por qué esa señal resultó mortífera para los demonios, ni qué magia había en ella, pero aunque la espada se rompió al golpear el casco de Gromel, el fragmento que quedó fue lo bastante largo como para matar al monstruo.

-Déjame ver tu espada -susurró el sumo sacerdote con la garganta seca.

Conan le enseñó la espada rota, y el sumo sacerdote lanzó un grito y se puso de rodillas.

-¡Mitra nos proteja contra el poder de las tinieblas! -dijo jadeando-. ¡En la espada está grabado el emblema del fénix inmortal que se cierne eternamente sobre su tumba! ¡Es el signo secreto que sólo él puede hacer! ¡Rápido, una vela! ¡Mirad otra vez en el lugar donde el rey dice que murió el demonio!

Éste había yacido a la sombra de un biombo roto. Arrojaron el biombo a un lado y alumbraron el suelo con la luz de la vela. En la habitación reinaba un silencio estremecedor mientras buscaban la señal. Poco después algunos caían de rodillas al suelo invocando a Mitra, y otros huían gritando de la habitación.

Allí en el suelo, en el lugar donde había muerto el monstruo, yacía una sombra tangible, una enorme mancha oscura que no se podía borrar; la cosa había dejado su contorno claramente marcado con su sangre, y aquel contorno no se parecía al de ningún ser conocido en el mundo. Estaba allí, terrible y siniestro, como la sombra de uno de los dioses-mono que se agazapan en los sombríos altares de los oscuros templos de Estigia.

## **La ciudadela escarlata**

*Muy poco tiempo después de acallarse los rumores acerca de una guerra civil, Conan recibe una petición urgente de ayuda del aliado de Aquilonia, el rey Amalrus de Ofir. El rey Strabonus de Koth tiene intenciones de atacar las fronteras de Ofir, y Conan acude a la llamada en compañía de cinco mil valientes caballeros de Aquilonia, pero cuando llega descubre que ambos reyes se han aliado contra él en la planicie de Shamu.*

1

Atraparon al León en la planicie de Shamu,  
le ataron los miembros con cadenas de hierro,  
gritaron en voz alta al son de las trompetas:  
«¡El León está enjaulado al fin!».  
¡Ay de las ciudades a orillas del río y de la planicie  
si el León vuelve a acechar alguna vez!

*Balada antigua*

Se apagaba el clamor de la batalla; los gritos de victoria se mezclaban con los lamentos de los muertos. Los caídos cubrían la planicie como las hojas después de una tormenta de otoño; el sol poniente arrojaba sus destellos sobre los brillantes cascos, sobre las cotas de malla, las armaduras, las espadas rotas y los pliegues de los estandartes de seda, arrojados en medio de los charcos de color carmesí. Los caballos yacían en montones silenciosos, y sus jinetes vestidos de acero tenían los cabellos manchados de sangre. A su

alrededor estaban los cuerpos destrozados de los arqueros y lanceros.

Los hombres hacían sonar una fanfarria de triunfo en la planicie, y los cascos de los caballos de los vencedores pisoteaban los cuerpos de los vencidos, mientras las líneas de batalla convergían como los rayos de una brillante rueda hacia el lugar en el que el último sobreviviente seguía desarrollando una lucha desigual con la muerte.

En aquel día, Conan, rey de Aquilonia, había visto lo mejor de su caballería destrozado. Había cruzado la frontera sudeste de Aquilonia con cinco mil caballeros hasta llegar a Ofir, donde halló a su antiguo aliado, el rey Amalrus de Ofir, enfrentado a él junto con las huestes de Strabonus, el rey de Koth. Se dio cuenta de la trampa demasiado tarde. Hizo todo lo que podía hacer un hombre con cinco mil jinetes contra los treinta mil caballeros, arqueros y lanceros que servían a los conspiradores.

Se lanzó con sus jinetes armados, sin arqueros ni soldados de infantería, contra las huestes atacantes, vio a los caballeros de las fuerzas enemigas en sus brillantes cotas de malla cayendo ante las lanzas, destrozó a una parte de sus enemigos, hasta que finalmente los atacantes lo rodearon. Los arqueros shemitas de Strabonus causaron estragos entre sus hombres, abatiéndolos, junto con sus caballos, mientras los lanceros kothios los remataban en el suelo. Finalmente, las fuerzas de Conan fueron vencidas porque sus enemigos los aventajaban en número.

Los aquilonios no huyeron; murieron en el campo de batalla, y, de los cinco mil caballeros que acompañaron a Conan hacia el sur, ni uno solo abandonó vivo la planicie de Shamu. Y ahora el rey estaba al acecho entre los cuerpos destrozados de sus hombres, y apoyaba la espalda contra un montón de hombres y de caballos muertos. Los caballeros ofireos, guarnecidos con cotas de malla doradas, hacían saltar a sus caballos por encima de los cadáveres para atravesar de una estocada a la solitaria figura, y varios shemitas de barba negra, así como algunos caballeros kothios de piel oscura, se encontraban

a su alrededor. Se oía el sonido metálico del acero, que crecía en intensidad. La figura del rey sobresalía por encima de la de sus enemigos, mientras atacaba con la ferocidad de un animal salvaje. Enseguida se vieron caballos sin jinete, y a sus pies había un montón de cuerpos destrozados. Sus atacantes retrocedieron jadeando, y con los rostros cenicientos.

Ahora se veía a los jefes conquistadores cabalgando en medio de las filas de sus hombres. Allí estaba Strabonus, de cara ancha y oscura, y ojos astutos; Amalrus, esbelto, traidor, y peligroso como una cobra, y Tsotha-lanti, delgado como un buitre, vestido con ropas de seda, de ojos negros y brillantes. Se contaban oscuras leyendas acerca de este hechicero kothio; las mujeres de las aldeas del norte y del oeste asustaban a sus niños mencionando su nombre, y los esclavos rebeldes eran sometidos más rápidamente que con el látigo si se les amenazaba con venderlos a Tsotha-lanti. La gente decía que tenía una biblioteca llena de libros de magia negra encuadernados con la piel de sus víctimas humanas, y que traficaba con los poderes de las tinieblas en los oscuros sótanos de su palacio, entregando a jóvenes esclavas a cambio de secretos infernales. Él era el verdadero soberano de Koth.

Contemplaba, con una siniestra sonrisa en el rostro, cómo los reyes frenaban sus caballos a una distancia segura de la taciturna figura que se alzaba por encima de los muertos. Hasta el hombre más valiente retrocedía al ver el brillo asesino que brotaba de los fogosos ojos azules que asomaban por debajo del casco. El rostro oscuro y lleno de cicatrices de Conan ardía de odio; su armadura negra estaba hecha pedazos y manchada de sangre; su enorme espada estaba roja hasta la empuñadura. En aquel momento había desaparecido todo rastro de civilización; allí había un bárbaro enfrentado a sus vencedores. Conan era un nativo de Cimmeria, un montañés fiero y taciturno originario de una tierra oscura y nubosa del norte. Su vida y sus aventuras, que lo habían llevado hasta el trono de Aquilonia, se habían convertido en leyenda.

Los reyes mantenían la distancia, y Strabonus llamó a sus arqueros shemitas para que arrojaran flechas sobre el enemigo; sus capitanes habían caído como granos maduros ante la espada del cimmerico, y Strabonus, avaro de caballeros así como de riquezas, estaba hecho una furia. Pero Tsotha meneaba la cabeza.

-Cogedlo vivo.

-¡Eso es fácil de decir! -gruñó Strabonus, inquieto por la posibilidad de que el gigante de malla negra se abriera camino hacia ellos-. ¿Quién puede atrapar vivo a un tigre devorador de carne? ¡Por Ishtar que es muy superior a mis mejores espadachines! Me llevó siete años y montañas de oro adiestrarlos, y allí están todos muertos. ¡He dicho arqueros!-¡No! -repuso Tsotha, bajándose del caballo y lanzando una gélida risa-. ¿Todavía no te has dado cuenta de que mi cerebro es más poderoso que cualquier espada?

Pasó a través de las filas de lanceros, y éstos retrocedieron atemorizados por temor a tocarle la túnica. También los emplumados caballeros se abrieron paso. Luego saltó por encima de los cadáveres y se acercó al rey. Los hombres miraban en silencio, conteniendo la respiración. La figura de malla negra se alzaba amenazante por encima del hombre delgado de túnica de seda, blandiendo la espada manchada de sangre.

-Te ofrezco la vida, Conan -dijo Tsotha, con una sonrisa cruel en los labios.

-Y yo te ofrezco la muerte, hechicero -gruñó el rey, empuñando la espada con todas sus fuerzas.

El fiero golpe pudo haber partido el pecho de Tsotha en dos. Pero el hechicero se acercó a Conan con la rapidez del rayo, y apoyó la mano abierta en el antebrazo izquierdo del bárbaro. El arma del gigante se torció y éste cayó pesadamente al suelo, inmóvil. Tsotha se rió en silencio.

-Levantadlo, y no temáis; las fauces del león están cerradas.

Los reyes se acercaron y observaron atónitos al león caído. Conan yacía inerte, como un hombre muerto, pero los miraba con los ojos desorbitados, centelleantes de furia y de desesperación.

-¿Qué le has hecho? -preguntó Amalrus, nervioso.

Tsotha enseñó un enorme anillo de aspecto extraño que llevaba en el dedo. Apretó los dedos de la mano, y vieron asombrados un colmillo de acero que asomaba de la cara interior del anillo como la lengua de una serpiente.

-El anillo ha sido introducido en el jugo del loto púrpura, que crece en los pantanos asolados por fantasmas del sur de Estigia -repuso el mago-. Le produce una parálisis provisional a cualquier persona que lo toque. Cargadlo de cadenas y ponédlo en un carro. El sol se está poniendo, y ya es hora de que nos pongamos en camino hacia Khorshemish.

Strabonus se volvió hacia su general, Arbanus.

-Regresamos a Khorshemish con los heridos. Sólo nos acompañara una tropa de la caballería real. Tú debes dirigirte al amanecer a la frontera aquilonia para sitiar la ciudad de Shamar. Los ofireos te darán víveres para el camino. Nosotros nos reuniremos contigo lo antes posible, con refuerzos.

Las huestes emprendieron la marcha en dirección a las praderas que habían cerca del campo de batalla, con los caballeros cubiertos de acero, los lanceros, los arqueros y los ayudantes de campo. Y los dos reyes y el hechicero se encaminaron a la capital de Strabonus bajo la noche estrellada, rodeados de las tropas del palacio y acompañados por una larga fila de carros cargados con los heridos. En uno de esos carros iba Conan, rey de Aquilonia, encadenado, con el amargo sabor de la derrota en la boca y la furia ciega de un tigre atrapado en el alma.

El veneno que había paralizado su poderoso cuerpo no tenía los mismos efectos en su cerebro. A medida que el carro en el que

viajaba a través de las praderas, su mente pensaba obsesivamente en la derrota. Amalrus había enviado un emisario implorándole ayuda en contra de Strabonus, porque según decía, estaba asolando sus tierras occidentales, que eran como una cuña entre la frontera de Aquilonia y el vasto reino de Koth. Había solicitado tan sólo mil jinetes y la presencia de Conan, a fin de animar a sus desmoralizados soldados. Conan lo maldecía mentalmente. En un gesto generoso había traído cinco mil hombres, en lugar de los mil que el traidor le había pedido. Cabalgó de buena fe hacia Ofir, y allí fue atacado por los supuestos rivales, que se habían aliado en contra de él. Era significativo que hubieran traído todo un ejército para atraparlo a él y a sus cinco mil hombres.

Una nube roja le cubría los ojos; sus venas estallaban de furia, y las sienes latían aceleradamente. En su vida había sentido rabia y desesperación tan grandes. Con su ojo mental vio distintas escenas de su vida en las que aparecía él en diversas situaciones: como bárbaro desnudo; como mercenario, con espada, casco y cota de malla; como corsario en una galera con proa en forma de dragón que había abierto un camino de sangre en los mares del sur; como capitán de ejércitos revestidos de armaduras de acero; como rey sentado en un trono dorado, con el estandarte del león ondeando al viento, y multitudes de cortesanos de rodillas. Pero una y otra vez el traqueteo del carro le devolvía el pensamiento a su situación actual, y se ponía furioso por la traición de Amalrus y la magia de Tsotha. Las venas de sus sienes estaban a punto de estallar, y los gritos de los heridos lo llenaban de una feroz satisfacción.

Cruzaron la frontera de Ofir antes de medianoche, y al amanecer vislumbraron las brillantes torres de Khorshemish recortadas contra el horizonte teñido de rojo. Por encima de éstas se alzaba la sombría ciudadela, que parecía una mancha de sangre en el cielo. Era el castillo de Tsotha. Una estrecha calle de mármol, protegida por enormes puertas de hierro, conducía hasta la colina en la que estaba emplazado, dominando la ciudad. Las laderas de la colina eran demasiado escarpadas para que un hombre pudiera llegar al castillo por otro camino que no fuera el de mármol. Desde las

murallas de la ciudadela se podían ver las pequeñas callejuelas de la ciudad, las mezquitas y los minarettes, las tiendas, los templos, las mansiones y los mercados. También se podía ver el palacio del rey, en el centro de un enorme jardín lleno de árboles frutales y de flores, adornado con lagos artificiales y fuentes plateadas. Por encima del palacio se alzaba la ciudadela, como un cóndor que acecha a su presa.

Las enormes puertas de la ciudad se abrieron con metálico ruido y el rey entró en su capital rodeado de sus lanceros, al son de cincuenta trompetas. Pero no había mucha gente en las calles, ni le arrojaban flores al conquistador. Strabonus había llegado antes que las noticias acerca de la batalla, y la gente, dedicada a sus ocupaciones del día, se quedó boquiabierta al ver al rey de regreso con un pequeño contingente, y no sabían si volvía como vencedor o como vencido.

Conan, a quien se le estaban pasando los efectos de la parálisis, levantó la cabeza del suelo del carro para admirar la belleza de la ciudad, a la que la gente llamaba la Reina del Sur. Había pensado en visitarla algún día, a la cabeza de un escuadrón, con el estandarte del león ondeando al viento. Pero en lugar de ello entraba encadenado, sin armadura y tirado en el suelo de un carro como un esclavo. Se rió en voz alta ante la ironía de la situación, olvidándose por un momento de su furia, pero a los nerviosos soldados que conducían el carro su risa les sonó como el gruñido de un león que despierta.

2

Brillante cáscara de una gastada mentira; fábula del derecho divino...

Recibiste en herencia tus coronas, pero la sangre fue mi precio.



¡Por Crom que no venderé

el trono que conseguí con sangre y sudor

por valles llenos de oro, ni la amenaza del Infierno!

### *El camino de los reyes*

En una habitación de la ciudadela de techos abovedados, de frisos y puertas llenas de extrañas joyas oscuras, tenía lugar un extraño cónclave. Conan de Aquilonia, con el cuerpo cubierto de sangre seca, estaba delante de sus captores. A ambos lados de él había una docena de negros gigantes que blandían hachas. Frente a él estaba Tsotha, y sobre los divanes se encontraban Strabonus y Amainas, vestidos de seda y oro, cubiertos de joyas y rodeados de jóvenes esclavos que les escanciaban vino en copas de zafiro. En duro contraste con esta escena estaba Conan, serio, manchado de sangre, casi desnudo, con grilletes en las extremidades y los ojos azules centelleantes debajo de la negra melena. Dominaba la escena, convirtiendo en oropel la pompa de los conquistadores, a causa de la vitalidad de su personalidad elemental, y los reyes, a pesar de su orgullo y del esplendor, eran conscientes de ello y se sentían incómodos. Tan sólo Tsotha permanecía imperturbable.

-Vamos a hablar abiertamente de nuestros planes, rey de Aquilonia -dijo Tsotha-. Queremos extender nuestro imperio.

-De modo que queréis mi reino, cerdos -gruñó Conan.

-¿Y qué eres tú sino un aventurero que se ha apoderado de una corona que no le pertenecía, bárbaro vagabundo? -repuso Amainas-. Estamos dispuestos a ofrecerte una compensación adecuada...

-¿Compensación? -preguntó Conan riendo abiertamente-. ¡El precio de la infamia y de la traición! ¿Creéis que porque soy bárbaro voy a

vender mi reino y su gente a cambio de mi vida y de vuestro sucio oro? ¡Ja! ¿Cómo os habéis apoderado vosotros de vuestras coronas, tú y el cerdo moreno que está a tu lado? Vuestros padres lucharon y sufrieron, y os sirvieron la corona en bandejas de oro. Yo peleé por aquello que vosotros recibisteis en herencia sin mover un solo dedo... salvo para envenenar a algún hermano vuestro.

«Estáis sentados sobre divanes de seda, bebéis el vino que la gente hace con el sudor de su frente y habláis acerca del derecho divino de la soberanía... ¡iban! Yo llegué al trono desde el abismo de la barbarie, y en ese ascenso derramé mi propia sangre con la misma generosidad con que he derramado la de los demás. ¡Si alguno de nosotros tiene el derecho de gobernar a los hombres, por Crom que éste soy yo! ¿De qué manera habéis demostrado que sois superiores a mí?

-Yo hallé Aquilonia en manos de un cerdo como vosotros... un hombre que podía remontarse en su árbol genealógico miles de años atrás. El país estaba dividido a causa de las guerras de los barones, y la gente clamaba por la supresión de los impuestos. En la actualidad ningún noble aquilonio osa maltratar al más humilde de mis súbditos, y los impuestos son más bajos que en cualquier otro lugar del mundo.

»¿Y vosotros? Tu hermano, Amalrus, domina la parte oriental de tu reino y te amenaza. Y tus soldados, Strabonus, ahora mismo están sitiando los castillos de una docena o más de barones rebeldes. Los habitantes de vuestros reinos se sienten aplastados por tiránicos impuestos. Y queréis saquear el mío... ¡ja! ¡Si osarais liberarme cubriría el suelo con vuestros sesos!

Tsotha esbozó una siniestra sonrisa al notar la cólera de los reyes.

-Todo esto, aunque sea verdad, no tiene nada que ver con el asunto que nos ocupa. Nuestros planes no son asunto tuyo. Tu responsabilidad termina cuando firmes el pergamino, en el que figura la abdicación a favor del príncipe Arpello de Pellia. Te

daremos armas y un caballo, y cinco mil monedas de oro, además de una escolta que te acompañara hasta la frontera oriental.

-¡Dejarme abandonado donde estaba antes de ir a Aquilonia para servir en sus ejércitos, sólo que con la carga de haberme ganado el nombre de traidor! -dijo Conan con una risa que parecía el profundo aullido de un lobo-. Arpello, ¿eh? Ya sospechaba de ese carnicero de Pellia. ¿Ni siquiera sabéis robar y cometer pillaje franca y honestamente, sino que necesitáis una excusa, por estúpida que sea? ¡Arpello dice tener algunas gotas de sangre azul, por lo que lo utilizáis como excusa para el robo, y como sátrapa a través del cual podréis gobernar! Antes os veré en el infierno.

-¡Eres un necio! -exclamó Amalrus-. ¡Estás en nuestras manos y podemos quitarte la corona y la vida cuando lo deseemos!

La respuesta de Conan no fue muy majestuosa, sino típica del hombre cuya naturaleza bárbara no había sido anulada por su cultura adoptiva. Le escupió a Amalrus en el rostro. El rey de Ofir se levantó de un salto y lanzó un grito furioso, al tiempo que buscaba su espada. Luego empuñó su sable y corrió en dirección al cimmerico, pero en ese momento intervino Tsotha.

-Espera, Majestad; este hombre es mi prisionero.

-¡A un lado, hechicero! -gritó Amalrus, furioso al ver el brillo arrogante en los ojos del cimmerico. -¡Atrás, he dicho! -bramó Tsotha, lleno de ira.

Luego sacó la mano de su manga y echó una lluvia de polvo al rostro crispado del ofireo. Amalrus lanzó un grito y retrocedió, cubriéndose los ojos con las manos. Su espada cayó al suelo y él se derrumbó sobre el diván, mientras los guardias kothios contemplaban impasibles la escena, y el rey Strabonus se bebía de un trago el contenido de su copa de vino con manos temblorosas. Amalrus bajó las manos y sacudió la cabeza violentamente.

-Me he quedado ciego -gruñó-. ¿Qué me has hecho, maldito brujo?

-Fue tan sólo un gesto para que te dieras cuenta de quién manda aquí -repuso Tsotha, al que se le había caído la máscara de dignidad, revelando su verdadera personalidad maligna-. Strabonus ha aprendido la lección... ahora tú has de aprender la tuya. Lo que te arrojé a los ojos no era más que un polvo que encontré en una tumba estigia... y si lo vuelvo a hacer, te quedarás ciego por el resto de tu vida.

Amalrus se encogió de hombros, esbozó una sonrisa y tomó de nuevo la copa de vino para disipar su miedo y su ira. Como buen diplomático que era, recobró rápidamente la compostura. Tsotha se volvió hacia Conan, que se había mantenido imperturbable durante toda la escena. Ante un gesto del hechicero, los negros cogieron al prisionero y lo pusieron detrás de Tsotha, que iba a la cabeza del grupo, que salió de la habitación y entró en un sinuoso pasillo con mosaicos en el suelo y paredes adornadas con telas doradas y plateadas, de cuyo techo abovedado colgaban incensarios que llenaban el corredor de nubes perfumadas. Luego entraron en un pasillo más estrecho, con paredes de jade y azabache, de aspecto siniestro y sombrío, que terminaba en una puerta de cobre que adornaba una calavera humana. En la puerta había un hombre gordo y repelente con un manojó de llaves colgado del cinto; se trataba del eunuco principal de Tsotha, llamado Shukeli, de quien se contaban historias terribles. Aquel hombre había sustituido las pasiones humanas normales por una pasión bestial por la tortura.

La puerta de cobre conducía a una estrecha escalera, que parecía hundirse en las mismas entrañas de la montaña sobre la que se había construido la ciudadela. El grupo bajó por las escaleras y se detuvo frente a una imponente puerta de hierro. Evidentemente ésta no daba al aire libre, aunque había sido construida para soportar el peso de un ariete. Shukeli la abrió, y, cuando lo hizo, Conan notó el desasosiego de los gigantes negros que la guardaban; también Shukeli parecía un tanto nervioso al observar la oscuridad que había al otro lado. Más allá de la enorme puerta había otra barrera hecha de grandes barrotes de acero. Ésta estaba cerrada por medio de un ingenioso cerrojo que sólo podía ser accionado desde fuera. Al

ponerlo en funcionamiento, la reja se introducía en la pared. Los hombres entraron en un amplio corredor, cuyo suelo, paredes y techo abovedado parecían tallados en la sólida roca. Conan se dio cuenta de que estaban muy por debajo del nivel del suelo. La oscuridad se apretaba contra las antorchas de los guardias, como si de una cosa viva y sensible se hubiera tratado.

Sujetaron al rey a una argolla que había en el muro de piedra. Luego pusieron una antorcha en un nicho que tenía encima de la cabeza, de modo que se vio rodeado de un tenue semicírculo de luz. Los negros estaban deseando irse; murmuraban entre ellos y miraban atemorizados la oscuridad. Tsotha les dijo que salieran, y ellos se apresuraron a cumplir la orden, como si temieran que la oscuridad pudiera adoptar una forma tangible y atacarlos por la espalda. Tsotha se volvió hacia Conan, y el rey se apercibió con cierto desasosiego de que los ojos del hechicero brillaban en la semioscuridad, y que sus dientes parecían los colmillos de un lobo que resplandecían con blanco fulgor en medio de las sombras.

-Adiós, bárbaro -dijo el hechicero en tono burlón-. Debo irme a Shamar para presenciar el sitio. Dentro de diez días estaré en tu palacio de Tarantia con mis guerreros. ¿Quieres que les diga algo a tus mujeres antes de arrancarles la delicada piel, con la que haré pergaminos en los que registraré los triunfos de Tsotha-lanti?

Conan respondió con un insulto cimmerico que habría hecho estallar los oídos de un hombre comente, pero Tsotha esbozó una sonrisa y salió. Conan vio su figura de buitre a través de los gruesos barrotes mientras él ponía la reja en su sitio, y luego oyó el ruido de la puerta exterior al cerrarse. Después reinó el silencio.

El León se paseaba por las salas del infierno; en su camino se cruzaban las lúgubres sombras de muchas formas ignotas... de Monstruos con las fauces abiertas. La oscuridad se sacudió con gritos y alaridos cuando el León se paseó por las salas del infierno.

### *Balada antigua*

El rey Conan comprobó la argolla y la cadena que lo sujetaban. Tenía las extremidades libres, pero sabía que no podría romper los grilletes. Los eslabones de la cadena eran del grosor de un dedo, y estaban unidos a una banda de acero que le habían colocado alrededor de la cintura. El peso de los grilletes habría matado a un hombre más débil que él. Los eslabones que sostenían la banda y la cadena eran tan gruesos que ni siquiera un martillo pesado los habría podido abollar. La argolla atravesaba la pared y estaba sujeta por el otro lado.

Conan maldijo, y sintió pánico al contemplar la oscuridad que había alrededor del semicírculo de luz. Los miedos supersticiosos propios de los bárbaros que albergaba en el alma no habían sido erradicados por la lógica de la civilización. Su primitiva imaginación llenaba la oscuridad subterránea de figuras siniestras. Además, la razón le decía que no lo habían llevado allí simplemente para tenerlo preso. Sus captores no tenían razón alguna para perdonarle la vida. Lo habían llevado a aquel agujero para que muriera allí. Se maldijo a sí mismo por haber rechazado su oferta, aun cuando su obstinada hombría sentía repugnancia ante la idea, y él sabía que si lo hubiera vuelto a poner en la misma situación y le hubiera dado otra oportunidad, su respuesta habría sido la misma. No vendería a sus súbditos a un carnicero. Y sin embargo, sólo había pensado en sí mismo al conquistar el reino. Es así como funciona a veces el instinto de responsabilidad de un soberano, aun cuando se trate de un saqueador con las manos manchadas de sangre.

Conan recordó la última y abominable amenaza de Tsotha, y gruñó con furia, porque sabía que no se trataba sólo de una fanfarronada.

Para el hechicero, los seres humanos tenían el mismo valor que un insecto para un naturalista. Pensó en las suaves manos blancas que lo habían acariciado, en los rojos labios que habían besado los suyos, en los blancos y delicados pechos que habían temblado entre sus brazos, y cuya piel blanca como el marfil y rosada como un pétalo fresco había de ser arrancada... De los labios de Conan brotó un alarido furioso, tan aterrador e inhumano que, si alguien lo hubiera escuchado, se habría asombrado con horror de que proviniera de una garganta humana.

Sus propios ecos le produjeron un estremecimiento y le hicieron pensar una vez más en su situación. El rey contempló con temor la oscuridad que lo rodeaba y pensó en las historias que había oído acerca de la crueldad nigromántica de Tsotha. Sintió que un río helado le recorría la espina dorsal, y se dio cuenta de que aquélla debía de ser la Sala de los Horrores de la que hablaba la leyenda. Aquéllos eran los calabozos y los túneles en los que Tsotha llevaba a cabo sus horribles experimentos con seres humanos, experimentos bestiales y demoníacos en los que ponía en juego como un blasfemo los elementos básicos de la vida misma al desnudo. Los rumores decían que el poeta loco Rinaldo había visitado aquellos fosos y que el hechicero le había enseñado los horrores que realizaba, y que las monstruosidades que se mencionaban en su terrible poema *La canción del foso* no eran simples fantasías de una mente enferma. La cabeza del poeta se había convertido en polvo bajo el hacha de Conan la noche en la que el rey peleara por salvar su vida de los asesinos que el vate loco había conducido al palacio, pero las palabras de la siniestra balada todavía resonaban en los oídos del rey mientras se encontraba allí encadenado.

La sola idea de los horrores a los que aludía la balada le helaba la sangre. Le pareció oír un ruido, y todo el cuerpo se le puso en tensión, en actitud alerta. Una mano helada le tocó la espina dorsal. Se trataba del sonido inconfundible de escamas deslizándose suavemente sobre la piedra. Un sudor frío le empapó el rostro cuando vislumbró, más allá del semicírculo de luz, una forma vaga,

enorme y espantosa, que no veía nítidamente. Se acercaba a él balanceándose, y unos ojos amarillos se clavaron en los suyos. Lentamente, la cosa enorme y asquerosa con cabeza en forma de cuña tomó forma ante sus ojos desorbitados; de la oscuridad asomaron unos anillos cubiertos de escamas, y luego divisó el reptil más espantoso que había visto en su vida.

Era una serpiente enorme, de veinte yardas de largo, cuya cabeza era más grande que la de un caballo. Sus escamas brillaban con helado fulgor en la penumbra. Seguramente se trataba de un reptil nacido en la oscuridad, pero sus ojos eran malignos, y veían claramente. Meneó sus gigantescos anillos delante del prisionero, y la enorme cabeza se agitó a unas pulgadas de su cara. Su lengua dentada casi le tocó los labios, y el fétido olor le provocaba náuseas. Los enormes ojos amarillos lanzaban destellos ardientes, y Conan los miró con la expresión de un lobo acorralado. Luchó desesperadamente contra el loco impulso de cogerle el cuello con las manos y destrozarlo. Dado que era mucho más fuerte que un hombre civilizado, le había roto el cuello a una serpiente pitón en una lucha demoníaca en la costa estigia, en su época de corsario. Pero este reptil era venenoso, y tenía enormes colmillos de diez pulgadas de largo, curvos como cimitarras. De éstos chorreaba un líquido incoloro que supo instintivamente que suponía la muerte. Podría romperle el cráneo con los puños, pero sabía que, en cuanto hiciera el menor movimiento, el monstruo lo atacaría con la rapidez del rayo.

No fue por un proceso de razonamiento lógico que Conan se quedó inmóvil, porque la razón podría haberle dicho -dado que estaba condenado de todos modos- que incitara a la serpiente a que lo atacara para acabar de una vez. Fue el ciego y oscuro instinto de preservación el que le hizo permanecer rígido como una estatua de hierro. El enorme reptil se elevaba y la cabeza se hallaba muy por encima de la suya, mientras el monstruo observaba la antorcha. Una gota de veneno le cayó sobre la pierna desnuda, y sintió como si una daga al rojo vivo se le hubiera clavado en la carne. Rojos relámpagos de dolor sacudieron el cerebro de Conan, pero éste



siguió inmóvil; no se le movió un solo músculo, ni pestañeó, a pesar del dolor que le causaba la herida, que le dejó una cicatriz por el resto de sus días.

La serpiente se le acercó, como si hubiera tratado de asegurarse de que la figura que había allí, inmóvil como un muerto, estaba viva. Entonces, súbita e inesperadamente, la puerta exterior sonó con un ruido metálico. La serpiente, como todas las de su especie, se alejó con increíble rapidez a pesar de su tamaño, y desapareció por el corredor.

La puerta se abrió y la reja estaba corrida; se vio una enorme figura oscura recortada contra el resplandor de las antorchas. La figura entró, y, cuando se acercó, Conan vio que se trataba de un negro gigantesco, desnudo, que llevaba una enorme espada en una mano y un manojito de llaves en la otra. El negro hablaba en el dialecto de la costa, y Conan respondió en la misma lengua; la había aprendido en su época de corsario en las costas de Kush.

-Hace mucho que quería encontrarte, Amra -le dijo el negro, llamándolo por el nombre con el que lo conocían los kushitas de su época de pirata... Amra el León.

El esclavo esbozó una sonrisa casi animal, enseñando sus blancos colmillos. Los ojos le brillaban con fulgor rojizo a la luz de las antorchas.

-He arriesgado mucho para venir a verte. ¡Mira! ¡Las llaves de tus grilletes! Se las robé a Shukeli. ¿Qué me darás por ellas? -preguntó, agitando las llaves delante de los ojos de Conan.

-Diez mil monedas de oro -contestó el rey rápidamente, con una esperanza en el corazón.-¡No es suficiente! -repuso el negro gritando, con feroz alegría en su rostro de ébano-. No es suficiente teniendo en cuenta el riesgo que corro. Tsotha es capaz de enviar a sus monstruos para que me devoren, y si Shukeli se da cuenta de que le robé las llaves, me colgará del... bueno, ¿qué me das?

-Quince mil monedas y un palacio en Poitain -ofreció el rey.

El negro lanzó un alarido y se puso a dar saltos de alegría.

-¡Más! -pidió a gritos-. ¡Ofrece más! ¿Qué me darás?

-¡Perro negro! -dijo Conan, con un rojo velo de furia en los ojos-. ¡Si estuviera libre, te rompería el cuello! ¿Acaso Shukeli te envió aquí para que te burlaras de mí?

-Shukeli no sabe nada de esto, hombre blanco -repuso el negro, estirando su grueso cuello para mirar fijamente a Conan a los ojos-. Te conozco desde hace mucho tiempo, cuando yo era el jefe de un pueblo libre, antes de que los estigios me vendieran a esas gentes del norte. ¿No recuerdas el saqueo de Abombi, cuando tus lobos de mar nos atacaron? Tú mataste a un jefe delante del palacio del rey Ajaga, y el otro jefe huyó. Mi hermano fue el que murió, y yo huí. ¡Exijo que pagues con sangre, Amra!

-Si me liberas, te daré tu peso en oro -dijo Conan con un gruñido.

Los ojos centellearon, y los blancos dientes brillaron como los de un lobo a la luz de las antorchas.

-Sí, perro blanco, eres como todos los de tu raza, pero, para un negro, el oro jamás puede sustituir a la sangre. ¡El precio que exijo es... tu cabeza!

El eco de estas últimas palabras, pronunciadas a gritos, resonaron en el calabozo. Conan se puso en tensión, apretando inconscientemente los grilletes con una sensación de repugnancia ante la idea de morir como una oveja. En aquel preciso instante vio una vaga sombra espantosa moviéndose en la oscuridad.

-¡Tsotha jamás lo sabrá! -dijo el negro, riendo como un demonio, demasiado ebrio de triunfo para darse cuenta de lo que estaba ocurriendo a su alrededor, demasiado ciego de odio para notar que la Muerte se balanceaba a sus espaldas-. No entrará en este foso

hasta que los demonios te hayan destrozado los huesos. ¡Tendré tu cabeza, Amra!

El negro separó las piernas, que parecían columnas de ébano, y empuñó su enorme espada con las dos manos. En aquel momento, la gigantesca sombra que había a sus espaldas dio un salto, y la cabeza en forma de cuña golpeó con una fuerza tal que el impacto resonó en los túneles. De la boca del negro no

surgió ni un solo sonido a pesar de que los labios se distendieron de dolor. Conan vio que la vida se escapaba por los grandes ojos negros con la misma rapidez con que se apaga una vela. El enorme cuerpo del negro cayó al suelo, y la cosa lo rodeó con sus brillantes anillos. Poco después, Conan oyó el ruido de huesos rotos. Entonces, algo hizo que su corazón latiera aceleradamente. La espada y las llaves cayeron de las manos del negro y fueron a dar casi a los pies del cimmerico.

Conan trató de agacharse para recogerlas, pero la cadena era demasiado corta. Casi ahogado por los latidos de su corazón, estiró un pie y asió las llaves con los dedos; después levantó el pie y las cogió con la mano, ahogando con dificultad un grito de alegría feroz que asomaba instintivamente a sus labios.

Después de manosear un rato los cerrojos, quedó libre. Recogió la espada del suelo y miró a su alrededor, donde no había más que oscuridad. Conan se dirigió hacia la puerta abierta. Dio unos pasos y se encontró en el umbral. Una risa chillona resonaba en el foso, y la reja volvió a su lugar de un golpe. A través de ésta vio un rostro demoníaco... Shukeli, el eunuco, había seguido el rastro de las llaves que le habían robado. Seguramente no vio la espada que tenía el prisionero en la mano. Conan profirió un juramento y atacó con la rapidez de la cobra; la enorme espada pasó entre los barrotes, y la risa de Shukeli se convirtió en un grito de agonía. El obeso eunuco se inclinó hacia adelante, como haciendo una reverencia a su asesino, y cayó al suelo con las manos regordetas apretando las entrañas que escapaban de su abdomen.

Conan gruñó con salvaje satisfacción, pero seguía prisionero. Las llaves no servirían para abrir el cerrojo, que sólo podía ser accionado desde fuera. Tocó los barrotes y vio que eran duros como la espada; si intentaba cortarlos, sólo conseguiría destrozar su única arma. Pero notó unas marcas dentadas en los barrotes de hierro, como de unos colmillos increíbles, y se preguntó con un estremecimiento qué monstruos terribles habrían intentado forzar aquellos barrotes. Sólo podía hacer una cosa: buscar otra salida. Cogió una antorcha y avanzó por el corredor espada en mano. No vio ningún rastro de la serpiente ni de su víctima, salvo una enorme mancha de sangre en el suelo de piedra.

El cimmerio avanzó sin hacer ruido en la oscuridad, mitigada tan sólo ésta por la luz vacilante de su antorcha. Caminó con cautela, observando cuidadosamente el suelo, para evitar caer en algún pozo. De repente oyó el llanto desgarrador de una mujer. Supuso que se trataría de otra de las víctimas de Tsotha. Maldijo al hechicero una vez más y se volvió hacia un túnel más pequeño y húmedo, siguiendo el sonido que llegaba a sus oídos.

Éste se hizo cada vez más nítido a medida que avanzaba. Levantó la antorcha y vio una silueta en las sombras. Se acercó más y se detuvo de repente, horrorizado, al ver una masa antropomórfica. Parecía un pulpo, pero sus deformes tentáculos eran demasiado cortos, y su cuerpo como una gelatina repugnante. Por encima de la masa gelatinosa asomaba una cabeza similar a la de un sapo, y se quedó petrificado de asco y de horror cuando se dio cuenta de que el llanto provenía de aquellos labios repugnantes. El ruido se convirtió en una risa abominable cuando los enormes ojos del monstruo se posaron en él, y se le acercó moviendo el cuerpo tembloroso.

Conan retrocedió y huyó por el túnel, no confiando en su espada. La cosa podía estar hecha de materia terrenal, pero se estremecía al verla, y dudaba de que un arma humana pudiera hacerle daño. Durante un breve lapso de tiempo oyó que la cosa se agitaba a sus espaldas, y se reía con una risa terrible. La nota inconfundiblemente

humana de su risa lo volvía loco. Era la misma risa que había oído de los gruesos labios de las lascivas mujeres de Shadizar la Maldita, cuando se desnudaba a las muchachas cautivas en la subasta pública. ¿Por medio de qué artes infernales había dado vida Tsotha a aquel ser antinatural? Conan tenía la extraña sensación de estar viendo una blasfemia contra las leyes eternas de la naturaleza.

Corrió en dirección al pasillo principal, pero, antes de llegar a él, cruzó una especie de pequeña habitación cuadrada, en el cruce de dos túneles. Cuando llegó a la habitación, vio que había un pequeño bulto en el suelo; entonces, antes de que pudiera huir, su pie tocó algo blando, y se cayó de bruces al suelo. La antorcha se le escapó de la mano, y se apagó al tocar el suelo de piedra. Conan se levantó, medio aturdido, y tanteó en la oscuridad. Su sentido de la orientación estaba confuso, y se sentía incapaz de decidir en qué dirección estaba el pasillo principal. No buscó la antorcha, puesto que no había forma de volverla a encender. Sus manos dieron con la boca de varios túneles, y eligió uno al azar. Nunca supo durante cuánto tiempo había caminado por el túnel, pero súbitamente sus bárbaros sentidos le advirtieron del peligro, y se detuvo en seco.

Lo invadió una sensación parecida a la que había experimentado, alguna vez, frente a un profundo precipicio en la más absoluta oscuridad. Se acercó a gatas al borde del abismo y rozó

con la mano extendida el contorno de un pozo, en cuyo interior el suelo del túnel parecía sumergirse abruptamente. Las paredes eran viscosas y húmedas al tacto y parecían descender en picado hacia las profundidades. Alargando un brazo en las tinieblas, apenas si logró tocar con la punta de su espada el borde opuesto. Podía cruzarlo de un salto, pero no tenía sentido hacerlo. Se había equivocado de túnel, y la galería principal estaba a sus espaldas.

Mientras estos razonamientos ocupaban su mente, una ligera corriente de aire, un viento indefinido procedente del interior del pozo, le agitó la melena. Trató de convencerse de que aquel pozo conectaba de algún modo con el mundo exterior, pero su instinto le decía que algo antinatural estaba ocurriendo. No se hallaba

simplemente en el seno de una montaña; estaba más abajo aún, muy por debajo de las calles de la ciudad. ¿Cómo era posible, pues, que un viento del exterior se sumergiera en las entrañas de la tierra y soplara después hacia arriba? Una tenue vibración acompañaba a la misteriosa corriente, como el batir de lejanos tambores a lo lejos. El rey de Aquilonia sintió un escalofrío.

Se echó hacia atrás, incorporándose, y, al hacerlo, *algo* emergió de entre las aguas del pozo. Pero Conan ignoraba qué era. No conseguía ver nada en la oscuridad, pero una presencia extraña se hacía sentir con indudable fuerza... una inteligencia invisible e intangible que flotaba malignamente en el ambiente. Dio media vuelta y retrocedió por el mismo camino que había recorrido al venir. A lo lejos se veía un tenue resplandor rojizo, y se dirigió hacia él. Cuando todavía lo creía lejano, chocó de cabeza contra un sólido muro, y allí, a sus pies, halló el origen del resplandor: su propia antorcha, con la llama extinguida y un rescoldo rojizo en el extremo. Levantándola con cuidado del suelo, sopló, y la llama brotó de nuevo. Un suspiro de alivio escapó de sus labios. Se hallaba otra vez en la estancia en la que los túneles se cruzaban, y volvía a orientarse. Después de localizar el túnel por el que se había dirigido al pasadizo principal, se encaminó hacia allí y, al hacerlo, la llama osciló violentamente, como si unos labios invisibles hubieran soplado sobre ella. Sintió de nuevo una presencia y levantó la antorcha para iluminar toda la estancia. No vio nada, y sin embargo percibió que algo invisible e incorpóreo flotaba en el aire, deslizándose como una babosa y murmurando atrocidades que, aunque inaudibles, él percibía de forma instintiva. Agitó la espada con furia y sintió como si hubiera estado rasgando telarañas. Un gélido horror invadió sus sentidos y huyó del túnel, mientras sentía un aliento fétido y caliente en su espalda desnuda. Al adentrarse en el pasadizo principal ya no percibió presencia alguna fuera visible o invisible. Esperaba verse atacado en cualquier momento por seres diabólicos que emergieran de la oscuridad, con poderosas garras y afilados colmillos. En los túneles no reinaba el silencio. De las entrañas de la tierra partían en todas las direcciones sonidos que parecían provenir de un mundo de locos. Se oían risitas maliciosas,

chillidos de demoníaco regocijo, aullidos escalofriantes y, en una ocasión, la inconfundible carcajada de una hiena que degeneraba en una sarta de palabrotas y blasfemias. Oyó pasos furtivos y, en las entradas de los túneles, percibió fugazmente el ir y venir de siluetas indefinidas, monstruosas e informes.

Era como si hubiera descendido al infierno... a un infierno producto de la mente de Tsotha-lanti. Pero aquellos seres indefinidos no entraron en el pasadizo principal, aunque Conan percibiera con toda claridad el ávido succionar de unos labios babeantes y el fulgor de unos ojos hambrientos. Y enseguida supo a quién pertenecían. El sonido de algo que se deslizaba a sus espaldas lo dejó petrificado, y se adentró de un salto en las tinieblas de un túnel lateral, apagando al mismo tiempo la antorcha. Más allá, en la galería, oyó a la gran serpiente, que se arrastraba con pesadez a causa de su reciente y horripilante festín. Muy cerca de él escuchó el lloriqueo de algo que huía atemorizado entre las sombras. Era evidente que la galería principal constituía el dominio de caza de la enorme serpiente, y que los demás monstruos respetaban su terreno.

Para Conan, la serpiente era un horror menor comparado con el resto de los horrores que lo acechaban; casi sintió un asomo de simpatía al recordar a la cosa chorreante y viscosa que había emergido del pozo. Al menos era algo terrenal; era la muerte reptante, pero sólo amenazaba con la extinción física, y no psíquica y espiritual, como los otros horrores.

Una vez que el monstruo hubo atravesado la galería, el cimmerico prosiguió su camino a lo que consideraba una distancia segura, soplando a la antorcha para que la llama se reavivara. Apenas hubo recorrido un trecho, escuchó un gemido casi inaudible que parecía emanar de la negra boca de un túnel cercano. Aunque los instintos le indicaban precaución, su curiosidad hizo que se dirigiera hacia el túnel, manteniendo en alto la antorcha, que ya no era más que un pequeño tocón. Estaba preparado para enfrentarse a cualquier cosa, pero la escena que apareció ante sus ojos le dejó boquiabierto.

Ante él se extendía una amplia estancia, uno de cuyos extremos se había convertido en jaula mediante una serie de barrotes que, a escasa distancia entre sí y sujetos entre el suelo y el techo, se hallaban firmemente afianzados en el suelo de piedra. En su interior yacía una figura y Conan pudo ver, a medida que se iba acercando, que se trataba de un hombre -o de la exacta réplica de un hombre- atado con los zarcillos de una densa parra que parecía brotar de la sólida piedra del suelo. Sus ramas estaban recubiertas de hojas extrañamente puntiagudas, y de una profusión de capullos de color carmesí... no el resplandeciente rojo de los pétalos naturales, sino un color carmesí lívido y antinatural, una especie de perversión del mundo vegetal. Sus retorcidas ramas se enroscaban en torno al cuerpo desnudo y los miembros del hombre, como abrazando y cubriendo de ávidos besos su entumecida carne. Un gran capullo le cubría la boca. De sus labios entreabiertos surgió un gemido natural y animal; la cabeza se agitaba como presa de un dolor insoportable, y los ojos miraban fijamente a Conan. Pero no había señales de inteligencia en ellos; su mirada era vidriosa y vacía como la de un idiota.

Repentinamente, el capullo carmesí se abrió y sus pétalos se aplastaron contra los doloridos labios del hombre. Las extremidades del infeliz se retorcieron de angustia; los zarcillos de la planta temblaban como en éxtasis, vibrando en toda su extensión. Ondas de cambiantes matices hacían que su color se tornara más oscuro, más maligno.

Conan no comprendía el espectáculo que se ofrecía ante sus ojos, pero sabía que contemplaba un horror de alguna clase. Hombre o demonio, el sufrimiento del cautivo conmovió a su impulsivo corazón. Buscó la forma de entrar y encontró una puertecilla entre los barrotes, cerrada con un pesado candado. La abrió con una de las llaves que llevaba y entró en la jaula. En aquel momento los pétalos de los lívidos capullos se extendieron cual cabeza de cobra, los zarcillos se contrajeron amenazadoramente y la planta entera se agitó y trepó hacia él. No se trataba del ciego crecimiento de la vegetación natural. Conan percibió una inteligencia perversa y



misteriosa; la planta podía verlo y su odio se sentía como si hubiera emanado en ondas casi tangibles. Aproximándose con cautela, apuntó hacia las raíces de la planta: un tallo repulsivamente flexible y más grueso que su propio muslo. Mientras los largos zarcillos se arqueaban hacia él con un murmullo de hojas, Conan blandió la espada y de un solo tajo cortó el tallo. Al instante, el infeliz se vio violentamente lanzado hacia un lado, mientras la gran parra se agitaba y enmarañaba como una serpiente a la que se hubiera cortado la cabeza, rodando hasta convertirse en una bola informe. Los zarcillos se debatían y retorcían con violencia, las hojas vibraban y repiqueteaban como castañuelas, y los pétalos se abrían y cerraban convulsivamente; finalmente, las ramas se extendieron flácidas y los vividos colores empalidecieron y se tornaron opacos, mientras un líquido blanco y maloliente rezumaba del tallo cercenado.

Conan contemplaba fascinado el espectáculo, cuando de pronto un ruido a sus espaldas lo hizo volverse en redondo con la espada en alto. El hombre recién liberado se hallaba en pie, observándolo. Conan lo miró estupefacto. Sus ojos no parecían ya meras cuencas vacías y sin expresión en un rostro agotado. Oscuros y meditabundos, resplandecían de vida e inteligencia, y la expresión de imbecilidad había desaparecido de su cara como si de una máscara se tratara. Tenía la cabeza estrecha y bien formada, y la frente alta y majestuosa. El porte del hombre era aristocrático, lo que se hacía evidente tanto en su figura espigada y esbelta como en sus manos y pies de reducido tamaño. Las primeras palabras que dijo fueron raras y sorprendentes.

-¿En qué año estamos? -preguntó, hablando en kothio.

-Hoy es el décimo día del mes Yuluk, del año de la Gacela

-respondió Conan.

-¡Yagkoolan Ishtar! -musitó el extranjero-. ¡Diez años! -Se pasó la mano por la frente y sacudió la cabeza, como para librar su cerebro de telarañas-. Todavía lo veo todo confuso. Tras un vacío de diez

años, no se puede esperar que la mente comience a funcionar de inmediato con claridad. ¿Quién eres?

-Conan, en un tiempo de Cimmeria y hoy rey de Aquilonia. Los ojos del otro denotaron sorpresa.

-¿Hablas en serio? ¿Y Numedides?

-Lo estrangulé en su propio trono la noche en que tomé la ciudad real -replicó Conan.

Una cierta ingenuidad en la respuesta del rey hizo que los labios del extraño se crisparan.

-Perdón, Majestad. Tendría que haberte agradecido el servicio que me has prestado. Soy como un hombre que despierta de pronto de un sueño más profundo que la muerte, y lleno de pesadillas más terribles que el mismo Infierno; pero sé que me liberaste. Dime, ¿por qué cortaste el tallo de la planta Yothga en lugar de arrancarla de raíz?

-Porque aprendí hace tiempo a evitar el contacto de mi carne con aquello que mis sentidos no comprendieran -contestó el cimmerico.

-Has hecho bien -añadió el extranjero-. Si hubieras conseguido arrancarla, habrías encontrado aferradas a sus raíces cosas que ni siquiera tu espada hubiera logrado vencer. Las raíces de Yothga brotan del mismísimo Infierno.

-Pero ¿quién eres tú? -preguntó Conan.

-La gente me llamaba Pelias.

-¡Cómo! -gritó el rey-. ¿Pelias el brujo, el rival de Tsotha-lanti, que desapareció de la tierra hace diez años?

-No exactamente de la tierra -replicó Pelias con irónica sonrisa-. Tsotha prefirió mantenerme vivo, con grilletes más seguros que el hierro herrumbroso. Me encerró aquí junto con esta planta diabólica,

cuyas semillas viajaron por el negro cosmos de Yag el Maldito para no encontrar más terreno fértil que la corrupción infestada de gusanos de los suelos del Infierno.

»No lograba recordar mi magia ni las palabras y símbolos de mi poder, pues esa maldita cosa me abrazaba y sorbía mi espíritu con sus repugnantes caricias. Succionaba el contenido de mi mente día y noche, dejando mi cerebro tan vacío como una jarra de vino rota. ¡Diez años! ¡Que Ishtar nos ampare!

Conan no supo qué responder y siguió aferrando el tocón de la antorcha, con la espada baja. Era evidente que el hombre estaba loco, y sin embargo no había rastros de locura en los extraños ojos oscuros que se posaban tan sosegadamente sobre él.

-Dime, ¿está el brujo negro en Khorshemish? Pero no, no necesitas responder. Mis poderes comienzan a despertar de su letargo y percibo en tu mente una gran batalla y un rey atrapado a traición. Y veo a Tsotha-lanti cabalgando sin descanso hacia el Tibor con Strabonus y el rey de Ofir. Mejor. Mis artes están recién despiertas, demasiado frágiles todavía para enfrentarse tan pronto a Tsotha. Necesito tiempo para recobrar fuerzas y volver a emplear mis poderes. Salgamos de este infierno.

Conan hizo sonar su manojito de llaves con desaliento.

-La reja de la puerta exterior está cerrada con un cerrojo que sólo puede ser accionado desde fuera. ¿Sabes si hay alguna otra salida en estos túneles?

-Sólo una que ninguno de los dos osaríamos usar, al ver que conduce hacia abajo y no hacia arriba -dijo Pelias, riendo-. Pero no importa. Vayamos a ver esa reja.

Se dirigió hacia la galería con los pasos inseguros de quien no ha utilizado las piernas durante mucho tiempo, pero poco a poco sus extremidades fueron recobrando firmeza. Caminando tras él, Conan dijo inquieto:

-Hay una maldita y gigantesca serpiente arrastrándose por este túnel. Andémonos con cuidado, no sea que nos metamos en su mismísima boca.

-La recuerdo muy bien -respondió Pelias con tristeza-, sobre todo teniendo en cuenta que fui obligado a contemplar cómo engullía a diez de mis acólitos, que le fueron servidos como festín. Es Satha, la Vieja, el animal favorito de Tsotha.

-¿Excavó estos abismos Tsotha sin otro fin que el de albergar a sus malditos monstruos? -preguntó Conan.

-No los excavó él. Cuando la ciudad fue fundada, hace tres mil años, ya existían en esta montaña y en su entorno las ruinas de una ciudad antigua. El rey Khossus V, su fundador, edificó su palacio en la montaña, y al construir las bodegas y los sótanos llegó hasta una puerta tapiada. Después de derribarla, descubrió estos pasadizos, que eran tal y como los vemos ahora. Pero su gran visir halló un final tan terrible en ellos que Khossus, presa de temor, mandó cerrar la entrada de nuevo. Dijo que el visir había caído en un pozo, pero hizo rellenar las bodegas, y más tarde él mismo abandonó el palacio. Construyó otro en las afueras de la ciudad, que también abandonó aterrado al descubrir una mañana un moho negro esparcido por el suelo de mármol de sus aposentos.

-Después partió con toda su corte a la parte oriental del reino y ordenó levantar una nueva ciudad. El palacio de la montaña dejó de ser utilizado y pronto quedó convertido en ruinas. Cuando Akkuto I restableció las glorias perdidas de Khorshemish, edificó una fortaleza aquí. A Tsotha-lanti le fue encomendada la tarea de construir la ciudadela escarlata y abrir otra vez el camino hacia esos pasadizos. Cualquiera que fuese el destino del gran visir de Khossus, Tsotha lo evitó para sí. No cayó a ningún pozo, aunque sí descendió a uno, del que salió con una extraña expresión en los ojos que nunca lo abandonó.

»Yo he visto ese pozo, pero nunca he tratado de buscar la sabiduría que alberga. Soy brujo, y más viejo de lo que los hombres pudieran

pensar, pero también soy humano. En lo que respecta a Tsotha, se dice que una bailarina de Shadizar durmió demasiado cerca de las ruinas prehumanas de la montaña de Dagoth y que despertó entre los brazos de un demonio negro; de aquella unión impía nació un maldito híbrido al que los hombres llaman Tsotha-lanti.

De repente, Conan gritó y se echó hacia atrás, tirando de su compañero. Ante ellos se alzaba la silueta blanca y resplandeciente de Satha, y sus ojos refulgían con un odio eterno. Conan tensó todo el cuerpo para intentar un ataque desesperado... arrojar el ardiente leño contra aquel rostro diabólico y asestarle un certero mandoble con la espada. Pero la serpiente no lo miraba. Por encima de su hombro parecía contemplar al hombre llamado Pelias, que permanecía con los brazos cruzados, sonriendo. Y en los enormes ojos de la bestia, fríos y amarillos, el odio fue dejando paso paulatinamente a un intenso pavor... fue la única vez en su vida que Conan vio aquella expresión en los ojos de un reptil. Dejando tras de sí un remolino como el producido por un fuerte vendaval, la gran serpiente desapareció.

-¿Qué vio para asustarse tanto? -preguntó Conan, mirando a su compañero con desasosiego.

-Los seres con escamas ven cosas que escapan a los ojos de los mortales -respondió Pelias enigmáticamente-. Tú ves mi disfraz carnal, pero ella vio mi alma desnuda.

Un escalofrío recorrió la espalda de Conan y se preguntó si, después de todo, Pelias sería un hombre o simplemente otro demonio de los abismos con máscara humana. Se planteó la conveniencia de traspasar con la espada el cuerpo de su compañero sin mayor vacilación. Pero mientras lo pensaba, llegaron a la reja de hierro, que destacaba contra el resplandor de las antorchas que había al otro lado. El cuerpo de Shukeli permanecía todavía desplomado contra los barrotes y cubierto de sangre de color carmesí.

Pelias rió y Conan escuchó su risotada con desagrado.

-¡Por las caderas marfileñas de Ishtar! ¿Quién es nuestro portero?  
¡Ni más ni menos que el mismísimo Shukeli, el noble Shukeli, que  
colgó a mis hombres por los pies y les arrancó la piel a tiras  
mientras soltaba grandes carcajadas! ¿Estás dormido, Shukeli?  
¿Por qué estás tan tieso? ¿Y por qué tu grasienta barriga está  
abierta en canal como la de un cerdo adobado?

-Está muerto -musitó Conan, inquieto al escuchar tan crueles  
palabras.

-Vivo o muerto -rió Pelias-, nos abrirá la puerta. -Y dando una  
vigorosa palmada con las manos, gritó-: ¡Levántate, Shukeli! ¡Sal del  
infierno y levántate del suelo sanguinolento! ¡Abre la puerta a tus  
amos! ¡Levántate, te digo!

Un espantoso gemido resonó en los túneles. Conan sintió que el  
cuerpo se le cubría de frío sudor y los cabellos se le erizaban de  
pánico. El cuerpo de Shukeli comenzó a moverse lentamente,  
extendiendo sus gruesas manos en un gesto infantil. La despiadada  
risa de Pelias cortaba el aire como un hacha de sílex, mientras el  
cuerpo del eunuco trataba de enderezarse aferrándose a los  
barrotes de la reja. Conan observó como su sangre se volvía hielo, y  
la médula de sus huesos, agua; los ojos desorbitados de Shukeli  
estaban vidriosos y vacíos, y del gran boquete de su panza las  
entrañas le colgaban flácidas hasta el suelo. Los pies del eunuco  
se enredaban en sus propias tripas mientras hurgaba en el candado,  
moviéndose como un autómata. Cuando el cadáver comenzaba a  
moverse, Conan había pensado que, debido a algún azar  
imprevisto, el hombre estaba vivo. Pero no era así. Estaba muerto...  
y lo había estado durante muchas horas.

Pelias atravesó tranquilamente la puerta abierta, y el cimmerio se  
lanzó precipitadamente tras él, sudando a mares y huyendo de  
aquella horrible figura que se apoyaba tambaleante contra la verja  
que mantenía abierta. El brujo pasó sin volver la vista y Conan lo  
siguió, presa de horror y de náusea. No habría andado ni una  
docena de pasos cuando un golpe sordo lo hizo volverse en  
redondo. El cadáver de Shukeli yacía inmóvil a los pies de la reja.

-Ya ha cumplido su cometido y el Infierno se lo lleva de nuevo - señaló Pelias satisfecho, simulando no notar el estremecimiento que sacudía el poderoso cuerpo de Conan.

Lo condujo escaleras arriba, a través de la puerta de bronce adornada con la calavera que coronaba la escalinata. Conan aferraba la espada, esperando la aparición de un tropel de esclavos, pero el silencio reinaba en la ciudadela. Atravesaron el negro corredor y llegaron a la galería que los incensarios perfumaban con su perenne incienso. Seguían sin ver a nadie.

Los esclavos y los soldados se alojan en la otra parte de la ciudadela -dijo Pelias-. Esta noche, con su señor ausente, se habrán emborrachado con vino o con zumo de loto.

Conan miró por una ventana en forma de arco y antepecho dorado que se abría sobre una enorme terraza, y gritó un juramento de sorpresa al ver el oscuro azul del cielo salpicado de estrellas. Acababa de salir el sol cuando fue arrojado a las entrañas de la tierra, y se encontraba en aquel momento con que había pasado la medianoche. No se había percatado del tiempo que había permanecido bajo tierra. De pronto, sintió sed y un hambre feroz. Pelias lo condujo a una habitación de cúpula dorada y suelo de plata, cuyas paredes de lapislázuli estaban llenas de puertas.

Con un suspiro de satisfacción, el brujo se desplomó sobre un diván de seda.

-Sedas y oro de nuevo -dijo con un suspiro-. Tsotha pretende estar más allá de los placeres de la carne, pero es medio diablo. Yo soy humano, a pesar de mis negras artes. Me gusta la comodidad y el buen vino... y de ello se valió Tsotha para atraparme. Me sorprendió indefenso a causa de la bebida. El vino es una maldición... ¡Por el pecho de marfil de Ishtar! ¡Mientras yo hablo de él, resulta que el traidor está aquí! Amigo, sírveme un trago... ¡espera! Olvidaba que eres un rey. Yo lo serviré.

-¡Al diablo! -gruñó Conan, llenando una copa de cristal y alargándosela a Pelias; después, levantando la jarra en alto, se echó un buen trago a la boca, remedando el suspiro de satisfacción del otro.

-El perro sabe lo que es un buen vino -dijo Conan, limpiándose la boca con el reverso de la mano-. Pero, ¡por Crom, Pelias! ¿Es que nos vamos a quedar aquí sentados hasta que los soldados despierten y nos corten el pescuezo?

-No temas -respondió Pelias-. ¿Quieres saber qué ha sido de Strabonus?

Un destello azul ardió en los ojos de Conan, y el cimmerico apretó la empuñadura de su espada con tanta fuerza que sus nudillos palidieron.

-¡Qué ganas tengo de vérmelas con él! -musitó. Sobre una mesa de ébano había un globo de cristal, grande y resplandeciente. Pelias lo cogió.

-El cristal de Tsotha. Un juguete para niños, pero útil cuando no hay tiempo para ciencias mayores. Mira en él, Majestad.

Lo depositó sobre la mesa, ante los ojos de Conan. El rey vio abismos envueltos en nubes que se hacían cada vez más profundos y extensos. Lentamente, las nubes y la bruma se fueron disipando para dejar paso a un paisaje familiar. Se veían grandes llanuras que acababan en un río ancho y tortuoso, tras el cual el llano se transformaba en una cordillera de montañas de poca altura. En la orilla septentrional del río se alzaba una ciudad amurallada, protegida por un foso que desembocaba en ambos extremos del río.

-¡Por Crom! -exclamó el cimmerico-. ¡Es Shamar! ¡Esos perros la han sitiado!

Los invasores habían cruzado el río y su campamento se distinguía en la angosta llanura que separaba las montañas de la ciudad. Sus



guerreros pululaban en torno a las murallas, y la luna arrancaba pálidos destellos a sus cotas de malla. De las torres llovían flechas y piedras; los soldados retrocedían una y otra vez, y luego volvían a avanzar. Conan profirió un juramento, y en ese preciso instante la escena cambió. Entre la niebla aparecían los altos minaretes y las doradas cúpulas de la ciudad de Tarantia, donde reinaba la confusión. Vio a los caballeros de Poitain vestidos con armaduras, sus más leales partidarios, a quienes había dejado a cargo de la ciudad. Estaban atravesando la puerta en sus monturas, abucheados e insultados por la multitud que se agolpaba en las calles. Vio saqueos y peleas, hombres de armas con la insignia de Pellia en el escudo que dominaban las torres y se paseaban por los mercados. Y por encima de todo, como un cuadro fantasmagórico, contempló el rostro oscuro y triunfante del príncipe Arpello de Pellia. Luego las imágenes se desvanecieron.

-¡Maldita sea! -exclamó Conan-. ¡Mi pueblo se vuelve contra mí en cuanto me doy la vuelta...!

-No exactamente -replicó Pelias-. Han oído que has muerto. Creen que nadie los puede proteger de los enemigos de fuera ni de la guerra civil. Naturalmente, recurren al noble más poderoso para evitar los horrores de la anarquía. No se fían de los hombres de Poitain, pues se acuerdan de otras guerras. Y Arpello está a mano, además de ser el príncipe más poderoso del reino central.

-Cuando yo regrese a Aquilonia no será más que un cadáver decapitado, que se pudrirá en el Campo del Traidor -dijo Conan, haciendo rechinar los dientes.

-Pero antes de que logres llegar a la capital -recordó Pelias-, tal vez lo haya hecho ya Strabonus. O al menos sus jinetes habrán devastado tu reino.

-¡Cierto! -Conan recorría la estancia a grandes pasos, como un león enjaulado-. Aun con el caballo más rápido, no podría llegar a Shamar antes del mediodía. Y, una vez allí, no podría hacer más que morir junto a mi pueblo cuando la ciudad caiga, lo que ocurrirá

en un par de días como mucho. De Shamar a Tarantia hay cinco jornadas a caballo, aunque se mate a los corceles de agotamiento por el camino. Antes de que pudiera llegar a la capital y reunir un ejército, Strabonus estaría derribando sus puertas. Formar un ejército va a ser un auténtico infierno... al oír el rumor de mi muerte, mis malditos nobles se habrán ido a sus condenados feudos. Y puesto que la gente ha expulsado a Trocero de Poitain, no hay nadie que pueda contener las ansias de Arpello de apoderarse de la corona... y del tesoro de la corona. Dejará el reino en manos de Strabonus a cambio de un trono de títere, y en cuanto Strabonus se dé la vuelta, tramará una conspiración. Pero los nobles no lo apoyarán, y Strabonus tendrá

una excusa para anexionarse el reino sin más explicaciones. ¡Por Crom, Ymir y Set! ¡Si tuviera alas para volar como un relámpago a Tarantia...!

Pelias, que permanecía sentado, tamborileando con los dedos, la mesa de jade, se quedó de pronto en suspenso y se levantó como guiado por un propósito determinado, al tiempo que instaba a Conan a seguirlo. El rey obedeció, sumido en melancólicos pensamientos, y el brujo lo llevó fuera de la estancia por unas escaleras de mármol y oro que conducían al pináculo de la ciudadela, a su torre más elevada. Era de noche, y un fuerte viento soplaba por el cielo cubierto de estrellas, agitando los negros cabellos del cimmerico. A lo lejos brillaban las luces de Khorshemish, aparentemente más remotas que las mismas estrellas. Pelias se mostraba ensimismado y reservado, en comunión con la grandeza fría e inhumana de los astros.

-Hay criaturas -dijo Pelias- no sólo en la tierra y en los mares, sino también en el aire y en los confines de cielo, seres que habitan apartados de la tierra e ignorados por los hombres. Sin embargo, para aquel que se atiene a las palabras del Señor y a los Signos y al Conocimiento que subyacen en ellas, no son malignos ni inaccesibles. Observa y no temas.

Alzó las manos hacia el cielo y profirió una larga y misteriosa llamada, que pareció reverberar inacabablemente en el espacio, y luego disminuyó de intensidad y se desvaneció, pero sin llegar a morir del todo, como si hubiera ido a alojarse cada vez más lejos en algún punto inimaginable del cosmos. En el silencio que siguió, Conan escuchó un repentino batir de alas sobre su cabeza, y retrocedió asustado cuando una criatura parecida a un murciélago se posó junto a él. Pudo ver como sus grandes y tranquilos ojos lo contemplaban a la luz de las estrellas. Las descomunales alas debían de medir unas diez yardas. Pero vio que no era un pájaro ni un murciélago.

-Monta, y parte -dijo Pelias-. Al amanecer estarás en Tarantia.

-¡Por Crom! -exclamó Conan-. ¿Será todo esto una pesadilla de la que despertaré en mi palacio de Tarantia? ¿Y qué será de ti? No puedo abandonarte a tu suerte entre tantos enemigos.

-No te preocupes por mí -respondió Pelias-. Cuando llegue el alba, las gentes de Khorshemish sabrán que tienen un nuevo señor. No vaciles en aprovechar lo que los dioses te han enviado. Volveremos a vernos en la llanura de Shamar.

Lleno de dudas, Conan trepó al rugoso lomo del animal y se aferró a su arqueado cuello, todavía convencido de estar inmerso en una pesadilla fantástica. Con gran estrépito de sus titánicas alas, la criatura se elevó por los aires y el rey sintió vértigo al contemplar a sus pies las luces de la ciudad.

4

«La misma espada que acaba con el rey corta las ataduras del imperio.»

*Proverbio aquilonio*

Las calles de Tarantia bullían con la muchedumbre que aullaba, y agitaba airada los puños y las picas oxidadas. Faltaba poco para que amaneciera en el segundo día después de la batalla de Shamar, y los acontecimientos se habían producido con tanta precipitación que confundían el entendimiento. Por medios que sólo Tsotha-lanti conocía, la noticia de la muerte del rey había llegado a Tarantia seis horas después de la batalla. El resultado fue el caos. Los barones abandonaron la capital del reino a todo galope para reforzar la defensa de sus castillos contra los atacantes. El fuerte reino que había creado Conan parecía tambalearse al borde de la disolución, y los plebeyos y comerciantes temblaban ante la inminencia del regreso del régimen feudal. El pueblo pedía a gritos un rey que los protegiera tanto de su propia aristocracia como de los enemigos externos. El conde Trocero, a quien Conan había dejado al mando de la ciudad, trataba de infundirles confianza, pero su miedo irracional les hacía recordar las antiguas guerras civiles y cómo aquel mismo conde había sitiado Tarantia quince años antes. Por las calles se gritaba que Trocero había traicionado al rey y que planeaba saquear la ciudad. Los mercenarios comenzaron a despojar las viviendas, llevándose por delante a mercaderes gritones y mujeres aterradas.

Trocero eliminó a los saqueadores, esparció sus cadáveres por las calles, los hizo regresar a su cuartel y arrestó a sus jefes. Aun así, la gente seguía juzgando con precipitación, y gritaba insensatamente que el conde había provocado los disturbios en beneficio propio.

El príncipe Arpello compareció ante el confundido consejo y anunció que estaba dispuesto a hacerse cargo del gobierno de la ciudad hasta que se decidiera quién iba a ser el nuevo rey. Conan no tenía ningún hijo. Mientras debatían, sus agentes influyeron con sutileza en el pueblo, que se aferraba a cualquier jirón de realeza. El consejo escuchó la tormenta que había fuera del palacio, donde la multitud rugía, aclamando a Arpello el Salvador. Y se rindió.

Al principio Trocero se negó a acatar la orden de entregar el mando, pero el pueblo se le echó encima, silbando y aullando, y lanzando piedras e inmundicias a sus caballeros. Viendo la inutilidad de una batalla campal con los defensores de Arpello en aquellas condiciones, Trocero le arrojó el cetro a la cara a su rival, colgó a los jefes de los mercenarios en la plaza como último acto oficial y salió a caballo de la ciudad por la puerta sur, al frente de sus mil quinientos caballeros armados. Al cerrarse estrepitosamente las puertas a sus espaldas, la suave máscara de Arpello cayó, revelando el siniestro semblante de un lobo hambriento.

Al estar los mercenarios descuartizados o escondidos en sus barracones, los suyos eran los únicos soldados de Tarantia. Montado sobre su caballo de batalla en medio de la gran plaza, Arpello se proclamó a sí mismo rey de Aquilonia entre el clamor de la engañada multitud.

El canciller Publius, que se había opuesto al cambio, fue arrojado a la prisión. Los comerciantes, que habían saludado con alivio la proclamación de un rey, se quedaron consternados al ver que la primera acción del monarca era exigirles un tributo abusivo. Seis comerciantes, enviados en delegación de protesta, fueron apresados y decapitados sin ceremonias. A esta ejecución siguió un perplejo silencio. Los comerciantes, como suele ser su costumbre al enfrentarse a un poder al que no pueden controlar con dinero, cayeron postrados sobre sus gordas barrigas y le lamieron las botas al opresor.

El pueblo llano se desentendió del destino de los comerciantes, pero empezaron a murmurar cuando descubrieron que la soldadesca peliana, bajo la excusa de mantener el orden, era tan perversa como los bandidos turanios. Llovieron las quejas por extorsión, asesinato y pillaje sobre Arpello, que había instalado su residencia en el palacio de Publius, porque los desesperados consejeros, condenados por orden suya, defendían el palacio real contra los soldados. Había tomado posesión del palacio del placer, y las chicas de Conan fueron arrastradas hasta su morada. La gente murmuró al ver a las

bellezas reales retorciéndose en las brutales manos de sus secuestradores con armaduras de hierro: las damiselas de ojos oscuros de Poitain, las esbeltas muchachas de negros cabellos de Zamora, de Zingara y de Hirkania, las brithunias de sus cabellos rubios, todas lloraban de espanto y de vergüenza, porque no estaban habituadas a la brutalidad.

La noche cayó sobre la ciudad perpleja y turbulenta, y antes de que llegara la medianoche se extendió misteriosamente por las calles la noticia de que los kothios habían vencido y estaban golpeando los muros de Shamar. Alguien del misterioso servicio secreto de Tsotha se había ido de la lengua. El miedo sacudió a la gente como un terremoto, y ni siquiera se pararon a pensar en la brujería que había hecho posible que las noticias se hubieran transmitido tan velozmente. Se precipitaron ante las puertas de Arpello, exigiéndole que marchara hacia el sur e hiciera retroceder al enemigo hasta el otro lado del Tibor. Él podría haber señalado sutilmente que no tenía fuerzas suficientes, y que no podría formar un ejército hasta que los barones reconocieran como justa su coronación. Pero estaba ebrio de poder y se les rió a la cara.

Un joven estudiante llamado Athemides se subió a un pedestal en la plaza, y acusó a Arpello de ser un instrumento de Strabonus, pintando un vivido retrato de cómo sería la vida bajo el mandato kothio con Arpello como sátrapa. Antes de que concluyera, la muchedumbre aullaba ya de temor y gruñía de rabia. Arpello envió a sus soldados para que arrestaran al joven, pero la gente le avisó y huyeron con él, rechazando a sus perseguidores con piedras y con gatos muertos. Un aluvión de flechas acabó con el tumulto, y una carga de jinetes sembró la plaza de cadáveres, pero Athemides salió subrepticamente de la ciudad para rogar a Trocero que volviera a tomar Tarantia y viniera en ayuda de Shamar.

Athemides encontró a Trocero cuando éste levantaba el campamento fuera de los muros de la ciudad, listo para marchar hacia Poitain, en el lejano extremo suroeste del reino. A los insistentes ruegos del joven respondió que no tenía la fuerza

necesaria para tomar Tarantia por asalto, ni siquiera contando con la ayuda de la muchedumbre que había en su interior, ni la suficiente para enfrentarse a Strabonus. Además, los avariciosos nobles saquearían Poitain a sus espaldas mientras peleaba contra los kothios. Muerto el rey, cada hombre debía proteger lo suyo. Cabalgaba hacia Poitain para defenderse lo mejor posible de Arpello y de sus aliados extranjeros.

Mientras Athemides negociaba con Trocero, la muchedumbre recorría la ciudad con furia desesperanzada. El pueblo se arremolinaba bajo la gran torre que había junto al palacio real, voceando su odio hacia Arpello, que permanecía en las almenas y se reía de ellos mientras sus arqueros se colocaban tras los parapetos, las ballestas a punto.

El príncipe de Pellia era un hombre fornido de estatura mediana, y el rostro severo y sombrío. Era una intrigante, pero también un luchador. Bajo su jubón de seda y sus faldones con adornos metálicos, y las mangas con encajes, brillaba el acero bruñido. Su largo cabello negro era rizado; lo llevaba perfumado y sujeto por la parte de atrás con una tira de tela de hilos de plata, pero de su cadera colgaba una enorme espada, cuya empuñadura de pedrería estaba desgastada ya a causa de las batallas y campañas.

-¡Idiotas! ¡Aullad cuanto queráis! ¡Conan está muerto y Arpello es el rey!

¿Qué más daba si toda Aquilonia se unía en contra de él? Tenía suficientes hombres para defender los poderosos muros hasta que llegara Strabonus. Pero Aquilonia estaba dividida en contra de sí misma. Los barones peleaban uno contra otro para apoderarse de los tesoros de sus vecinos. Arpello sólo tenía que vérselas con la desvalida muchedumbre. Strabonus se abriría camino entre las débiles posiciones de los barones en guerra como el espolón de una galera entre la espuma, y, hasta su llegada, lo único que tenía que defender y conservar en su poder era la capital del reino.

-¡Idiotas! ¡Arpello es el rey!

El sol se elevaba por encima de las torres del este. En el cielo de color carmesí apareció una minúscula mancha voladora que creció hasta adquirir el tamaño de un murciélago, y luego el de un águila. A continuación todos los que lo vieron profirieron gritos se asombro, ya que por encima de las murallas de Tarantia descendió precipitadamente una figura que los hombres sólo conocían a través de leyendas semiolvidadas, y de sus alas titánicas saltó una figura humana, mientras el animal graznaba al pasar por encima de la gran torre. Luego, con un batir atronador de alas se marchó, y la gente parpadeaba, pensando que estaban soñando. Pero en las almenas se veía un hombre de aspecto bárbaro, semidesnudo y manchado de sangre, que blandía una gran espada. Y de la multitud se elevó un rugido que hizo tambalearse a las mismísimas torres:

-¡El rey! ¡Es el rey!

Arpello estaba totalmente pasmado; luego, con un grito, desenvainó la espada y saltó hacia Conan. Con un rugido leonino, el cimmerico paró el golpe de la sibilante hoja y, dejando caer su propia espada, aferró al príncipe y lo alzó por encima de su cabeza, sosteniéndolo por el cuello y las piernas.

-¡Llévate tus conspiraciones al infierno! -rugió, y lanzó lejos al príncipe de Pellia, como si hubiera sido un saco de sal, dejándolo caer desde una distancia de cuarenta yardas.

La gente retrocedió mientras el cuerpo se precipitaba en el vacío y se estrellaba en el pavimento de mármol, salpicando sangre y sesos, y quedaba allí aplastado con la armadura hecha añicos, como un escarabajo pisoteado.

Los arqueros de la torre se acobardaron y perdieron la sangre fría. Huyeron, y los consejeros sitiados salieron del palacio y los despedazaron con alegre desenfreno. Los caballeros y los hombres de armas pellos intentaron ponerse a salvo en las calles, y la multitud los descuartizó. La lucha invadía la ciudad, los cascos emplumados y las viseras de acero se sacudían violentamente entre las desordenadas cabezas y luego desaparecían; las espadas se



debatían frenéticamente en un ondulante bosque de picas, y por encima de todo ello se elevaba el rugido de la muchedumbre, y se mezclaban los gritos de aclamación con los aullidos que manifestaban su sed de sangre y con los gemidos de agonía. Y muy por encima de todo aquello, la desnuda figura del rey se sacudía y oscilaba sobre las vertiginosas almenas, estremecido por una risa gargantuesca que se burlaba de todos: de la muchedumbre y de los príncipes, e incluso de sí mismo.

5

¡Dadme un arco largo y fuerte,

y oscurezcamos el cielo!

¡La flecha en su muesca, la cuerda estirada,

y el rey de Koth como blanco!

*Canción de los arqueros bosonios*

El sol del atardecer se reflejaba sobre las plácidas aguas del Tibor, que bañaban los bastiones del sur de Shamar. Los ojerosos defensores sabían que muy pocos de ellos volverían a ver salir el sol. Los pabellones de los sitiadores abarrotaban la llanura, como si de miles de manchas se hubiera tratado. Los habitantes de Shamar no habían conseguido evitar que cruzaran el río, ya que los doblaban en número. Las barcazas encadenadas unas a otras formaban un puente por el que el invasor vertía sin cesar sus hordas. Strabonus no se había atrevido a seguir su marcha hacia el interior de Aquilonia, dejando Shamar a sus espaldas sin haberla conquistado. Había enviado tierra adentro a sus veloces jinetes, los spahis, para que asolaran la región, y había erigido en la llanura sus máquinas de asedio. Tenía andadas en medio del río una flotilla de

barcas proporcionadas por Amalrus, que llegaban hasta la muralla que lindaba con la corriente de agua. Algunos de aquellos botes habían sido hundidos por piedras arrojadas desde la ciudad, que atravesaron las cubiertas y rompieron violentamente sus tablas, pero el resto permanecía en su sitio, y desde las proas y los topes de los mástiles, protegidos por parapetos, los arqueros estaban asaeteando las torretas que daban al río. Eran shemitas, nacidos con el arco en la mano, a los que no podía equipararse ningún arquero aquilonio.

Por la parte que daba a tierra, las catapultas lanzaban una lluvia de cantos rodados y troncos de árbol, que caía entre los defensores atravesando tejados y aplastando a seres humanos como a escarabajos. Los arietes golpeaban incesantemente las puertas; los zapadores horadaban la tierra como topes, y sus minas avanzaban bajo las torres. La parte superior del foso había sido rodeada con una presa y, una vez vaciado del agua que contenía, había sido rellenado con cantos rodados, tierra, y también con caballos y hombres muertos. Al pie de las murallas se apiñaban figuras vestidas con cota de malla, que golpeaban las puertas, colocaban escaleras y empujaban torres de asalto abarrotadas de lanceros contra las torretas de la muralla.

En la ciudad ya se había abandonado toda esperanza; había apenas quinientos hombres resistiendo el ataque de cuarenta mil guerreros. No habían llegado noticias del reino, cuyo puesto más avanzado era la ciudad. Conan estaba muerto, según gritaban los exultantes invasores. Sólo las fuertes murallas y el valor desesperado de los defensores los había mantenido a raya durante tanto tiempo, y aquella situación no se mantendría siempre. El muro occidental era un montón de desperdicios sobre el que los defensores tropezaban, peleando cuerpo a cuerpo con los invasores. Los demás muros empezaban a desplomarse ya debido a las minas cavadas bajo ellos, y las torres se inclinaban como borrachas.

Los atacantes se aglomeraban ya para arremeter. Sonaron los olifantes, los soldados vestidos de acero se ordenaron para el combate en la llanura. Las torres de asalto, recubiertas de pieles de toro, empezaron a rodar con estrépito. La población de Shamar vio los estandartes de Koth y de Ofir, ondeando uno junto al otro, en el centro, y distinguió la figura delgada y siniestra de Amalrus, con su cota de malla dorada, y la silueta rechoncha de Strabonus, cubierta por una armadura negra, entre sus relucientes caballeros. Y entre ambos se veía una persona que hizo que los más valientes palidieran de terror: una figura de buitre con una túnica transparente. Los lanceros se adelantaron, derramándose sobre el terreno como las olas centelleantes de un río de acero líquido; los caballeros galoparon hacia el frente, con las lanzas levantadas y los estandartes al viento. Los guerreros que estaban sobre los muros respiraron hondo, encomendaron el alma a Mitra y aferraron sus armas melladas y manchadas de sangre.

Luego, sin señal de aviso alguna, un toque de corneta interrumpió el estrépito. Un tamborileo de pezuñas se sobrepuso al estruendo de las huestes lanzadas al ataque. Al norte de la llanura que cruzaba el ejército se alzaba una serie de pequeñas colinas que se hacían más altas hacia el norte y hacia el oeste, cual escaleras gigantes. Entonces, descendiendo por aquellas colinas como la agitación en el mar que anuncia una tempestad, irrumpieron los spahis que habían estado devastando la región agachados sobre su montura, espoleándola con fiereza, y detrás de ellos se veía el sol reflejado sobre un ejército de acero en movimiento. Avanzaron hasta quedar totalmente visibles, saliendo de los desfiladeros: jinetes con cota de malla y, flotando sobre ellos, el gran león que es el estandarte de Aquilonia.

Un enorme griterío hendió el cielo, procedente de los hombres que observaban la escena, electrizados desde las torres. En su éxtasis, los guerreros hicieron chocar sus melladas espadas contra los abollados escudos, y los habitantes de la ciudad, pordioseros harapientos y ricos comerciantes, rameras con capas coloradas y damas envueltas en sedas y satenes, cayeron de rodillas y

aclamaron jubilosamente a Mitra, vertiendo lágrimas de gratitud que les empapaban el rostro.

Strabonus, que daba órdenes frenéticamente junto con Arbanus, destinadas a rodear las líneas del ejército para enfrentarse a la inesperada amenaza, gruñó:

-Todavía los doblamos en número, a menos que tengan escondidas reservas en las colinas. Los hombres de las torres de asalto pueden proteger a los de la ciudad. Ésos son poitanios. Deberíamos haber supuesto que Trocero intentaría alguna loca bravata como ésta.

Amalrus exclamó sin creérselo:

-Veo a Trocero y a su capitán Próspero... *pero ¿quién cabalga entre ellos?*

-¡Ishtar nos proteja! -dijo con un grito Strabonus, palideciendo-. ¡Es el rey Conan!

-¡Estás loco! -berreó Tsotha, agitándose convulsivamente-. ¡Conan lleva días en el vientre de Satha!

Se detuvo en seco, mirando como un loco la tropa que se dispersaba en filas por la llanura. No era posible confundir aquella gigantesca figura con armadura negra y adornos dorados que montaban un gran corcel negro, que galopaba bajo los pliegues sedosos del gran estandarte que ondulaba al viento. De los labios de Tsotha brotó un grito de furia felina, que le salpicó la rizada barba. Por primera vez en su vida, Strabonus vio al brujo totalmente trastornado, y el verlo lo aterrorizó.

-¡Aquí hay brujería! -aulló Tsotha, mesándose locamente la barba-. ¿Cómo puede ser que haya escapado y llegado a tiempo para volver tan rápidamente con un ejército? ¡Esto es obra de Pelias, maldito sea! ¡Noto su mano en esto! ¡Maldito sea yo por no haberlo matado cuando pude!

Los reyes se quedaron boquiabiertos ante la mención de un hombre al que creían muerto desde hacía diez años, y el pánico que emanaba de los jefes sacudió a las tropas. Todos reconocieron al jinete del corcel negro. Tsotha advirtió el terror supersticioso de sus hombres, y la furia le dio un aspecto infernal a su rostro.

-¡Al ataque! -aulló, agitando locamente los delgados brazos-.  
¡Todavía somos los más fuertes! ¡Carguemos y aplastemos a esos perros! ¡Aún podemos festejar la victoria en las ruinas de Shamar esta misma noche! ¡Oh, Set! -levantó las manos e invocó al dios-serpiente para horror incluso de Strabonus-. ¡Asegúranos la victoria y juro que te ofreceré quinientas vírgenes de Shamar retorciéndose en su propia sangre!

Mientras tanto, el ejército enemigo se había dispersado por la llanura. Junto a los caballeros venía lo que parecía un segundo ejército irregular montado sobre veloces caballos. Desmontaron y formaron a pie: eran los impasibles arqueros bosonios y los hábiles lanceros de Gunderland, a quienes les asomaba la leonada melena bajo los cascos de acero.

El ejército que había reunido Conan en las enloquecidas horas que siguieron a su regreso a la capital era un ejército multicolor. Había conseguido con grandes esfuerzos apartar a la enfurecida muchedumbre de los soldados pellios que se defendían en los muros exteriores de Tarantia y los había enrolado a su servicio. Envió un correo urgente a Trocero para que regresara. Siendo el sur el núcleo del ejército, se precipitó en esa dirección, barriendo toda la región para buscar reclutas y jinetes. Los nobles de Tarantia y de la comarca que la rodeaba engrosaron sus filas, y había enrolado gente en todos los pueblos y castillos que había en el camino. Pero sólo había conseguido reunir una fuerza insignificante comparada con la de las huestes invasoras, a pesar de la superior calidad de su acero.

Lo siguieron mil novecientos jinetes con armadura, cuyo grueso estaba compuesto por caballeros poitanios. La infantería estaba compuesta por los restos de mercenarios y soldados profesionales

que trabajaban para los nobles leales: cinco mil arqueros y cuatro mil lanceros. Este ejército avanzaba en orden, yendo en primer lugar los arqueros, luego los lanceros y tras ellos los caballeros, y avanzaban todos al tiempo.

Arbanus ordenó sus filas para enfrentarse a ellos, y el ejército aliado se desplazó hacia adelante como un centelleante océano de acero. Los que observaban desde los muros de la ciudad se estremecieron al ver la inmensa hueste, que superaba enormemente en potencia a los salvadores. En primer lugar marchaban los arqueros shemitas, luego los lanceros kothios, a continuación los caballeros de Strabonus y Amalrus con sus cotas de malla. Lo que Arbanus intentaba era obvio: emplear a sus hombres de a pie para barrer la infantería de Conan y abrir así una brecha para lanzar una poderosa carga de su fuerte caballería.

Los shemitas empezaron a tirar a cuatrocientas yardas, y las flechas cayeron como una lluvia después de recorrer el espacio que separaba a los dos ejércitos, y oscurecieron el sol. Los arqueros del oeste, entrenados durante miles de años de guerra sin cuartel contra los salvajes pictos, siguieron avanzando impávidos, cerrando filas a medida que iban cayendo sus camaradas. Los doblaban varias veces en número, y el arco shemita tenía mayor alcance, pero en cuanto a precisión los bosonios no eran inferiores a sus enemigos, y equilibraban la pura destreza en lo que se refiere al manejo del arco con su moral más elevada y su excelente armadura. Cuando estuvieron a la distancia correcta, arrojaron las flechas, y los shemitas cayeron a montones. Los guerreros de barbas negras, con sus ligeras cotas de malla, no podían soportar el castigo como los bosonios, cuya armadura era más resistente. Se disolvieron tirando los arcos al suelo, y su huida provocó el desorden entre las filas de lanceros kothios que los seguían.

Al faltarles el apoyo de los arqueros, estos hombres armados cayeron a cientos ante los dardos de los bosonios y, al cargar desordenadamente en busca del cuerpo a cuerpo, fueron recibidos por las jabalinas de los lanceros. No había infantería capaz de

perturbar a los salvajes hombres de Gunderland, cuya tierra natal, la provincia más al norte de Aquilonia, estaba a sólo un día de caballo de las fronteras de Cimmeria a través de la frontera bosonia.

Criados para la lucha, eran el pueblo de raza más pura entre todos los hiborios. Los lanceros kothios, aturcidos por las bajas producidas por los dardos, fueron destrozados y retrocedieron en desbandada.

Strabonus rugía de furia al ver rechazada a su infantería, y ordenó a gritos que se hiciera una carga general. Arbanus ponía objeciones, señalando que los bosonios se estaban reorganizando al frente de los caballeros aquilonios, quienes habían permanecido inmóviles sin bajar de sus corceles durante el enfrentamiento. El general aconsejó una retirada temporal, para hacer que los caballeros salieran de la cobertura que les proporcionaban los arqueros, pero Strabonus estaba loco de furia. Miró las extensas filas relucientes de sus caballeros, contempló el puñado de figuras cubiertas de cota de malla que se le oponía, y ordenó a Arbanus que diera la señal de ataque.

El general encomendó su alma a Ishtar e hizo sonar el olifante dorado. Con un rugido atronador, el bosque de lanzas se puso en ristre, y la inmensa hueste arremetió, cruzando la llanura, cobrando cada vez mayor impulso. Todo el llano bajo la estruendosa avalancha de pezuñas, y el brillo del oro y del acero deslumbró a los que observaban desde las torres de Shamar.

Los escuadrones surcaron las desmadejadas filas de lanceros, atropellando igualmente a amigos y enemigos, y se precipitaron bajo las ráfagas de dardos que arrojaban los bosonios. Cruzaron el llano con ruido atronador, resistiendo encarnizadamente la tormenta que sembraba su camino de relucientes caballeros como si hubieran sido hojas caídas en otoño. Luego irrumpiría con sus monturas por entre los bosonios, segándolos como trigo; pero la carne no podía soportar durante mucho tiempo la lluvia de muerte que los destrozaba y rugía violentamente entre sus filas. Los arqueros seguían en pie, inmóviles, hombro con hombro, las piernas firmes,

arrojando flecha tras flecha como un solo hombre, profiriendo breves gritos a pleno pulmón.

Toda la primera fila de caballeros desapareció y, tropezando con los blandos cuerpos de caballos y jinetes, sus camaradas se tambalearon y cayeron hacia adelante. Arbanus había muerto, tenía una flecha en la garganta, y su cráneo había sido aplastado por los cascos de su caballo moribundo. La confusión recorrió las desordenadas huestes. Strabonus gritaba una orden, Amalrus otra, y todos sentían el terror supersticioso que les había despertado el ver a Conan.

Y mientras las huestes centelleantes se arremolinaban, confusas, sonaron las trompetas de Conan, y a través de las filas abiertas de los arqueros se lanzó al ataque la terrible carga de los caballeros aquilonios.

Los ejércitos fueron sacudidos por lo que parecía un terremoto, que hizo que se estremecieran las oscilantes torres de Shamar. Los desorganizados escuadrones de los invasores no podían detener el empuje de la cuña de sólido acero erizada de lanzas que se precipitó contra ellos como un rayo. Las largas lanzas de los atacantes machacó sus filas, y los caballeros de Poitain se introdujeron hasta el corazón de las huestes enemigas manejando sus terribles espadas con ambas manos.

El fragor y el estrépito del acero era como el de un millón de mazos golpeando un número igual de yunques. Los que miraban desde las murallas estaban aturdidos y ensordecidos por el estruendo; se aferraban a las almenas y observaban el hirviente remolino de acero, en el que se sacudían violentamente los penachos que lograban elevarse por entre las brillantes espadas; los estandartes se tambaleaban y caían.

Amalrus cayó y murió bajo los cascos de los caballos, con el hombro partido en dos por la espada de Próspero. Las tropas de los invasores habían rodeado a los mil novecientos caballeros de Conan, pero en torno a esta compacta cuña, que cada vez se



introducía más y más en la formación menos compacta de sus enemigos, todos los caballeros de Koth y de Ofir se arremolinaban y la atacaban en vano. No podían romperla.

Los arqueros y lanceros, tras haberse librado de la infantería kothia, que había quedado deshecha y huía desordenadamente por el llano, se acercaron a los extremos del campo de batalla, arrojando flechas desde cerca y precipitándose a acuchillar y rasgar con sus cuchillos las cinchas y los vientres de los caballos, y ensartando con sus largas lanzas a los jinetes.

Conan, en la punta de la cuña de acero, lanzaba su bárbaro grito de guerra y blandía su enorme espada describiendo brillantes arcos de muerte, que hacían caso omiso de las borgoñotas de acero y de las cotas de malla. Montado en su caballo, se introdujo por entre el derroche de atronador acero de sus enemigos, y los caballeros de Koth cerraron filas tras él, dejándolo aislado de sus guerreros. Conan golpeaba como el rayo, se introducía violentamente entre las filas con fuerza y velocidad, y llegó hasta Strabonus, que estaba lívido entre sus tropas palaciegas. En ese momento la batalla quedó equilibrada, ya que, siendo más sus tropas, Strabonus todavía tenía oportunidad de arrancar la victoria de las rodillas de los dioses.

Pero cuando vio a su archienemigo separado finalmente de él por la distancia de un brazo, dio un grito y lo embistió ferozmente con el hacha. Ésta dio estrepitosamente sobre el yelmo de Conan, haciendo saltar chispas, y el cimmerio retrocedió y devolvió el golpe. La hoja de su espada, de una yarda de largo, aplastó el casco y el cráneo de Strabonus, y el corcel del rey retrocedió relinchando, y arrojó de la silla un cuerpo flácido y desgarrado. Un inmenso clamor surgió de las huestes, que vacilaron y retrocedieron. Trocero y sus tropas, dando estocadas furiosas, se abrieron paso en dirección a Conan, y el gran estandarte de Koth se vino abajo. Y entonces, por detrás de los aturridos y destrozados invasores, se elevó un inmenso clamor y la llamarada de una conflagración descomunal. Los defensores de Shamar habían hecho una salida a la desesperada, despedazando a los hombres que obstruían las

puertas, y deambulaban con furia entre las tiendas de los sitiadores, destrozando a los miembros del campamento, incendiando los pabellones y derribando las máquinas de asedio. Ésta fue la gota que colmó el vaso. El reluciente ejército puso pies en polvorosa, y los furiosos conquistadores los aplastaban en su huida.

Los fugitivos se precipitaron hacia el río, pero los hombres que componían la flotilla, acosados con fiereza por las piedras y los dardos que arrojaban los reanimados ciudadanos, soltaron amarras y remaron hacia la orilla sur, abandonando a sus camaradas a su destino. Muchos de ellos ganaron la orilla precipitándose por las barcazas que servían de puente, hasta que los hombres de Shamar cortaron las amarras y las apartaron de la orilla. Entonces la lucha devino en carnicería. Los invasores, empujados hasta el interior del río, en el que se ahogaban dentro de sus armaduras, o derribados a mandobles a lo largo de la orilla, perecían a millares. Habían prometido no dar cuartel; tampoco lo recibieron.

Desde el pie de las colina hasta las orillas del Tibor, la llanura estaba plagada de cadáveres, y el río, teñido de rojo, discurría atiborrado de muertos. De los mil novecientos caballeros que habían cabalgado hacia el sur con Conan, apenas quedaron con vida quinientos que pudieran vanagloriarse de sus cicatrices, y la matanza de arqueros y lanceros fue espantosa. Pero la numerosa y brillante hueste de Strabonus y Amalrus fue exterminada, y los que huyeron fueron menos que los que murieron.

Mientras se prolongaba la matanza a lo largo del río, tenía lugar el último acto de un encarnizado drama en la vega del otro lado. Entre los que habían cruzado el puente de barcazas antes de que fuera destruido se hallaba Tsotha, que galopaba como el viento sobre un corcel escuálido, de aspecto extraño, cuya velocidad no habría podido igualar un caballo terrenal. Huyendo implacablemente, dejando atrás amigos y enemigos, llegó a la orilla sur y entonces, al volver la vista, descubrió una adusta silueta sobre un alazán negro que lo perseguía furiosamente. Ya habían cortado amarras, y las barcazas empezaban a separarse entre sí, yendo a la deriva, pero

Conan avanzó con temeridad, haciendo saltar a su corcel de un bote a otro como un hombre que saltara de un témpano de hielo flotante a otro. Tsotha gritó una maldición, pero el enorme caballo dio un último salto, relinchando por el esfuerzo, y ganó la orilla sur. El brujo inició la huida hacia la pradera y tras él el rey, cabalgando furiosamente, en silencio, y blandiendo la enorme espada que iba dejando un rastro de gotas de color carmesí. Y así siguieron la presa y el cazador, si bien el corcel negro no conseguía acercarse, aunque estirara a fondo cada uno de sus músculos y nervios. Galoparon por una tierra sobre la que se ponía el sol, y una luz difusa proyectaba sombras engañosas, hasta que la vista y el sonido de la matanza se desvanecieron tras ellos. En aquel momento, apareció en el cielo un punto negro que al acercarse se convirtió en una enorme águila. Planeó vertiginosamente sobre la cabeza del caballo de Tsotha; éste relinchó terriblemente y se encabritó, arrojando de la silla a su caballero.

El viejo Tsotha se puso en pie, enfrentándose con su perseguidor. Tenía los ojos de una serpiente enloquecida, y su rostro parecía una máscara de furia animal. Llevaba en cada mano algo que brillaba, algo que Conan sabía que contenía la muerte.

El rey desmontó y se adelantó hacia su enemigo, blandiendo su enorme espada, mientras que a cada paso que daba resonaba el ruido metálico de su armadura.

-¡Nos volveremos a encontrar, hechicero! -dijo, sonriendo salvajemente.

-¡Apártate de mí! -chilló Tsotha como un chacal enardecido por la sangre-. ¡Te arrancaré la piel de los huesos! ¡No podrás vencerme, y aunque me cortaras en trozos, los pedazos de carne y los huesos volverían a juntarse y te perseguirían hasta la muerte! ¡Reconozco la mano de Pelias en todo esto, pero os desafío a ambos! Soy Tsotha, hijo de...

Conan se abalanzó con los ojos entrecerrados y la espada en la mano.

La diestra de Tsotha avanzó, y el rey esquivó rápidamente algo que pasó sobre su cabeza protegida por el casco, y chamuscó la arena con un resplandor de fuego diabólico. Antes de que Tsotha pudiera arrojar el otro globo con la mano izquierda, la espada de Conan le cercenó el delgado cuello. La cabeza del hechicero saltó de los hombros dejando escapar un chorro de sangre, y la figura vestida con túnica vaciló y finalmente se derrumbó como ebria. Sin embargo sus ojos enloquecidos miraron fijamente a Conan con una luz salvaje, la boca se le torció en una mueca siniestra y sus manos se agitaron como buscando la *cabeza* cortada. Y entonces, con un raudo movimiento de alas, algo se precipitó desde el cielo... era el águila que había atacado el caballo de Tsotha. Con sus poderosas garras cogió la cabeza sanguinolenta y se lanzó hacia el espacio. Conan enmudeció de espanto, pues de la garganta del águila brotó una carcajada humana que recordaba la voz de Pelias, el hechicero.

Algo horrendo sucedió entonces, pues el cuerpo descabezado se puso de pie sobre la arena, y, tambaleándose sobre sus piernas, luchó de forma aterradora para dirigirse con las manos extendidas hacia el punto negro que se alejaba velozmente en el oscuro cielo. Conan se quedó petrificado, hasta que la figura vacilante desapareció en la bruma que teñía de rojo la pradera.

-¡Crom! -sus poderosos hombros se estremecieron-. ¡Al demonio con las peleas entre hechiceros! Pelias se ha portado bien conmigo, pero preferiría no verlo más. Que me traigan una espada limpia y un enemigo igualmente limpio para poderla clavar en él. ¡Maldición! ¡Qué no daría por una jarra de vino!

**¡Gracias por leer este libro de  
[www.elejandria.com](http://www.elejandria.com)!**

**Descubre nuestra colección de obras de dominio público en castellano en nuestra web**